

Saturnino, el caudillo olvidado



Rubén Álvarez Acevedo

NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA / PREMIO REVISTA ARENA 2010

**Saturnino,
el caudillo olvidado**

Saturnino, el caudillo olvidado

Rubén Álvarez Acevedo

NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA / PREMIO REVISTA ARENA 2010

Edición

Miguel Ángel Duque Hernández

Diseño y formación

Cynthia Gisela Castillo Vargas

Primera edición (Unión de Asociaciones del Personal Académico de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México), diciembre de 2010, el tiraje fue de 2800 ejemplares.

Segunda edición (UASLP), 17 de enero de 2012, el tiraje fue de 1000 ejemplares.

D. R. © Fotografía de portada: Casasola.

D. R. © Fotografía de solapa: Agustín García Mendoza.

D. R. © Rubén Álvarez Acevedo.

ISBN: 978 607 7856 29 0

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños o perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del editor.

Impreso en San Luis Potosí, S. L. P., México. Printed in México.

*Al Dr. Miguel Ángel Duque Hernández,
con especial afecto.*

*Al Ing. Guillermo González Escamilla,
en reconocimiento a su bonhomía, con gratitud
y fraternal amistad.*

ÍNDICE

Agradecimientos.....	9
Prólogo	11
1	17
2	23
3	29
4	35
5	43
6	49
7	53
8	57
9	61
10	67
11	71
12	75
13	81
14	85
15	91
16	97
17	105
18	109
19	115
20	121
21	127

22	131
23	137
Epílogo Histórico	145
Bibliografía de apoyo	146

AGRADECIMIENTOS

Expreso mi gratitud al Sr. Lic. Mario García Valdez, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, por el apoyo para la publicación de esta obra. Hago extensiva esta gratitud a la Lic. Pilar Delgadillo Silva, al Lic. Héctor Palafox, al Lic. Carlos Lobato Moreno y a la LDI Cynthia Gisela Castillo Vargas, quienes colaboraron con su entusiasmo y esfuerzo a favor de la segunda edición de esta novela.

A la Lic. Juana María Reyes Cedillo, a la Sra. Alicia Elena González Cedillo y Magdalena Luna Cedillo, familiares del general Saturnino Cedillo Martínez, por el material fotográfico que me proporcionaron para enriquecer esta obra.

Al Arq. Rafael Morales Bocardo, director del Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, así como al personal Jaime César Moreno Vázquez, María de los Ángeles Vázquez Román y Josué Villanueva Montemayor, por sus amables atenciones.

De manera especial, al Dr. en Historia Javier Pérez Siller, al C. P. Sergio Arturo Reyes Ramírez y al Dr. Miguel Ángel Duque, quienes me concedieron el honor de presentar este libro en la primer edición.

PRÓLOGO

EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XX, México era un polvorín en potencia. El régimen de Porfirio Díaz estaba como su persona: anquilosado, esclerótico y caduco. A lo largo y ancho del país existía un feudalismo controlado por las haciendas que disponían del apoyo (político, militar y económico) de la dictadura, con simulada apariencia «democrática». La democracia nunca ha existido en el país. Los poderes fácticos de las élites económicas, la alta jerarquía de la Iglesia Católica y el aparato represor del Estado siempre han detentado el poder y, en esa época habían formado una plutocracia en contra de los intereses de la inmensa mayoría de ciudadanos sometidos a la esclavitud de la pobreza.

Entre los peores lastres de la época, se pueden citar los siguientes:

- a) Existían peones acasillados en las grandes haciendas donde enganchaban a sus trabajadores en esclavitud permanente, imponiendo el derecho de pernada sobre las mujeres que eran supuestamente de su propiedad, con la aprobación de la Iglesia Católica que era cómplice para sostener dicho sistema de dominación;
- b) Los peones y jornaleros trabajaban con salarios de 20 o 25 centavos por jornada, que tenía una duración de 12 a 14 horas diarias, al igual que los obreros; con la diferencia de que los primeros laboraban los siete días de la semana y a los obreros se les concedía el descanso dominical;

- c) En las haciendas existían las tiendas de raya, donde estaban obligados a realizar sus compras, pues en muchos lugares se les pagaba su salario con «vales»;
- d) Los contratos de aparcería eran leoninos;
- e) El trato hacia los peones era inhumano, pues se les ultrajaba como si fueran animales. Las haciendas tenían su propia cárcel y los dueños contaban con el apoyo de los Rurales (cuerpo de guardias represores) para imponer su autoridad y su ley, y en algunos casos también los apoyaba el ejército federal;
- f) Los desposeídos de tierra no tenían la esperanza de una vida digna; el territorio estaba repartido, en su mayor parte, en latifundios de cientos de miles de hectáreas donde se desarrollaba la vida de los explotados, y
- g) La falta de oportunidades en la movilidad de la estratificación social, así como el monopolio del poder de funcionarios y gobernantes durante largos períodos, eran circunstancias que anulaban la razón y perspectivas de cambio, y que fueron las causas de que se viera en el camino de la Revolución, la única alternativa de mejoramiento.

La situación de San Luis Potosí concuerda con la historia de sus gobernantes. El 80% de los 627,000 potosinos que habitaban en el estado, vivían en el campo. El 98% de las familias del medio rural carecían de tierras. Los hacendados con propiedades de más de mil hectáreas representaban sólo el 0.01% del total. Seis haciendas abarcaban una superficie de casi un millón de hectáreas. Los hacendados constituían una aristocracia que detentaban un inmenso poder. San Luis Potosí estaba regido por un pequeño círculo de familias y parientes de los Barragán, relacionadas con vínculos económicos, políticos y matrimoniales.

Entre la descendencia de Felipe Barragán (que adquirió en el siglo XVII una enorme propiedad de alrededor de 700,000 hectáreas, que abarcaba desde el Valle del Maíz hasta el Golfo de México), se encontraba el grueso de los personajes porfiristas más prominentes: Pedro Díez Gutiérrez dominó la política potosina entre 1876 y 1898. Blas Escontría, gobernador de 1898 a 1904. José Encarnación Ipiña llegó a poseer diez de las mayores haciendas de la entidad. Javier y José Espinosa y Cuevas, parientes de los Barragán, eran dueños de la Hacienda de La Angostura, con sus 180,000 hectáreas, la finca más grande de San Luis Potosí. Fue precisamente José Espinosa y Cuevas, el último gobernador potosino del porfiriato. Juan Barragán se incorporó a la campaña antirreleccionista como orador y más tarde sería un prominente político carrancista, jefe del Estado Mayor del presidente Carranza y gobernador de San Luis Potosí, impuesto por don Venustiano a capricho y por su amistad.

Como parte de los nuevos maderistas, a quienes Francisco I. Madero entregó el poder, al no reconocer a los verdaderos revolucionarios populares sino a los de su misma clase dominante, podemos mencionar a Juan Francisco Barragán, padre de Miguel, presidente municipal de Ciudad del Maíz, y a Juan Barragán; en febrero de 1913, ambos se unen al Plan de Guadalupe.

Los 26,000 trabajadores de San Luis Potosí que, en los albores de la Revolución no se dedicaban a labores agrícolas y ganaderas, representaban el 14% de la población económicamente activa. Los obreros potosinos, como en el resto del país, tenían salarios bajos, cumplían jornadas hasta de catorce horas diarias, durante seis días a la semana y padecían condiciones desastrosas de falta de higiene e insalubridad.

Frente a esta panorámica de abandono, surgió el movimiento de inconformidad contra el estado de cosas existente: porfiristas privi-

legiados que sólo buscan el cambio político y arrastraron con ellos a clases medias y campesinos sin tierra que deseaban además un cambio en el sistema que otorgara otras posibilidades de vida en lo social y en lo económico. Esa hambre de justicia es lo que desborda el descontento hasta que los sucesos se salieron de control. Para unos, significó la búsqueda de acomodo hacia mejores circunstancias y para otros conservar o mejorar su estatus. Estas condiciones promovieron una lucha de clases, contra todo lo que representaba ese sistema de ignominia y dominación, como nunca lo imaginaron sus iniciadores que no querían que se afectaran sus intereses y forma de vida: el resultado final de la lucha fue la irrupción y penetración de algunos líderes sobresalientes de las clases medias y aun de las capas más bajas que lograron encumbrarse en el poder, después de la etapa sangrienta de la segunda década del siglo XX.

Los triunfadores del movimiento armado aceptan a regañadientes la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* de 1917, en la cual se fijan reglas y leyes de convivencia esenciales, como son los artículos 3º, 27º y 123º, en que se establecen lineamientos sobre la educación, se expresa el reparto de la tierra a través de la Reforma Agraria y la relación entre el capital y el trabajo, con mejoras establecidas dentro de un sistema capitalista, que busca seguir los pasos de los Estados Unidos de Norteamérica.

Después de la promulgación de la *Constitución* de 1917 y del período carrancista, los hacendados que permanecieron en México, dueños de la riqueza y en muchos casos también del poder, logran atraer y cooptar a los generales triunfadores y a revolucionarios de origen bajo y los asimilan; pues éstos, al conocer y probar las mieles de la buena vida, las oportunidades de los negocios y las ventajas del poder económico, se integran con facilidad a la clase dominante, en muchos casos uniéndose en matrimonio con las hijas de este seg-

mento social, con las ventajas de pertenecer a la burguesía grande o pequeña que prevaleció después del movimiento revolucionario, compartiendo las propiedades que subsisten al reparto agrario que se realiza en forma institucional hacia fines de las tercera y cuarta décadas del siglo XX, y con el presidencialismo, a partir de 1940, con sus perversas bases de corrupción, impunidad y farsa pseudo democrática, vestido con las galas del engaño y el mito de la Revolución inacabable, males que gozan de cabal salud hasta nuestros días.

La degradación moral y la miseria humana vigentes en nuestro tiempo han sentado sus reales en contra de los ideales juaristas y de los miles de revolucionarios que murieron en la búsqueda infructuosa de la justicia social, del respeto al sufragio efectivo y de una menor distancia entre ricos y pobres.

Nuestra clase política vive en un tobogán de cinismo y simulación sin límites, tutelados desde siempre bajo la mirada vigilante y la mano intromisora de los «Henry Lane» y de los poderes fácticos, enemigos de siempre del pueblo y de la patria.

Dentro de este cuadro de tristezas, traiciones y conveniencias se desarrolla esta pequeña historia, sobre la vida de una familia, como hubo muchas, que creyeron y vivieron en una Revolución que se convirtió durante todo un siglo en una mula de noria.

1

LA VIDA DE LA FAMILIA CEDILLO MARTÍNEZ, como la de otras familias mexicanas del campo, a fines del siglo XIX y principios del XX, era similar en todas las comunidades, rancherías y haciendas. El padre, originario de Pozos, San Luis Potosí, era Amado Cedillo, un mestizo iletrado que unió su vida a Pantaleona Martínez, una bella indígena pame originaria de Río Verde. Ellos lograron establecerse en una estancita situada cerca del municipio de Ciudad del Maíz, a fines del siglo XIX. La vida de sus hijos transcurrió, como la de todos los niños cuyos padres tenían pocos recursos, con escasas oportunidades para asistir a la escuela. Una infancia de juegos, sin preocupaciones, modela sus personalidades, con las limitaciones del entorno que, en el estado de San Luis Potosí, tiene una flora y fauna de semidesierto, aun cuando hacia el oriente se modifica al adentrarse en la Huasteca, donde la exuberante vegetación y la humedad vuelven fértil la tierra que parece un verdadero paraíso, con rumores de selva que derivan del cambio climático que proporciona la Sierra Madre Oriental, con sus características peculiares.

Allí, en el altiplano potosino, páramo árido y triste, con escasez de agua, se desarrolla la vida de estos personajes, hasta llegar a su adolescencia y juventud, cuando tuvieron que iniciarse en las faenas del campo, como rancheros en una finca rústica conocida como Palomas, que adquirió el jefe de la familia Don Amado Cedillo, dedicado primero al comercio ambulante por varios municipios cir-

cunvecinos mediante la utilización de una recua y posteriormente al comercio establecido con una tienda de abarrotes instalada en la comunidad donde crió a su familia. Hubo labores compartidas con sus hijos, a quienes procuró mandar a la escuela, para que adquirieran los conocimientos básicos de enseñanza elemental. En aquella época eran pocas las escuelas públicas, había algunas pagadas por los hacendados. Sus hijos, al crecer, se convirtieron en rancheros, hasta que los arrastró la Revolución.

Para 1910, el gobernador del estado era José María Espinosa y Cuevas, representante fiel de la oligarquía terrateniente, quien también era copropietario de La Angostura, una de las haciendas más grandes del estado que colindaba con la comunidad de Palomas. Otra de las importantes era la Hacienda Montebello, propiedad de José Encarnación Ipiña, que la vendió por ese tiempo a don Zeferino Martínez; esta hacienda colindaba por el norte con la estancita de Palomas, donde se inició el conflicto regional.

Sucedió un día que algunas cabezas de ganado, propiedad de don Amado Cedillo, se metieron a pastar a Montebello. Los vigilantes de la Hacienda incautaron los animales y los trasladaron al Ayuntamiento de Ciudad del Maíz, donde los Cedillo Martínez, sus dueños, fueron a rescatarlos mediante el pago de una multa. Como se repitió la falta, don Zeferino habló con el jefe político, por «casualidad» su pariente, quien los obligó a pagar para obtener la devolución del ganado, con la advertencia de que la próxima ocasión, se duplicaría el castigo.

De nada sirvieron disculpas y promesas de don Amado, cuando hubo una tercera invasión, ahora en otro terreno colindante del señor Miguel Villanueva, propietario de la Hacienda del Toro, quien amenazó quedarse con el ganado o matarlo; esto motivó que durante la reunión con el terrateniente, Magdaleno, el segundo de los hijos de don Amado Cedillo, interviniera un tanto exaltado:

—¡Ya no le ruegues, padre, es mejor que las cosas queden así; algún día nos cobraremos tanta humillación e injusticias, cuando estemos en la Revolución!

Villanueva escuchó estas palabras y burlándose del campesino contestón, se dirigió a él y dijo:

—Tú y tus hermanos están muy tiernos para esos lances, les faltan tamaños.

Don Amado Cedillo terció:

—No se fíe de las razones de Magdaleno, deje en paz a mis hijos; no temo a sus amenazas, aunque acepto sus reclamos; de ahora en adelante procuraremos tener más cuidado con los animales, para que no brinquen el lindero.

Dicho esto, se retiró con su hijo, el cual con más frecuencia lo acompañaba en sus labores, desde chico.

Ya en casa, después de la comida, en breve charla comentaron lo sucedido a doña Pantaleona y a sus otros hijos: Homobono (el mayor), Saturnino y Cleofas. Éste, que era el menor, señaló:

—Nuestros vecinos son muy egoístas, tienen terrenos de sobra y ni siquiera respetan las tierras comunales libres para el pastoreo de reses y cabras, incluso se han apropiado de los terrenos de manera ilegal, y todavía se atreven a hacer reclamos y causan problemas.

Saturnino continuó la discusión:

—Lo mismo ha sucedido con los dueños de La Angostura y Montebello, que abusan con multas, por esa razón la última vez que nuestros animales traspasaron los linderos, mi padre optó mejor por no reclamarlos.

Don Amado Cedillo aclaró:

—Prefiero que se pierdan, a seguir dándoles dinero a esos ricos que no llenan, que siempre esquilman a los más pobres.

—Así ha sido siempre —opinó Saturnino—, al perro más flaco se le van todas las pulgas. Hiciste bien —se dirigió al padre—, de todas maneras no iba a ceder el tal Villanueva, las autoridades siempre apoyan a los hacendados. En cuanto a lo que dijo Magdaleno, yo estoy de acuerdo con él, ya nos vengaremos si nos vamos a la Revolución.

—Si ustedes se van, yo para qué me quedo, yo también iría, expresó Cleofas.

La madre aceptó el proyecto de sus hijos, lo mismo que el dicho del padre; pensaban que al mostrarse tan restringido el futuro, tal vez no fuera mala idea irse a la bola, que ya se veía venir desde un año antes.

Poco tiempo después hablaron con algunos vecinos, amigos y parientes para saber si estaban dispuestos a irse a esa mentada Revolución de la que tanto se escuchaba y que prometía un cambio en las perspectivas de vida: inicialmente sólo en el ámbito de la democracia política y, como consecuencia, con la repartición de haciendas y grandes propiedades entre los campesinos que no tenían tierras y los parias del sistema, como los peones acasillados y los jornaleros explotados que para malvivir ganaban una miseria en trabajos de sol a sol, ejercidos durante los siete días de la semana.

Don Amado Cedillo exhortó a sus hijos:

—Quiero que me oigan bien, tengamos mucho cuidado con las gentes del gobierno, ya se enteraron de que nosotros y algunos vecinos pagamos a los jornaleros mejor por la producción, y como logramos mejores negocios al transportar nuestras cargas de ixtle directamente hasta Tula y Tampico, o entre los comerciantes de municipios cercanos, los hacendados andan muy enojados y nos han acusado ante las autoridades de «subversivos»; según me dijo mi compadre Maclovio Fuentes, nos echan la culpa de la baja en sus ingresos.

—Papá, nosotros no somos responsables de esa situación —intervino Magdaleno—, ellos son los únicos culpables por el pago mísero que dan a sus peones; es lógico que si les ofrecemos mejor precio por su trabajo, ellos prefieren vendernos el ixtle a nosotros y a los vecinos: los Salas, los Hernández y los Escobar.

—Además —dijo Saturnino—, ellos son unos abusivos; nuestra propuesta es más atractiva porque trabajan menos y ganan más, eso no es malo ni es delito.

Cleofas afirmó:

—Es cierto, padre, nuestros amigos han comentado que los hacendados nos tienen considerados como rebeldes, tan sólo porque nos llevamos bien con la gente.

Con la intención de concluir la plática, don Amado Cedillo expresó:

—Bueno, yo quise darles a conocer la tensa situación que vivimos, porque mi compadre sostiene que a varios vecinos aparceldados también los traen en jabón, en dimes y diretes de autoridades y hacendados, porque nos señalan como líderes que alentamos conflictos con cualquier pretexto. Así que no echemos en saco roto estos comentarios, cuidense mucho y no den pie para que el jefe político de nuestra Jurisdicción los vaya a detener y a meter a la cárcel; aunque nos han aumentado impuestos y nos han incautado animales para cobrarnos multas.

Magdaleno tomó la palabra:

—Ahora nos salen con que somos influencia subversiva, ¿cómo ves, Saturnino? Somos los culpables del descontento hacia los amos, porque pagamos mejor a los jornaleros.

—Los señores del dinero no quieren ver ojos en otra cara, piensan que son los dueños del mundo, contestó Saturnino.

Y completó Cleofas:

—¡Y de nuestras vidas!

Con frecuencia sostuvieron estas conversaciones el padre y sus hijos, en presencia de la madre y las hermanas Higinia, Engracia y Elena, quienes sólo escuchaban.

2

ENTRE LOS HACENDADOS surgió hostilidad hacia la mayoría de los campesinos de Palomas, porque las pequeñas propiedades que usufructuaban habían sido parte de la Hacienda La Angostura. Cuando fueron divididas y vendidas como parcelas particulares, no faltó la acusación formal de que mucha fibra que comercializaban los habitantes, pequeños propietarios de la comunidad, eran también producto del robo de algunos de sus jornaleros, motivo de la desconfianza y que aumentara la mala voluntad contra los Cedillo y otros vecinos.

Magdaleno y Saturnino se desplazaban a negociar sus productos a los municipios circunvecinos del Valle del Maíz: desde Guadalcázar, Cerritos, Matchuala, Alaquines y Río Verde; hasta el sur del estado de Tamaulipas, en especial, al puerto de Tampico, que tenía una próspera economía.

Gracias a estos viajes con interés del comercio, se enteraron de la campaña antirreleccionista encabezada por Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez. Los ideales de la democracia y la esperanza de cambio de autoridades representativas que sustituirían a una oligarquía anquilosada y abusiva se extendieron como pólvora a lo largo y ancho del territorio nacional, como consecuencia de la inconformidad frente a tantos años de silencio forzado, represión y arbitrariedad del régimen porfirista.

El gobernador del estado ejercía su poder con injusticia extrema y favorecía a los terratenientes de la región de Ciudad del Maíz, de

donde era originario. El funcionario estaba cerrado a toda posibilidad de diálogo cuando los campesinos y pequeños propietarios acudían en busca de su arbitrio con problemas del campo.

Cuando la familia Cedillo Martínez supo que Madero estaba recluido en la Penitenciaría del Estado de San Luis Potosí, desde el 21 de junio de 1910, se reunieron para tomar decisiones como simpatizantes del prócer, por quien habían votado en las elecciones efectuadas en los primeros días de julio de ese mismo año. Don Amado Cedillo, como siempre, planteó la propuesta:

—Hoy nos reunimos algunos vecinos que insisten en que participemos en la lucha política para que se anulen las votaciones presidenciales infestadas por la corrupción: se busca conseguir este objetivo, por medio de la intervención del Congreso, según se ha manifestado públicamente en el Partido Antirreleccionista. Después de una larga averiguata, nos pusimos de acuerdo para apoyar, en este propósito, al señor Madero. Y como también nos han buscado amigos y conocidos de otros lugares para pedir consejos y encontrar solución a sus problemas; me interesa que ustedes digan qué piensan al respecto.

Magdaleno tomó la palabra:

—Soy de la opinión que debemos acercarnos al mero líder para conocer su pensamiento con más claridad y saber qué acciones piensa emprender para acabar con tanta injusticia.

Cleofas, con cierta suspicacia, dijo:

—Lo primero que debemos saber es hasta dónde está dispuesto a llegar don Pancho Madero, porque él es terrateniente y no entiendo cómo uno de los privilegiados del régimen, ahora se rebelde contra don Porfirio.

Saturnino expuso su punto de vista:

—Es una buena observación, pero por el hecho de que ha recorrido el país y de que busca involucrar a la población, como nadie se

atrevió antes, algo bueno debe traer este cacareado cambio; además, es obvio que buscan maquinar el fraude para que no gane la Presidencia. Sería bueno saber con exactitud qué piensa.

—Eso es más o menos lo que comentamos en la reunión —intervino don Amado Cedillo—, aunque nosotros ¿qué podemos hacer?, ¿qué es lo que nos conviene?

Y dejó abiertas las preguntas. En este tenor: unos daban sus opiniones, otros cuestionaban. Se interpretó la información dispersa que escuchaban, sobre todo, proveniente de quienes viajaban a otros lugares.

Para esas fechas, Magdaleno ya tenía tratos con el maestro Alberto Carrera Torres, oriundo de Tula, Tamaulipas, que había estudiado Leyes y era un hombre de cultura que se manifestaba como incipiente ideólogo del cambio revolucionario y por quien tenía respeto aunque fuera de su misma edad.

También estaban al tanto de la rebeldía de Pascual Orozco, en Chihuahua, y de unos alzados del sur.

Como supieron que Madero estaba preso en San Luis Potosí, Magdaleno sugirió:

—Propongo que Saturnino vaya a visitar al prócer y platique con él, para hacerle saber que por acá en el Valle del Maíz tiene gente que apoyó su campaña con el voto y para expresarle nuestro deseo de conocer sus planes a futuro.

Como Saturnino Cedillo tenía fama en su comunidad de ser medurado y se identificaba como vocero de la familia, todos estuvieron de acuerdo. Así fue como después de tomar esta determinación, el 19 de julio de 1910, Saturnino visitó la celda del Caudillo de la Democracia y pudo conversar con él.

—Señor Madero, soy un humilde ranchero de Palomas, comunidad del municipio de Ciudad del Maíz, y vengo con la representa-

ción de mi familia y de algunos vecinos del lugar que simpatizamos con su causa; todos votamos por usted en las pasadas elecciones y estamos de acuerdo en que debe darse un cambio: la gente ya no resiste a este gobierno déspota e injusto, sordo a nuestras quejas. Queremos saber de su propia voz qué piensa sobre esta situación que vivimos.

—Mire usted, joven —contestó Madero a Saturnino que apenas frisaba la edad de veinte años—, este malestar del que habla, lo he visto y escuchado en todas partes. El país no soporta más esta dictadura; el pueblo necesita respirar libertad y más justicia por parte del gobierno. Se requiere una visión moderna y distinta de progreso para nuestra patria. Los que formamos el Partido y los Círculos Antirreleccionistas, hemos promovido en los lugares que visitamos este nuevo evangelio de la democracia y de la libertad. Urge un cambio de autoridades en todas las instancias, y que se respete la ley en los municipios y estados del país. Debemos acabar con el patrimonialismo, la corrupción y la impunidad que son los mayores lastres de México, pues engendran arbitrariedades y una terrible desigualdad. Nosotros deseamos, sobre todas las cosas, que se respete la ley, que cada quien tenga lo que le pertenece para que no se presenten situaciones como las que menciona acerca de su comunidad; para que esto se logre, es imprescindible que gente como usted y su familia participen activamente en esta lucha por conseguir que se dé más a los que menos tienen, que se restituya la propiedad a quienes se les haya quitado por el abuso de poder. Vamos en búsqueda de armonía en la vida social y económica. Estos son mis ideales; si están de acuerdo, adelante, preparémonos para una lucha que, si es necesario, será con la fuerza de las armas.

Saturnino escuchó embelesado las palabras convincentes de Madero, quien con mucha elocuencia expresaba —sin prejuicios de su

posición socio económica—, muy abierto y con un deseo apasionado por propiciar un cambio en las circunstancias y gobierno de la República.

Saturnino habló poco, muy atento captó todas las respuestas a sus inquietudes, y se despidió emocionado y convencido de las razones y propuestas de aquel refinado hacendado que dejaba escapar de su persona un aire mesiánico.

De regreso a Palomas, los hermanos Cedillo convocaron a reunión a los vecinos que compartían las mismas inquietudes. Saturnino les dio la información de su entrevista con el señor Madero, les habló de la vehemencia con que expresaba sus ideales que lo inspiraban para buscar el anhelado cambio en la nación.

Concluida su crónica, los exhortó:

—Amigos, después de escuchar a don Francisco I. Madero, vengo convencido de que es un hombre sincero, de buenas intenciones, al que debemos apoyar en su lucha para que llegue a la presidencia de la República y pueda realizar todo lo que promete. Nos ha pedido que propaguemos sus ideas, porque en las manos de los mexicanos está la posibilidad de cambiar el gobierno de Porfirio Díaz; y de no acatarse el resultado de las urnas, se exigirá el cambio por medio de las armas.

—Y ¿cuándo sería el levantamiento?, ¿cómo? —preguntó el señor Zúñiga, uno de sus vecinos.

—Bueno, hay que esperar un poco, el señor Madero y varios amigos cercanos a él que comparten sus ideas, ya elaboran un Plan, en el cual se manifestará a todos los ciudadanos de la nación los puntos fundamentales de la rebelión y algunos señalamientos para lograr esos fines; los cuales se mantendrán en secreto, por el momento, como medida de seguridad; los Círculos Antirreleccionistas ya están organizados para actuar de acuerdo a las circunstancias en la fecha y hora que se indique.

—Entonces, todavía tendremos que esperar a que se publique ese Plan —dijo convencido el señor Humberto Salas, otro vecino.

—Sí, en este momento no hay otra alternativa —afirmó Saturnino y continuó—; pero no hay que estar cruzados de brazos, hay que divulgar las ideas del señor Madero, hay que esparcirlas como semillas que se siembran en tierra fértil, difundirlas entre toda la gente que esté a nuestro alcance con la intención de convencerlos para exigir que se respete el voto en las elecciones aun cuando se haga necesario repetir la votación para que triunfe la democracia y la voluntad popular, para tumbar a los ricos y poderosos de los puestos públicos, para acabar con la corrupción. Eso es lo que podemos hacer por ahora, esa es la tarea para todos.

Se dio por terminada la reunión con el señalamiento final de que cualquier novedad se divulgaría oportunamente.

3

DURANTE VARIOS MESES las reuniones se mantuvieron en la clandestinidad porque el jefe Político de la Jurisdicción tenía vigilada a la familia Cedillo. Cuando lograban juntarse era con motivo de alguna fiesta familiar que implicaba contar con invitados, momentos que aprovechaban para intercambiar impresiones e información.

En esta etapa de espera, la vida familiar, aun en el desasosiego político, tiende a ser llevadera y hay lugar para el esparcimiento en forma individual.

A Cleofas, que socializa fácilmente con amigos, le da por viajar acompañándose por jóvenes de su edad que bordan en los dieciocho años, a la cercana Ciudad del Maíz. Al asistir a un baile de «quince años», conoce a Clementina Zanella Lucca, una bella muchacha de diecisiete que vive en un barrio no lejano a la ciudad, conocido como la comunidad de «Los italianos». Los habitantes de este barrio estaban un tanto cerrados a contemporizar con el resto de la población; aunque comparten vida laboral, comercial y, en algunas ocasiones, también social, con autoridades y personas de clases medias y altas. A pesar de esta cerrazón elitista o étnica, muchos de sus miembros se dedican a las labores del campo, entre éstos se encuentran los integrantes de la familia Zanella.

Cleofas Cedillo saca a bailar a la muchacha y ella acepta. Al ritmo de la música, establecen una conversación más o menos fluida sobre sus gustos musicales y ocupaciones diarias, y se desarrolla en-

tre ellos una empatía que prende con mucha intensidad. Arrobadado por la belleza del rostro de Clementina, mentalmente se aísla y se concentra en sus ojos. Ella, un tanto cohibida por la mirada fuerte y a la vez dulce de Cleofas, también se siente envuelta en la magia y candorosa participa en el juego de los encantos mutuos. En largos minutos de silencio no dejan de bailar hasta que las acompañantes de ella le indican que es hora de partir. Cleofas insinúa verbalmente su deseo de volver a verla, ella accede y se ponen de acuerdo en una cita para el próximo domingo a la salida de misa.

De regreso a Palomas, los amigos comentan sus experiencias en el baile. Cleofas escucha, pero guarda sus soterrados pensamientos en el encantamiento que ha producido la imagen de Clementina, quedó prendado de su belleza fuera de lo común. Ella tiene cabello rubio, tez blanca, en contraste con la piel morena de su enamorado; al contacto con la luz solar del mediodía y con el rubor que le provoca la mirada de él, se vuelve rubicunda y sube el tono rosado natural de sus mejillas. En su arrobamiento, Cleofas se siente todavía envuelto en la ternura y ensoñación de ella, que lo cubre totalmente con el brillo de sus ojos azul transparente, agitándose como capullos de jacaranda cuando entran en contacto con la luz de sus ojos negros, que producen un desmayo en aquel joven que aún no cumple los dieciocho años y que tal vez por su carácter alegre y desinhibido se vuelve muy expresivo e insistente.

Vuelve a vivir y a sentir esa misma emoción durante la cita del domingo. Cuando salen de misa, Clementina y sus dos primas que sirven de compañía, las cuales están en edad de merecer, son asediadas por los amigos de Cleofas, dos de ellos de Palomas y otro de la propia ciudad. Caminan hasta el jardín principal y se instalan en una de las bancas: inician la conversación, al mismo tiempo que degustan raspados de hielo que venden en un carrito de ruedas y que

ofrecen en diferentes sabores de frutas. Esto les sirve un poco para mitigar la sed y facilitar la plática. Cleofas se las ingenia y con discreción invita a su compañera a cambiarse de lugar a otra banca cercana, dejando a los demás en el grupo. Aislados, al oído le confiesa:

—No sé cómo decirlo, pero le tengo mucha voluntad. Desde el día del baile me siento atolondrado, no puedo dejar de pensar en usted; ese día no me salían las palabras y por eso no platicamos, tan sólo me nació mirarla.

Ella, en ese instante, volvió a sentir con intensidad la mirada del joven que tendía a ser tímido ante su presencia y le contestó:

—A usted le va a parecer raro, pero a mí me pasó lo mismo. Salgo poco de mi casa y no estoy acostumbrada a platicar con más hombres que con mis hermanos y primos, pero me gusta que me hable y también que me mire, aun cuando también estoy apenada.

—En buena verdad —interrumpió Cleofas—, durante estos días anduve como adormecido, a todas horas me acordaba de la ocasión en que bailamos y me sentí hechizado por los destellos de su mirada y porque en sus ojos vi algo nuevo para mí; como si fuera un deseo fuerte de leer sus pensamientos y adivinar el misterio de su alma, vestida de azul como el cielo y sus ojos. Quería que no pasara el tiempo para seguir observándola como a la Virgen del Templo.

—No diga eso; también me gustó su mirada, aunque me inquietaba y no hallaba dónde o cómo esconder mis ojos, me sentía turbada.

—Yo quería comérmela con la vista, como si recibiera un embrujo.

Ella, sonriendo con limpia coquetería, dijo:

—Me gusta que me vea; pero ahora quiero que hable de su persona, hasta este momento nada más sé que se llama Cleofas, que se dedica a las labores del campo y vive en Palomas, pero quiero saber más de su vida, qué planes tiene a futuro.

Al ver que la empatía era mutua, Cleofas preguntó si no le molestaría que se hablasen de «tú» para manifestarse más confianza. Ella estuvo de acuerdo, así que él contestó con toda sinceridad:

—Mi vida hasta ahora ha sido como la de todos los muchachos de la comunidad. No tiene nada de particular; somos una familia muy unida de cuatro hermanos, tres hermanas y mis padres. Mi hermano mayor está casado y vive por su cuenta. Somos dueños de una pequeña propiedad y de una tienda de abarrotes, llevamos una vida sencilla y sin complicaciones. Ahora por primera vez me agrada una linda mujercita, que eres tú, y quiero saber si me permites seguir viéndote ahora como mi novia, para venir cada ocho días y conocernos mejor.

—Sí, me gustaría ser tu novia, aunque estoy segura de que voy a enfrentarme tarde o temprano con la oposición de mis padres, porque por un lado nunca he tenido novio y por otro ellos piensan que los colonos no debemos salirnos de la comunidad italiana a buscar pareja para matrimonio con gente fuera de nuestro círculo.

—Esas son ideas que tienen que cambiar, porque ya no somos niños para que dirijan nuestras vidas. Yo entiendo que es un deber de los padres que cuiden y eduquen a sus hijos con sus creencias y costumbres, pero también deben tomar en cuenta los sentimientos y las ideas de uno, ¿o no crees?

Clementina movió la cabeza afirmativamente para manifestar su acuerdo con Cleofas, y así lo expresó:

—Creo que lo mejor por ahora es que nuestra relación se mantenga en secreto, a los curiosos les podemos decir que sólo somos amigos, ¿cómo ves?

—Tienes razón, es lo más conveniente para no granjearnos mala voluntad o la oposición abierta a nuestro noviazgo, estoy de acuerdo contigo, lo llevaremos adelante con la mayor discreción posible.

Continuaron la plática un rato, para después integrarse al grupo que no dejaba de reír por cuanta ocurrencia expresaban y simplemente pasar el tiempo. Se despidieron y los novios recientes prometieron verse los fines de semana.

Pasaron los meses. Algunas ocasiones no pudieron reunirse; sin embargo, persistía el encanto y el deseo por buscar el encuentro, con lo que creció involuntaria la confianza en el trato: después de seis meses conocieron la dulzura del beso y las primeras caricias.

Mientras tanto, su hermano Saturnino, tercero de los hombres, había contraído matrimonio con una vecina de Palomas, con quien había sostenido un noviazgo desde que eran quinceañeros, y bueno, el ya pisaba los veinte.

El primogénito, Homobono desde hacía tiempo que se había casado y se aisló, alejándose de la familia; el único displicente en su vida sentimental era Magdaleno, mayor que Saturnino, tal vez por su carácter hosco y retraído para buscar mujeres, o al menos con intenciones serias de permanencia o con interés de matrimonio, pues al juntarse con amigos de vida disipada, prefería tomar toda relación con mucha ligereza sin buscar compromiso. Su vida era sentimentalmente taciturna, discreta y buscaba encauzarla más por las relaciones comerciales y ahora se interesaba por la política, ya que siendo el que más viajaba y acompañaba desde chico a su padre, era más o menos abierto con los hombres. Después de la boda de Saturnino, su padre habló con él sobre este tópico y dijo:

—Oye, Magdaleno, ¿tú no has pensado en sentar cabeza, echar raíces con alguna mujer?

—No, papá, ese tema no me interesa, aun cuando soy mayor que Saturnino, he visto la vida de Homobono muy dada a la rutina y la siento muy vacía; francamente prefiero la libertad.

—Bueno, sí, pero no hay que exagerar, todo hombre debe echar raíces y criar una familia.

—Mira, padre, si de veras nos vamos a la bola, ¿no crees que tener una familia, hablo de esposa e hijos, puede ser una carga y un obstáculo? Yo pienso que es mejor dejar este asunto para después.

—En eso te doy la razón, si te vas a la Revolución es mejor que no dejes compromisos de familia en el abandono. Al cabo que para eso habrá tiempo.

—Por eso mismo prefiero estar libre para no tener ataduras de compromiso y preocupaciones aparte.

Fue la única vez que hablaron Magdaleno y su padre sobre matrimonio. Don Amado Cedillo no imponía razones o criterios a sus hijos. Era respetuoso de sus decisiones y admiraba a Magdaleno por sus convicciones y su carácter duro y enérgico, pues lo consideraba firme y serio.

4

MIENTRAS ESTO SUCEDÍA EN EL ENTORNO FAMILIAR, en varias ciudades del país la oposición crecía a través de los clubes antirreleccionistas, México estaba en efervescencia; la clase media tomaba conciencia y no aceptaba los supuestos resultados de las elecciones: profesionistas y estudiantes universitarios manifestaban su inconformidad. Trabajadores industriales, al igual que en el campo, sufrían el desempleo como consecuencia del cierre de minas y fábricas, malas cosechas, aumento en el precio de los comestibles, conflictos entre hacendados expansionistas y rancheros, pequeños propietarios: todo un gigantesco barril explosivo que sólo estaba a la espera de que alguien lo hiciera detonar.

Cuando el Congreso rechazó la petición de nuevas elecciones en septiembre de 1910, la gente del Partido Progresista no vio otra salida que la revuelta armada. El *Apóstol de la Democracia* logró salir de la cárcel y se trasladó en octubre a San Antonio, Texas, en los Estados Unidos, donde expidió el *Plan de San Luis Potosí* que, entre sus cláusulas más importantes, sobresalen: el desconocimiento de los poderes federales, la asunción de Madero a la Presidencia Provisional, la promesa de la restitución de tierras a pueblos y comunidades que hubiesen sido despojados. Y el exhorto a tomar las armas a partir del 20 de noviembre.

La respuesta de los ciudadanos no es inmediata, lo que da pie a que el gobierno piense que la rebelión había fracasado. A principios

de enero de 1911, estalla la revuelta en forma simultánea en los estados del norte y en Veracruz por el oriente, y, sobre todo en el estado de Morelos, donde Emiliano Zapata se levanta en armas. En febrero, Pascual Orozco y Francisco Villa organizan fuertes grupos guerrilleros en Chihuahua, y lo mismo hacen Iturbe en Sinaloa, Cabral en Coahuila y Arrieta en Durango donde se presentan las primeras batallas; al mes siguiente, en Guanajuato, Rafael Cepeda y Cándido Navarro avanzan hacia San Luis Potosí, en donde aparecen grupos rebeldes también con la bandera de la Revolución e invitan a todos los que tuvieran rencillas por injusticias o por haber sufrido arbitrariedades, a luchar contra los amos y señores dueños de las tierras.

En febrero de 1911, un grupo encabezado por el prócer había sido derrotado en Casas Grandes, Chihuahua. En cambio, al unir fuerzas Orozco y Villa, avanzan sobre Ciudad Juárez, donde logran vencer la resistencia del general Juan J. Navarro y sus 400 soldados que se rinden el once de abril. Con este triunfo surgen más grupos de rebeldes y se empieza a exigir la renuncia del Presidente Porfirio Díaz, quien asombrado de la magnitud del levantamiento y aceptando como imposible que el ejército federal pudiera salir airoso de la encomienda de aplastar el movimiento revolucionario, busca entrar en pláticas para una solución que evitara el derramamiento de sangre y el 21 de mayo en Ciudad Juárez firma el tratado de paz, y diez días más tarde presenta su renuncia don Porfirio Díaz y sale exiliado hacia Francia.

En San Luis Potosí, el gobernador porfirista José María Espinosa y Cuevas renunció el 28 de mayo y entra como gobernador sustituto José María Encarnación Ipiña.

Durante esta época, los hermanos Cedillo estaban en contacto con los hermanos Carrera Torres de Tula, Tamaulipas, y estaban decididos a seguir y aceptar como dirigente a Alberto, el mayor, dis-

puestos a entrar en acción conjuntamente con una fuerza guerrillera considerable; cuando se enteran de que la rebelión había terminado, deciden permanecer a la expectativa.

Madero hace su entrada triunfal a la Ciudad de México el siete de junio de 1911, pero contra lo estipulado en el *Plan de San Luis*, no asume la Presidencia Provisional, pues según los tratados suscritos en Ciudad Juárez, ésta recae en el Ministro de Relaciones Exteriores de Díaz: Francisco León de la Barra, quien propicia y obliga a la continuidad del sistema, con pocos cambios. Desea que la élite porfirista siga en el gobierno, negándole participación al grupo maderista. Impone el desarme de los revolucionarios y que el orden siga a favor del derrotado ejército federal. No quiere modificar la estructura, lo cual es incomprensible para quienes habían creído en las promesas del *Plan de San Luis*. La clase política en el poder es intransigente y el *Apóstol de la Democracia* se sujeta a sus dictados.

Emiliano Zapata insiste en no deponer las armas mientras no se reparta la tierra. Posición que es reprimida por el ejército federal que comanda Victoriano Huerta.

Francisco I. Madero visita a Zapata, pero no logra convencerlo de entregar las armas, porque a la par de las palabras del prócer está la acción violenta del ejército federal por órdenes estrictas del Presidente interino. Para los zapatistas persistía el régimen de dictadura.

En San Luis Potosí las cosas estaban igual, una huelga en las minas de Real de Catorce es reprimida por medio de la violencia, ahora supuestamente por fuerzas maderistas con los mismos métodos de don Porfirio. La situación es grave en todas partes, motivo por el cual renuncia el Gobernador sustituto don José Encarnación Ipiña y por influencia de Madero toma su lugar el doctor Rafael Cepeda de la Fuente. En agosto, Madero rompe la fórmula que tenía con el doctor Francisco Vázquez Gómez como

Vicepresidente y lo sustituye por José María Pino Suárez; la razón de este rompimiento fue que el primero no estaba de acuerdo con la actitud complaciente del *Apóstol de la Democracia*, esto trae como consecuencia que los seguidores de Vázquez Gómez se aparten del maderismo.

En este período se despierta una terrible confusión entre las fuerzas revolucionarias victoriosas en la contienda armada y los derrotados soldados porfiristas. Los primeros se sentían a disgusto por ser subordinados de los segundos, y por ser obligados a usar las armas en contra de sus propios compañeros de lucha o sus jefes, frente a quienes no se mostraban dispuestos a pelear, lo cual provocaba fricciones y en muchos casos desertiones.

Las elecciones fueron en octubre y Madero asume la Presidencia el seis de noviembre de 1911. Por su nulo convencimiento a Zapata, éste lo desconoce a los 19 días, al proclamar su *Plan de Ayala*. Lo mismo sucede con buena parte de las clases populares que caen en el desencanto, al no observar intenciones de cambio. En los primeros meses de la Presidencia de Madero se registró un estira y afloja entre porfiristas y maderistas que, al menos para los Cedillo, no representaban la Revolución ni se percibía esperanza de cambio alguno, de ahí su actitud de titubeo y de abierta inconformidad que se respiraba en los ambientes político y social del país.

En la entidad potosina hubo serios conflictos entre hacendados y cortadores de ixtle, uno de ellos, posiblemente el de mayor trascendencia, fue provocado por don Zeferino Martínez, quien se presentó a las autoridades, las mismas del porfiriato:

—Señor Buentello, vengo a solicitarle que en su calidad de Jefe Político dé un buen escarmiento a este grupo de mugrosos que afectan el orden. Es necesario que los Rurales intervengan.

— ¿Y cuál es el motivo para su solicitud, señor Martínez?

—Que roban la fibra de mi propiedad y han alborotado a los trabajadores para que vendan directamente a los comerciantes, si no les pago lo doble; lo que significa una rebeldía a mi autoridad.

—Por supuesto que usted tiene la razón, si a estos peones se les suelta la hebra vuelven a entusiasmarse con lo de su Revolución.

A los pocos días, el Jefe Político le facilitó a Zeferino Martínez un destacamento de soldados exmaderistas para que arrestaran a los rebeldes; colgaron a dos de sus líderes y enviaron a los demás presos, bajo custodia, a la capital de San Luis Potosí. Algunos amigos de los prisioneros fueron a Palomas a solicitar la intervención de Magdaleno Cedillo.

—Venimos a pedirte ayuda, Magdaleno, porque no es justo que el gobierno maderista nos trate igual que cuando gobernaba gente de don Porfirio. Tú sabes que siempre hemos recurrido a ti.

Después de escucharlos, el líder de los hermanos Cedillo Martínez contestó:

—No se preocupen, ahora mismo vamos a ir con el Gobernador a tratar el asunto; esperen nuestro regreso.

Los hermanos Cedillo, convertidos en comisión, fueron a ver al doctor Cepeda, quien los recibió y escuchó sobre el conflicto, y al tener conocimiento de que Saturnino había visitado al Presidente Madero en la cárcel potosina, ordenó la liberación inmediata de los detenidos al tiempo que se disculpaba por la arbitrariedad cometida por las autoridades de Ciudad del Maíz.

Magdaleno aprovechó la ocasión para solicitarle sus buenos oficios para un cambio de las autoridades del lugar.

—Señor Gobernador, los hacendados de la región siguen con la misma tónica: el trato brutal a sus jornaleros; no mejoran las condiciones de trabajo ni salarios y el jefe político que nos tiene ojeriza, es arbitrario y déspota como siempre.

—Les aseguro que tomaré providencias al respecto para que esto cambie. Aunque es difícil adoptar una nueva legislación para mejorar los salarios. Tengo la presión continua de los dueños de las haciendas, hay mucha intransigencia y no es fácil tratar con ellos. Necesitan tener paciencia y esperar un poco.

Después de agradecer la atención de que fueron objeto, los Cedillo se retiraron y regresaron a Palomas. Dieron respuesta a las personas que solicitaron su intervención y éstas se retiraron conformes, ya con sus familiares y amigos liberados, dándoles las gracias por los resultados obtenidos.

En una posterior reunión familiar, preguntó el padre a su hijo Magdaleno:

—¿Cómo es el nuevo Gobernador?

—Considero que más accesible que los mandatarios porfiristas, pero no creo que se atreva a enfrentar a los hacendados.

—¿Y qué hay del reparto de tierras?

—De eso ni siquiera se habla, como que tienen miedo a los dueños de las tierras.

—Yo creo que por eso los zapatistas tienen razón al desconfiar del Presidente. Ya ven ustedes cómo Orozco, en su proclama de marzo, insistía en el reparto de tierras y es la razón que expone para rebelarse al señor Madero.

—Pienso —expresó Cleofas—, que nada más nos jugó el dedo en la boca con sus promesas, porque realmente no se ve ni se siente ningún cambio, salvo el de la persona que hoy ocupa la silla presidencial.

Mientras que los Cedillo en sus reuniones se hacían un laberinto de preguntas y conjeturas semejantes a éstas, recibieron en septiembre a una delegación de 60 cortadores de fibra de las haciendas de San Rafael y Montebello. Matías Carbajal, como su representante, tomó la palabra:

—Venimos con ustedes porque siempre nos han ayudado a defender nuestros intereses. Y queremos decirles que con este nuevo régimen seguimos como antes. No han hecho nada para que mejoren las cosas y las arbitrariedades y abusos de los hacendados siguen igual. Manuel Buentello continúa como Jefe Político y es el mandón, y de plano queremos que ustedes nos encabecen en una revuelta contra las autoridades. ¿Qué dicen?

Contestó Magdaleno:

—Miren, compañeros, tienen toda la razón, somos conscientes de las injusticias, pero tengamos un poco de paciencia; ya hablamos con el Gobernador sobre un conflicto semejante y nos pidió un poco de tiempo, no se desesperen. Vamos a dar tiempo al tiempo, siquiera dos meses, si en este lapso no hay mejoras, tengan la seguridad de que aceptaremos su propuesta. Ustedes nos conocen y saben que somos hombres de palabra; mientras tanto, debemos prepararnos con todo lo necesario para emprender una lucha armada. Nada más les pido mucha discreción, debemos actuar en secreto, lo más que se pueda.

La comisión se retiró y comentó entre la gente los acuerdos.

Como supo de la visita de estos campesinos, el Jefe Político empezó a sospechar de los hermanos Cedillo y valiéndose de los hacendados, con los que habían tenido problemas, empezaron a presionarlos para obligarlos a ser rancheros dependientes o aparceros.

Los Cedillo ya no esperaron a que el Gobernador Cepeda interviniera a su favor y al enterarse de las intenciones de Buentello para arrestarlos, optaron por madrugarlos.

Magdaleno convocó a reunión al mayor número de personas que tuvieran seguidores dispuestos a la revuelta y les comunicó:

—Ha llegado el momento de pasar de las palabras a los hechos. Creo que la hora del levantamiento armado ha llegado. El gobierno

federal está muy ocupado con las revueltas en otros estados y en San Luis Potosí la guarnición de soldados es muy pobre, además podemos buscar en otros municipios cercanos a personas que puedan colaborar con este movimiento.

—¿Y para cuándo será este levantamiento?, preguntó uno de los asistentes.

Magdaleno respondió:

—Si consideramos el tiempo necesario para prepararnos y organizarnos bien, esto debe estallar a mediados de noviembre.

Una vez aceptado el acuerdo y más o menos una fecha tentativa, se retiraron para empezar a proveerse de lo necesario y dar el paso definitivo en su pequeña guerra.

5

EL DESCONTENTO DESDE EL TERCER MES DEL AÑO DE 1912 era urbano y rural, y pronto se manifestó junto con la inconformidad de numerosos grupos contra Madero, principalmente los encabezados por Pascual Orozco y los seguidores de Francisco y Emilio Vázquez Gómez. Para septiembre, el general gobiernista Victoriano Huerta había logrado vencer a Orozco en Conejos, Rellano y Bachimba, donde logra dispersar a los derrotados a las montañas. Madero creyó que con este éxito su gobierno se consolidaba, pero la realidad era diferente. En San Luis Potosí, como en otros estados, prosperaban grupos rebeldes.

La coalición de los hermanos Carrera Torres y los Cedillo había decidido levantarse en armas a mediados de noviembre porque era insoportable la situación de indecisión y titubeo, pues ni siquiera cambiaron a funcionarios y autoridades menores.

A fines de la primera semana del mes señalado, para iniciar su acción guerrillera, en la visita que Cleofas hacía como costumbre desde dos años atrás a Clementina, tomó la decisión de platicar con ella acerca del proyecto familiar de irse a la Revolución, con la esperanza de que las cosas cambiaran en el país y se abrieran posibilidades para un mejor futuro, y le confió:

—En otras ocasiones hemos comentado sobre la inconformidad existente en nuestro estado y en el país, por la situación económica y los problemas sociales que éstos engendran; también lo

hemos hecho sobre las campañas políticas que se desarrollaron desde el año antepasado y que, de alguna manera, todo el pueblo de México presenció y supo que concluyó con el triunfo de Madero y la caída de don Porfirio. Pero, como a pesar de ello, las cosas no cambian, mis hermanos y yo hemos tomado la decisión de irnos a la lucha de la Revolución para buscar por medio de las armas que se cumplan las promesas del Plan de San Luis de una manera real y que verdaderamente haya cambios que abran puertas para un mejoramiento en la vida de todos los mexicanos, esto lo tenemos decidido.

—Qué es lo que quieres decirme, Cleofas, dímelo de una vez con toda claridad.

—Lo que quiero decir es que te amo con honestidad. Desde que te conocí, tengo mucho amor y preferencia por ti. No quiero que nuestra relación termine, pero tengo que irme a la bola. Te pregunto si comprendes la situación y estás dispuesta a esperarme; si no, dímelo con franqueza, de una vez.

Clementina no le despegaba la vista de sus ojos negros colmados de angustia y en donde veía también una inmensa tristeza; sin haber perdido alguna de sus palabras, con la voz entrecortada que la llevó al llanto, respondió:

—Cleofas, tú sabes también que te quiero. Sí, te esperaré, porque he tenido la ilusión de que algún día podamos casarnos y juntar nuestras vidas, pues nos hemos entendido bien. Estoy dispuesta a esperarte, somos jóvenes, nada más pido que de algún modo me hagas llegar noticias de ti y cuando puedas visítame.

—Mira, cielo, una ventaja, como lo señalabas, es que estamos muy jóvenes. Yo no creo que esta bola dure mucho, ya ves la guerra contra don Porfirio fue como de seis meses y pronto terminó. Al cabo, hay más tiempo que vida. Si ésta durara tres años, pues esta-

ríamos en muy buena edad para matrimonio. Yo te prometo que no habrá otra mujer en mi vida, porque te quiero a la buena y te amo de verdad.

—Entonces será nuestro compromiso. No importarán las circunstancias adversas que se presenten. ¿Es nuestra despedida?

—Sí, mi amor, el tiempo se nos vino encima y tenemos que afrontar esta adversidad.

Ella, quitándose una medalla y cadena con que adornaba su cuello, regalo de su padre cuando cumplió quince años, entregó estos recuerdos a Cleofas, diciéndole como últimas palabras y con lágrimas que nublaron sus hermosos ojos azules:

—Mi amor, cuídate mucho y que Dios te acompañe.

Juntó su cuerpo al suyo y le dio un último apasionado beso y un abrazo lleno de emoción: permanecieron así un buen rato, sin deseos de separarse.

El 17 de noviembre de 1912, Magdaleno Cedillo junto con un pequeño grupo tomó el arsenal de la Hacienda Montebello. Sus hermanos Saturnino y Cleofas, con el resto de sus hombres, tomaron por asalto Ciudad del Maíz. Tras una breve lucha, la plaza fue de ellos y saquearon el Palacio Municipal (quemaron el Registro Público de la Propiedad) y luego convocaron a los habitantes que por ahí andaban y se dirigieron a la población campesina con la lectura de una proclama en que explicaban la razón de su revuelta y adhiriéndose públicamente al Plan de Ayala de los zapatistas, que en adelante sería su bandera de lucha.

El Jefe Político, Manuel Buentello escapó y al buscar ayuda formó un grupo de voluntarios bien armados con los que volvió y dispersó a los rebeldes, quienes después de lograr sus objetivos inmediatos, dinero y armas, se marcharon hacia Nuevo Laredo y después a San Antonio, Texas, con intenciones de adquirir municiones.

Magdaleno y Cleofas regresaron a fines de diciembre a los montes cercanos a Ciudad del Maíz.

Saturnino se quedó con la encomienda de comprar los pertrechos de guerra que necesitaban, con tan mala fortuna que fue arrestado en la frontera al ingresar de nuevo al país y fue conducido a la cárcel de San Luis Potosí. Cuando sus hermanos se enteraron de lo sucedido, conversaron:

—¿Qué debemos hacer, Magdaleno, crees que lo van a fusilar?

—No creo que lo vayan a matar, Cleofas, porque si de eso se tratara, ya lo hubieran quebrado; aparte, no podemos hacer nada para liberarlo, ya nos metimos en la bola, traemos a mucha gente encampanada y ahora no hay de otra que seguir adelante.

—¿Y qué sugieres, hermano?

—Debemos volver a reunir a la gente, empezaremos por parientes, amigos y rancheros de los municipios cercanos que nos han insistido desde hace tiempo en el uso de las armas en contra de las autoridades.

El diez de febrero de 1913, la guerrilla encabezada por Magdaleno y Cleofas, asaltaron un tren de pasajeros entre las estaciones de Las Tablas y San Bartolo, con cerca de 50 hombres; obtuvieron un cargamento de barras de oro y plata que destinaron para la compra de armas, equipo y avituallamiento de la guerrilla. Tres días después atacaron la Hacienda de La Angostura, donde consiguieron un mayor número de armas y provisiones, para después esconderse en el monte. Empieza la fama como estratega y jefe del grupo de Magdaleno Cedillo; y a ser considerado su grupo por las autoridades federales como un movimiento peligroso que crecía. En efecto, dotados con armas y parque, su contingente aumentó en número hasta ser una guerrilla capaz de enfrentar al ejército federal, como sucedió más adelante en Las Tablas, donde se libró una batalla por

varias horas, donde cae herido Cleofas que demuestra su valor en la refriega, siendo rescatado del campo de batalla donde había caído por un amigo que lo traslada al campamento; y después de haber sido atendido de su herida, en cuanto puede moverse organiza una gran pachanga con canciones, música y baile, explaya su carácter alegre y su orgullo de ser revolucionario.

El movimiento de los Cedillo era una realidad que dio vida a otros grupos rebeldes en el estado. Al día siguiente del jolgorio, Magdaleno habló seriamente con Cleofas:

—Debes ser más cuidadoso en las batallas, no es necesario que expongas la vida siendo el que encabece las acometidas. Porque un grupo que pierde la cabeza, y me refiero al dirigente o jefe, pierde toda coordinación y estrategia de lucha; lástima que no esté con nosotros Saturnino que es muy dado a llamar a la prudencia y que insiste en pensar bien las cosas antes de actuar.

—Sí, es una verdadera lástima que no esté con nosotros el hermano prudente, ahora está en el tambo, contestó Cleofas sin dar mucha importancia al consejo de Magdaleno.

—Pero no te preocupes por lo que no tiene remedio. En cambio, debemos pensar en cómo aumentar nuestras fuerzas, ahora que tenemos dinero, y aprovechamos también el enorme desempleo que ha causado este mal gobierno, debilucho e hipócrita.

—Seguimos en el porfiriato, sin don Porfirio.

—Por eso digo «hipócrita», ya has constatado la represión que trae el Gobernador Cepeda, ni más ni menos lo mismo que durante el gobierno anterior.

6

POR ESE TIEMPO, Victoriano Huerta derrota a Orozco en Chihuahua. En la capital de la República se rebelan Mondragón, Felix Díaz y Bernardo Reyes, que dan lugar a la intervención del embajador estadounidense Henry Lane Wilson de manera abierta en la política del país, que alienta la sublevación de la Ciudadela y la conspiración de Huerta y Blanquet, con el saldo del cuartelazo y la muerte a los pocos días de Gustavo Madero, Adolfo Bassó, así como del Presidente Madero y del Vicepresidente Pino Suárez. Con aprobación y reconocimiento de los Estados Unidos, Victoriano Huerta toma el poder el 19 de febrero de 1913.

Los Cedillo permanecen de nuevo a la expectativa, de momento tienen esperanzas en que la nueva autoridad pueda poner en libertad a Saturnino.

Las clases altas de todo el país aplauden la toma del poder por Victoriano Huerta; entre los que aplauden, se encuentra el aristócrata obispo de San Luis Potosí don Ignacio Montes de Oca y Obregón, aquél que llegara al país como Capellán del Imperio de Maximiliano de Habsburgo y, por supuesto, de los hacendados.

El nuevo Presidente Huerta restablece la estructura socio-política del porfirismo bajo un régimen militar de mano dura y extrema crueldad. Desconoce a los gobiernos maderistas que no se disciplinan con él e impone como funcionarios y gobernadores a incondicionales suyos.

En San Luis Potosí, nombra como Jefe de Armas al general Agustín García Hernández, hacendado de Ciudad del Maíz. Como respuesta, el general Alberto Carrera Torres y sus hermanos se rebelan e inician actividades militares, junto con los Cedillo.

Los gobernadores de Sonora y Coahuila rechazan al usurpador. Venustiano Carranza proclama su *Plan de Guadalupe* el 26 de marzo de 1913 y forma el Ejército Constitucionalista al mando de los jefes revolucionarios; en julio impone siete comandos del ejército, entre ellos, los únicos operativos: en el Noroeste, al mando de Álvaro Obregón; en el Noreste, con Pablo González; en el Norte, con Pánfilo Natera, quien se subordina a Francisco Villa, y en el Centro, con su hermano Jesús Carranza.

En el país, todos los revolucionarios se unen contra Victoriano Huerta. En San Luis Potosí, cerca de dos mil hombres que siguen a los hermanos Cedillo y a los tamaulipecos Carrera Torres, deciden apoyar la proclama revolucionaria de Alberto Carrera Torres, donde se dan en forma de ley veinte artículos que señalan cómo repartir la tierra de manera inmediata.

A principios de julio de 1913, los rebeldes potosinos ocupan la mayor parte del territorio norte del estado; para septiembre, los Cedillo unidos a los Carrera Torres comandaban ya cerca de tres mil hombres con carácter de guerrilleros agraristas, quienes se consideraban a sí mismos campesinos soldados, bajo un régimen de comunismo primitivo entre 1913 y 1914, convirtiéndose en admiradores de Francisco Villa, porque el reparto de tierras lo llevaba a la práctica al confiscar grandes propiedades en las zonas que controlaba y ofrecía al pueblo comestibles a bajo precio.

Ante las acometidas heroicas de los revolucionarios, sobre todo por los soldados de la División del Norte que infringieron vitales derrotas al ejército federal, Victoriano Huerta renuncia a la Presi-

dencia y el 15 de julio de 1914 sale del país como exiliado a Europa; queda en su lugar el Presidente de la Suprema Corte, Francisco Carbajal, para negociar con el Primer Jefe Constitucionalista.

En San Luis Potosí, el huertista general Romero se retira del estado dos días después. A la siguiente jornada entran en la ciudad capital las fuerzas constitucionalistas con los hermanos Cedillo y los Carrera Torres a la cabeza: caudillos que dirigen el contingente.

El 20 de julio toma posesión como Gobernador Provisional, el general Eulalio Gutiérrez, hombre de espíritu revolucionario radical, quien por decreto limita y hostiliza al alto clero restringiéndole la práctica de cultos, cierra todas las escuelas religiosas por considerar la actuación del clero católico enemigo del pueblo y del movimiento emancipatorio. Publica un decreto para reglamentar sueldos y condiciones de trabajo a los asalariados locales, estableció jornadas de trabajo de nueve horas y prohibió tiendas de raya en compañías y haciendas. En San Luis Potosí, la Revolución daba sus primeros frutos.

Con el ímpetu del triunfo, las fuerzas revolucionarias ocuparon y saquearon las casas de algunos ricos que habían apoyado abiertamente el cuartelazo y al gobierno de Victoriano Huerta, en su sanguinaria aventura. Fusilaron a varios como escarmiento. Los hermanos Cedillo buscaron a Zeferino Martínez y a Miguel Villanueva con miras a un ajuste de cuentas, pero no los encontraron; se conformaron con tomar venganza en la persona de Javier Espinosa y Cuevas, hermano del exgobernador y copropietario de La Angostura, a quien pasaron por las armas; como prueba de que los de abajo eran ahora los que mandaban por medio del poder que les daba la Revolución.

Enseguida, hubo algunos meses de paz.

Por otra parte, las diferencias irreconciliables entre Carranza y Villa, sólo fueron contenidas hasta la caída del usurpador Huerta, pero ahora afloraban hasta la ruptura.

En una reunión familiar, los hermanos Magdaleno y Saturnino, quien se reintegró a la lucha armada en cuanto logró salir de la cárcel, establecieron una plática para el análisis de la situación prevaleciente:

—No entiendo bien lo que sucede con los Jefes de las Divisiones Revolucionarias: ahora que vino la paz, no se ponen de acuerdo —comentó Saturnino, ya en libertad.

—Es el poder, o todavía mejor, la lucha por el poder —respondió Magdaleno, y continuó—; los dos rijosos se sienten con méritos para llegar a gobernar el país, pero como Carranza lanzó el *Plan de Guadalupe*, formó el Ejército Constitucionalista, fue con quien se entendió Carbajal y es el que administra el dinero de la nación como encargado del Poder Ejecutivo, según el propio Plan, se siente con todos los derechos.

Cuestionó Saturnino:

—Pero, ¿tú crees que él como hacendado poderoso y exgobernador porfirista vaya a cumplir con las promesas de la Revolución? El va a respetar al poder y a las propiedades de los ricos, por sus intereses y origen. Nunca ha dicho nada sobre el reparto de tierras.

Magdaleno contestó:

—Ahí está el detalle, la diferencia está en Villa que es de origen popular y humilde, igual que Zapata y como nosotros. Tienen los mismos intereses nuestros y de la mayoría de los que andamos en la bola, para que todo cambie y para que los que nada tienen obtengan algo con el reparto, sobre todo mejores condiciones y esperanzas de vida para ellos y para sus hijos. Eso es lo que quieren discutir, y para ponerse de acuerdo, nos invitaron a una Convención de Jefes Revolucionarios en Aguascalientes, según esto en octubre y noviembre.

—¿Y tenemos que esperar hasta entonces?

—Hay que esperar, no tenemos otra alternativa.

—Así será —concluyó Saturnino y dio por terminada la conversación.

7

CLEOFAS ESCUCHÓ A SUS HERMANOS EN SILENCIO, su mente estaba ocupada en otros pensamientos. Al tener tiempo de descanso durante esta tregua de paz, regresaron a Palomas. Sus hermanos continuaron la organización de sus hombres, que regresaron a las labores del campo hasta nuevo aviso.

La Revolución maderista no la vivieron: tal vez por esa razón, Magdaleno buscó no perder contacto con las nuevas autoridades del gobierno; en cambio, en la etapa del Ejército Constitucionalista, tuvieron un papel destacado; ahora él y su hermano Saturnino eran reconocidos como generales y Cleofas como coronel. Ostentaron estos grados durante el período de tregua. Cleofas mandó a un amigo y subordinado de su confianza con el objetivo de hacer llegar una carta a su novia en la que le pedía cita y respuesta sobre lugar y fecha con el propio enviado.

De vuelta a la costumbre de encontrarse a la salida de misa y, como en otras ocasiones, ella llegó acompañada de sus primas, las que con discreción y después de saludar a Cleofas y a sus acompañantes, permitieron que los novios se apartaran en busca de un espacio de intimidad. Al mirarse de nuevo a solas, por unos segundos que parecieron eternos, se quedaron paralizados, reaccionaron con eufórico entusiasmo, se abrazaron y entraron en comunión espiritual mediante un prolongado y ardiente beso. Con delicadeza apartaron sus rostros. Se miraron con un mutuo encantamiento en

que sobaban las palabras, con vehemencia sus miradas en desmayo penetraban sus ojos unidos en amorosa pasión. Se volvieron a juntar sus cuerpos y de nuevo probaron la dulzura cariñosa del beso. Al separarse, después de unos minutos, Cleofas rompió la tregua del silencio:

—¿Cómo has estado, mi amor? Si supieras lo que he sufrido por no estar contigo... Por no mirarte... Por no estar cerca de ti, como en estos momentos, y con tantas calamidades que he pasado en esta vida de revolucionario.

—Yo la he pasado bien, en la rutina de siempre; he sufrido tanto como tú, preguntándome en silencio cómo estarías, si te acordabas de mí como yo de ti, si no me habrías olvidado, y pidiéndole a Dios para que te cuidara y pudiéramos realizar el sueño de unir nuestras vidas. Sólo recibí dos cartas en tu ausencia, no contesté porque no sabía cómo hacértelas llegar, ¿te imaginas la incertidumbre de mi espera?

—Bueno, lo importante es que estamos juntos otra vez, contestó Cleofas.

Cerca de ella, alzó sus manos para encerrar y acariciar el rostro de Clementina, le clavó con ternura sus profundos ojos negros que parecían devorar la luz azul de su mirada, que respondía con bondad y con besos apasionados, sin darle importancia a quienes pudieran observarlos.

—Ahora —le dijo casi al oído, sin apartar su cuerpo de ella—, no me importa que la gente o tu familia sepan cuánto te quiero, porque me siento más maduro como para hablar con tus padres y pedirles su consentimiento a nuestro noviazgo. Las relaciones sociales y los prejuicios tienen que cambiar, porque la Revolución ha impuesto cambios a favor de la igualdad, y este país y su gente tendrán que ser diferentes por las buenas o por las malas, sino ¿para qué estamos luchando?

—No creo que ellos acepten. No están de acuerdo con la Revolución. Piensan que el orden social está en bancarrota. Todavía tienen prejuicios hasta por el color de la piel, van a querer saber qué bienes posees y qué me puedes ofrecer. No concuerdo. No son mis ideas, pero sí las de ellos, como si los estuviera escuchando y no sabría decirte qué reproches me harían.

—Hay que mirar las cosas con calma, puede que tengas razón; una cosa te digo, con esta Revolución vamos a sacar algo, aparte de dinero. Me conformaría con una pequeña finca donde pueda trabajar la tierra y criar ganado, aun cuando nunca habíamos hecho planes con seriedad, quisiera saber, ¿cuáles son tus pretensiones?

—Te quiero tanto que sólo deseo vivir contigo y en paz. Vivir más o menos como en mi casa, con cierta comodidad y sin pobreza. Creo que es lo mismo que tú deseas.

—Para ti quiero lo mejor, estoy dispuesto a forjarme un porvenir que nos dé tranquilidad, estoy de acuerdo contigo. De cualquier manera es bueno que pensemos en nuestro futuro y en la boda, después de la dichosa Convención de Jefes Revolucionarios, cuando se establezca el gobierno y la nación viva en paz.

—¿Para cuándo crees que sea esto?

—He platicado con mis hermanos que tienen más información que yo y piensan que para el año que viene.

—Tendremos que esperar, mientras tanto nos veremos igual.

—Y si tus padres se enteran y se oponen, ¿serías capaz de irte conmigo, así nomás?

—Yo te quiero mucho, pero me gustaría casarme por la Iglesia y hacer bien las cosas. Para mi familia sería una tragedia que huyera contigo, así, nada más porque sí. Ellos no entenderían nuestro amor de esa manera.

—Está bien como piensas y yo te quiero a la buena, verdad de Dios que te respeto, sobre lo que venga pondré mi parte para hacer las cosas como tú lo deseas.

Cleofas y Clementina continuaron viéndose y soñando despiertos en su ilusión. Su amor crecía hasta el arrebató y sentían cómo se intensificaban las llamas de la pasión; ella controlaba los momentos álgidos, a pesar de las ansias de la sangre.

8

PASARON LOS MESES. A la Convención de Aguascalientes sólo asistió como delegado Saturnino, en representación de Alberto Carrera y Magdaleno. Ni Carranza ni Villa asistieron. Obregón tuvo un papel sobresaliente como representante de don Venustiano, pero tuvo el cuidado y la astucia de no comprometerse. Por las discusiones se pudieron distinguir dos posiciones irreconciliables para el futuro de la Revolución; resultó Presidente Provisional Convencionista el general Eulalio Gutiérrez, quien estableció su gobierno temporalmente en San Luis Potosí y después se marcharía hacia la Ciudad de México. Los Cedillo Martínez y los Carrera Torres apoyaron a don Eulalio por el compromiso contraído a favor de la Reforma Agraria y por las medidas revolucionarias que había implantado como Gobernador de San Luis Potosí.

Venustiano Carranza no aceptó los resultados de la Convención y se autonombra Presidente Constitucionalista, apoyado por los generales Álvaro Obregón y Pablo González. Al mes y medio del final de la reunión de Aguascalientes, el general Eulalio Gutiérrez rompe su alianza con Francisco Villa, que había sido nombrado jefe del Ejército Convencionista, y comienza la guerra civil. Don Eulalio abandona San Luis Potosí, ciudad que es tomada por Tomás Urbina, lugarteniente de Villa. Los generales Alberto Carrera Torres y Magdaleno Cedillo se declaran villistas y se unen a otros de la División del Norte, famosa por ser vencedora en grandes batallas

contra el ejército federal de Victoriano Huerta. Una parte de esta División estará en la ofensiva que cubre la zona petrolera de Ébano; otros revolucionarios del oriente del estado se unen a las fuerzas carrancistas comandadas por los generales Jacinto B. Treviño y Luis Caballero, ambos de Tamaulipas.

El hermano menor de los Cedillo, Cleofas, ante lo inesperado de los acontecimientos, se da tiempo para ir a Ciudad del Maíz a despedirse de su novia. Cuando logra estar frente a ella, cae embelesado y en silencio clava su mirada que se vuelve tierna y suave al penetrar en el azul celeste de sus ojos. Ella corresponde al encanto que le produce la mirada de Cleofas y por instantes que parecen eternos, fuera del tiempo, se contemplan y comunican con la energía que cruzan sus miradas envueltas en un hechizo amoroso, que los hace caer en un trance mágico de enamoramiento. Con delicadeza él lleva la caricia de sus manos al rostro de Clementina, lo acerca despacio al suyo, hasta que sus labios consiguen juntarse y compartir la dulzura de un beso, prolongado y ardiente; ella lo separa con bondad y lentamente se abrazan con vehemencia y pasión. Repiten la caricia de los besos y al poco tiempo del desfogue inicial dice:

—Clementina, mi niña hermosa, vengo un poco triste porque las cosas no salieron como lo imaginaba la última vez que platicamos. En la Convención se salieron de control; no se llegó al acuerdo político y la paz que todos esperábamos. Se han desbordado las ambiciones de los jefes revolucionarios y es un hecho que nos vamos de nuevo a la guerra civil.

—¿Crees que puedas venir a verme, aunque sea de vez en cuando?

—No te prometo nada en ese sentido, por los preparativos debidos a la importancia estratégica de los pozos petroleros, así como la del Puerto de Tampico; va a ser difícil, aun cuando sean lugares cercanos; de ser posible, me daría una vuelta. Aquí cerca de mi co-

razón, llevo la medalla que miro cuando me acuerdo de ti, entonces siento aquí adentro que estás conmigo y que iluminas a la estrella de nuestro amor.

—Yo también te recuerdo constantemente, no hay día en que no piense en ti. Siempre te estaré esperando, pidiéndole a Dios que cuide tu vida. Tú, procura no exponerte al peligro para que regreses con bien.

—Eso sí te puedo prometer, cuidarme, porque mi más hermoso sueño es unir nuestras vidas. Amorcito, aunque no lo deseo, tengo que irme.

Se dieron un caluroso y sentido abrazo, y como despedida se unieron en un beso apasionado que los hizo vibrar con fuerte emoción, provocando en silencio que de los ojos de Clementina brotaran como perlas de cristal, unas diáfanas lágrimas que temblaban con profundo sentimiento de angustia y tristeza, presagio tal vez que ésta sería la última ocasión que se verían. Sin embargo, recuperó la tranquilidad de ánimo y ella le dio las últimas palabras:

—Bueno, Cleofas, te agradezco que hayas venido a verme y si no puedes venir como yo quisiera, por lo menos escíbeme, déjeme saber que estás con bien. Sé que tienes que irte, nada más te pido que te cuides y no me olvides.

Él subió a su caballo que lo esperaba cerca y gritó:

— ¡Hasta siempre, amor mío!

Don Eulalio Gutiérrez fue huésped de los Cedillo en su paso hacia Coahuila, pero ya no lo siguieron; ahora estaban comprometidos con Villa.

Cuando las fuerzas opositoras de Carranza y las del Centauro del Norte se encontraron en Ébano, en un combate que duró más de dos meses, las fuerzas de Francisco Villa salieron derrotadas y tuvieron que replegarse hacia San Luis Potosí. Quedó Cleofas Cedillo

muerto entre las bajas villistas en el campo de batalla. Después de localizar su cadáver, lo llevaron a sepultar a Palomas. Magdaleno sabía de su noviazgo con Clementina y dispuso que la medalla de su hermano se la entregaran. Cuando la recibió, Clementina no pudo contener el llanto; al sentir por la trágica noticia que sus sueños se volvían añicos y que el amor depositado en su adorado Cleofas iba a ser sepultado sólo en el recuerdo de una batalla más de la Revolución, que ésta volvió imposible.

Sus hermanos Magdaleno y Saturnino lo extrañaban con dolor inolvidable, porque aparte de ser el más extrovertido, se había hecho querer por la tropa, que admiraba su valentía por la cual obtuvo el grado de Coronel a temprana edad y su entusiasmo vivencial en festejar con alegría las pachangas que organizaba después de las refriegas en que participó y que compartía con sus compañeros de lucha, frecuentemente hasta la algarabía, por las noches tocando la guitarra y acompañándolos con su voz, canciones y corridos, alrededor de las hogueras que les hacían más llevadera la vida de guerrilleros, en toda ocasión que podían darle rienda suelta a sus emociones y al esparcimiento. Así de breve fue la gloria de Cleofas Cedillo Martínez.

9

Después de la reyerta de ébano, Villa convocó a sus fuerzas para que se concentraran en la campaña del Bajío, contra Obregón y Pablo González. Saturnino quedó al mando de la guarnición de Dolores Hidalgo, mientras Magdaleno y Alberto Carrera Torres lucharon al lado de Francisco Villa, en León; antes, las fuerzas villistas habían sufrido terribles derrotas en Celaya. Después de ésta y Trinidad, la mala racha termina en un fracaso total en Aguascalientes, donde decide dispersar sus tropas hacia el norte. Muchos de sus jefes permanecieron por años en rebeldía y resistencia.

Los Cedillo y los Carrera Torres regresaron a Ciudad del Maíz y a Tula, respectivamente. El general villista Tomás Urbina abandona San Luis Potosí el 12 de julio de 1915 y unos días después Álvaro Obregón ocupa la ciudad y nombra gobernador de San Luis Potosí al general Gabriel Gavira y dos meses después al general Vicente Dávila.

En este período, los generales carrancistas ganan fama de sátrapas, con tanto robo y abuso imponen el caos en todo el país, como colofón del triunfo revolucionario constitucionalista.

En los primeros meses de 1916, Carranza está firme en el poder, autoriza la devolución de algunas haciendas confiscadas por los jefes revolucionarios durante el conflicto bélico y empieza a imponer como gobernadores a sus incondicionales, como en el caso del estado de San Luis Potosí, donde impuso aun en contra de la ley local a

su Jefe del Estado Mayor, a quien ascendió a general de un día para otro con tal propósito, Juan Barragán, proveniente de la aristocracia de abolengo y élite porfirista. Cuando este hacendado fue instalado por la fuerza de las armas, empezó la represión y la trapacería como en los mejores tiempos, antes de la Revolución.

Carranza, con la idea de pacificar el país, ofrece amnistía a los jefes rebeldes y a sus seguidores. El general Alberto Carrera Torres, enfermo y mutilado de una pierna, se acoge al perdón; sin embargo, es tomado prisionero y fusilado por el general Luis Caballero, Comandante Militar en el estado de Tamaulipas, en febrero de 1917.

Los Cedillo, con la muerte de su amigo, comprueban la falsedad de la amnistía carrancista y, sobre todo, con la imposición del porfirista Barragán, sospechan que la Revolución, por lo menos en San Luis, no había promovido ningún cambio y prefieren mantener la guerra de guerrillas.

En los últimos meses de ese año, llega a San Luis como jefe de Operaciones Militares en el estado, el general Manuel M. Diéguez, con el objetivo señalado por la superioridad de aniquilar a los hermanos Cedillo; en particular, lleva la cosignia de acabar, a como dé lugar, con el general Magdaleno Cedillo Martínez, que tenía fama de ser violento y aguerrido y al que siempre se le había considerado el estratega de grupo, a quien se sumó —con todos sus hombres que provenían de Tula y de la parte norte de San Luis— el general Francisco Carrera Torres, hermano del traicionado y ultimado Alberto.

A pesar de las palabras que había expresado a su padre, cuando apenas era una idea irse a la Revolución, las circunstancias que padecía como guerrillero y más adelante como líder indiscutible del grupo, propician que en forma involuntaria empuje Magdaleno a lidiar con mujeres: no es dado a los excesos de la bebida, pero le gusta observar y escuchar a sus hombres cuando platican los recuerdos

de sus aventuras amorosas alrededor de las fogatas. Y apartándose de los pequeños grupos, a los cuales visita por momentos para convivir con ellos, se encuentra también con algunas adelitas con las que vive aventuras pasajeras e intrascendentes, incluso lo persiguen a veces. Sólo después de las derrotas de Villa, se le pega Elena para cuidarlo, cuando sale herido en la refriega de León; se trata de una nortea de Durango. A Magdaleno, más que respeto, se le admira y se le teme por su carácter bronco y mal hablado; como físicamente es alto y corpulento, se le guarda distancia; sin embargo, por esta situación inesperada, decide aceptar que Elena lo siga de regreso a sus dominios. A partir de noviembre de 1915, toma preferencia por aquella mujer que resulta ser fuerte de carácter, y como es alta, guapa y dada a la broma particularmente con él, llegan a encariñarse. En octubre del año siguiente le da una hija a quien ponen el nombre de la madre. Durante paseos y compras en Ciudad del Maíz y en alguna ocasión en Matehuala, es como sus enemigos se enteran que anda con pocos hombres, alejado de su hermano Saturnino y de Francisco Carrera, quienes permanecen en las montañas con el grueso de la guerrilla.

Por esos días, Magdaleno y Elena sostuvieron un diálogo importante en su vida:

—Sabes, Elena, siempre pensé no casarme por no dejar a mi familia en el abandono; pero ya que tenemos cría, considero que lo mejor es que permanezcas con mi gente en Palomas, ahí mi madre y hermanas sabrán cuidarte.

—Entiendo que quieras protegerme por medio de tu familia; por otro lado, a mí me gusta seguirte, como cuando te conocí. Me gusta la bola y estar a tu lado, compartir los peligros contigo. No es lo mismo la soledad por las noches, a que tengas unas piernitas que te calienten la cama.

—Claro que no es lo mismo, aunque las circunstancias son cada vez más difíciles. Estos carrancistas apoyados por el Gobernador Barragán, que desde siempre nos tienen odio, no van a dejarnos en paz, nunca.

—Entiendo tus motivos, sólo que quiero estar contigo cuantas veces pueda. Yo te acompaño con la tropa y en algunas ocasiones puedo ir a Palomas.

—No seas terca, este asunto de evitar compañeras ya lo hemos hablado algunos jefes y la mayoría opina que no debemos cargar con mujeres. Muchos están, como yo, encariñados con alguien; sin embargo, en las montañas y en guerra se complica la situación. Hay que hacer sacrificios.

—Si tú piensas así, pues tienes que poner el ejemplo, acepto irme con tu familia, ya vendrás cuando puedas, nada más te pido que te cuides porque tú eres el general y jefe de la guerrilla.

Enterado de que el general Magdaleno Cedillo está aislado del grueso de la guerrilla en Ciudad del Maíz, Diéguez encomienda la cacería al general José Rentería Luviano, quien inicia esta campaña el 17 de octubre de 1917, apoyado por las fuerzas locales de los coroneles Marcial Cavazos y Miguel Z. Martínez. En forma rápida y certera logran apoderarse de Ciudad del Maíz y los defensores se van a la sierra; dos semanas después alcanzan a Magdaleno y a sus hombres en unos montes cercanos a la Hacienda de Montebello, con fuerzas superiores en número y en armamento. Llevan artillería, infantería y dos regimientos de caballería. Luego de varias horas de intensa lucha y de estar sometidos a un furioso bombardeo con la metralla de los cañones, Magdaleno y sus aguerridos jinetes son desalojados de sus posiciones en la parte baja del cerro y en desbandada huyen hacia la cima. El lugar queda sembrado de cadáveres y heridos con quejas y lamentos de dolor, una dantesca escena del infierno, por el fuego y

la confusión de hombres sucios, descalzos, hambreados por falta de provisiones, escasos de parque y fatigados por el asedio a que han sido sometidos en una persecución sin cuartel.

Un certero disparo de artillería contra una roca gigantesca donde se ocultaba Magdaleno, produce que se fragmente el peñasco y vuele en pedazos, con tan mala fortuna que una piedra lo golpea en la frente haciendo que caiga sin sentido y con una herida sangrante que le desfigura el rostro por el impacto. Sus hombres lo dan por muerto y por la gravedad de los ataques lo dejan abandonado; cuando se recupera, se incorpora tambaleante y desarmado es descubierto por un soldado que sin titubeos le dispara en el cuerpo; al caer de rodillas todavía tiene el coraje de gritar:

—¡Ya me diste, hijo de la chingada, de una buena vez párteme la madre, que para morir nacimos!

—¡Cállate, pendejo, desde este momento eres mi prisionero! —le contestó el soldado, quien recibió como respuesta una imprecación de parte del herido:

—¡Yo soy tu padre, pinche idiota de mierda, mátame si tienes huevos!

El soldado ya no respondió, se acercó y con un pedazo de reata le amarró las manos por detrás y lo subió a un caballo. Magdaleno falleció por el traqueteo y el dolor; más adelante, unos campesinos del lugar lo reconocieron y gritaron sorprendidos:

—¡Llevan al general Magdaleno Cedillo y en muy mal estado!

Cuando se tambaleaba en el lomo del penco, gritó el soldado con mucho orgullo:

— ¡Aquí viene Magdaleno Cedillo y es mi prisionero!

Al escuchar el grito y barullo de otros soldados, el general Rentería se incorporó, pues estaba sentado a la sombra de un árbol y salió a su encuentro. Dirigiéndose al prisionero que apenas podía hablar:

—¿Es usted el general Magdaleno Cedillo?

—Sí, señor, contestó el herido.

—Quiero que sepa que desde este momento es mi prisionero. Tengo órdenes expresas de mi general Diéguez de llevarlo a San Luis. No piense que lo voy a fusilar.

—Proceda como guste, para el tiempo que me queda de vida, nada importa.

—No sea pesimista, le aseguro que no va a pasar nada y al llegar a Ciudad del Maíz le darán las mejores atenciones. Se va a curar.

—Eso a mí no me importa, yo sé aceptar cuando se pierde. ¡Máteme de una vez, estoy malherido y ya me llevó la chingada!

—No tenga esos pensamientos, yo quiero entregarlo con vida.

El prisionero ya no habló: en angarillas lo trasladaron hasta la cabecera del municipio. Nadie se dio cuenta de que en el camino entró en agonía, llevándose con el desaliento el paisaje pobre y triste del semidesierto de su tierra, junto a la angustia de un sueño fallido por la esperanza de un cambio que nunca vio. En silencio expiró el tres de noviembre de 1917.

El general Diéguez, emulando las guerras floridas precortesianas, haciendo gala de su delicada y fina educación, así como de respeto por el muerto, entre música, fiesta y vuelo de campanas, exhibió su cadáver en el atrio de la Catedral potosina.

10

CON LA MUERTE DE SU HERMANO MAGDALENO, Saturnino Cedillo Martínez —a los veintisiete años de edad— toma el mando de los hombres y de la zona de influencia que establecieron Alberto Carrera Torres y Magdaleno Cedillo, ahora finados, y recibe como su segundo a Francisco Carrera Torres, hermano de Alberto.

A la muerte de su hermano, Saturnino recibe con beneplácito el que se incorpore a sus filas su hermano Homobono, el primogénito de la familia, hasta entonces indiferente al movimiento armado. Éste dura poco en el grupo porque durante una visita que pretende realizar a su esposa, de la que nunca se había separado, Enrique Salas lo toma prisionero (antiguo aliado de los Cedillo, pero desde la batalla de Ébano, converso a carrancista) y lo mata en la horca. Saturnino lamenta su muerte, de los cuatro hermanos sólo queda él:

—Qué lástima que lo hayan matado. Él nunca se había involucrado en la bola porque tenía un espíritu pacifista, le pasó lo que al perro de la tía Clea —comentaba con Francisco Carrera Torres.

—Qué te podías esperar, por un lado su falta de malicia y experiencia en la lucha; y por otro, lo sanguinarios que resultaron los carrancistas como vencedores con su constitucionalismo, para que vuelva el porfirismo sin don Porfirio. Como le pasó a mi hermano Alberto.

—Peores que el dictador, por lo menos aquél era perverso y no lo ocultaba; estos se las dan de revolucionarios honestos y son unos

malvados hipócritas. Todos sabemos las acciones de Carranza y las medidas que está tomando a favor de los hacendados y de la antigua élite. Como es el caso del nuevo gobernador Barragán, aquí en San Luis Potosí, que se ha hecho multimillonario, primero como pagador general del Ejército y ahora como mandón del estado.

—Todo se llega a saber, los caudillos militares que lo apoyaron han tenido oportunidad de robar, de convertirse en nuevos ricos y socios comerciales con porfiristas a ultranza, ascendiendo social y económicamente con la rapidez del rayo... Puro parásito de la economía.

—Como si fuese un ejército de ocupación con licencia para el pillaje y aprovechando las circunstancias para asociarse o emparentar con la burguesía, asimilándose a la buena vida.

—Se sabe que hasta Obregón, al dejar la Secretaría de Guerra, se ha hecho tan rico que ya casi es dueño de Sonora.

—Son decires de la gente, ¿cómo crees que pueda ser cierto? Además, eso está sucediendo con todos los generales carrancistas que son como 200 repartidos por toda la República.

—Nueva casta de rufianes que sólo buscan satisfacer su ambición personal, olvidándose de las promesas a los obreros, campesinos sin tierra y jornaleros del campo.

—Eso lo sabemos, a Carranza lo que le importa es volver a la oligarquía y por eso sigue la regla: «Dejar hacer, dejar pasar», con sus amigos generales o políticos.

—Por esa razón, la *Constitución* de 1917 es letra muerta en muchos sentidos, los gobiernos, como aquí el de Barragán, no la aplican porque dañarían sus propios intereses.

Este tipo de elubricaciones eran frecuentes entre los jefes rebeldes.

En mayo de 1919 hubo elecciones en San Luis Potosí. Como siempre una farsa. Juan Barragán, con escandaloso fraude, impuso a Severiano Martínez. Un mes después, Obregón lanzó su candidatura para

la Presidencia de la República, pero se percata de que don Venustiano apoya a Ignacio Bonillas, su Embajador en Washington. El poder real está en manos de los militares que apoyan abiertamente al invicto general de la Revolución. Como Carranza se opone a su candidatura, trata de ganar terreno controlando el estado de Sonora. Con tal propósito, en abril de 1920, manda al General Pesqueira con diez mil soldados para asumir la Jefatura Militar; pero el gobernador Adolfo de la Huerta, presagiando los planes de Carranza, lo toma prisionero y con el apoyo del Congreso del Estado, cuestiona la autoridad del Presidente y el 23 de abril promulga el *Plan de Agua Prieta*, desconociendo al gobierno nacional y a todos los gobernadores carrancistas, incluyendo al de la entidad potosina, quien junto con su antecesor huyen al extranjero. El movimiento se extiende por todo el país y también el apoyo popular a favor del general Obregón.

Carranza parte hacia Veracruz y en Tlaxcalantongo cae en una trampa, como la traición a Zapata por Guajardo, y es asesinado por los generales Basave Piña y Rodolfo Herrero el 21 de mayo de 1920. Adolfo de la Huerta asume la Presidencia Provisional.

Desde mayo, Saturnino Cedillo, al igual que muchos rebeldes al régimen corrupto de don Venustiano, ofrece por telegrama su apoyo a la revuelta. El gobierno busca unidad y paz, por lo cual acoge la idea de autorizar que algunos jefes rebeldes crearan colonias militares agrícolas para sus veteranos. Saturnino crea, organiza y desarrolla en su zona de influencia fructíferas colonias.

En las elecciones de septiembre, triunfa en forma inobjetable el general invicto de la Revolución y en diciembre asume el Poder Ejecutivo de la nación. El nuevo Presidente busca atraer a los jefes rebeldes y empieza a realizar la entrega de tierras.

Saturnino Cedillo, a cambio de su apoyo y lealtad, había obtenido del Presidente Provisional confirmación de sus grados militares

para él y sus oficiales, pagos por desmovilización y tierras para sus más cercanos colaboradores. Desde ese momento aplica su habilidad de líder militar y político agrarista; y la creación de sus colonias militares va a ser la piedra angular de su ascenso al poder con el nuevo Presidente Constitucional, a quien solicita de parte de su gobierno escuelas, libros, maestros, carreteras y caminos para comunicar las colonias militares y para trabajar en éstas: arados, semillas y útiles de labranza. Cuando Obregón lo llega a visitar en una ocasión y pregunta qué quiere para él, tiene el buen tino de contestarle que «nada». Antes, cuando lo reconocieron como general Brigadier, consiguió también ser Jefe de Operaciones Militares de Ciudad del Maíz, con una escolta protectora. Saturnino Cedillo tenía como fuente de poder un feudo construido a través de convivir y servir a la gente durante toda su vida de guerrillero, donde la gratitud y la dependencia de los campesinos lo convirtieron en un auténtico caudillo agrarista.

11

DURANTE LA PRESIDENCIA DE ÁLVARO OBREGÓN, Saturnino disfruta por primera vez (en diez años) de un período de paz. Reconstruye su casa en Palomas y hace producir la tierra mediante la aplicación de un moderno sistema de riego. Se permite, con sus amigos cercanos, Francisco Carrera Torres, Ildefonso Turrubiartes, Alfredo Luna y Magdaleno García, asistir a ferias, peleas de gallos y a divertirse en bailes populares hasta de gente acomodada, que lo invitan desde que es general y jefe de Operaciones. En esta época, a don Saturnino, como ahora lo llaman, le da por cortejar a una prima del exgobernador reciente, exiliado por ser Carrancista connotado. La relación no prospera porque la familia de ella tiene arraigados prejuicios y todavía no asimilan que aquel hombre de origen plebeyo sea una autoridad importante. Ahora se sienta a las mesas bien abastecidas y convive con los triunfadores de la Revolución. Sabe que su lealtad al régimen, sofocó revueltas en 1922, le abre las puertas de la fortuna y el poder. Todo lo consulta con Obregón y está atento a las peticiones de su Secretario de Gobernación, quien lo convence de aprovechar su puesto como Jefe Militar en San Luis Potosí, para que empiece a intervenir en política, sobre todo como informante de lo que sucede en el estado. Aprovecha la situación para asimilarse poco a poco, y nunca del todo, a la burguesía a la que tanto criticaba; permite a veces, incluso como socio, que sus amigos hagan buenos negocios, en particular Francisco Carrera Torres, que llega a poseer

una gran riqueza de las más fuertes en su zona de influencia en el estado de San Luis y sur de Tamaulipas.

A propósito, su compadre Ildefonso Turrubiartes expresa con emoción:

—Ahora es cuando... compadre, ya nos hizo justicia la Revolución. Tenemos grado, un sueldo seguro, unas tierritas para cultivar y hasta se nos trata de señores y dones.

—Respeto, compadre, sobre todo respeto. Pendejos seríamos si no aprovechamos el poder y las relaciones con el centro para lograr todo lo que soñamos cuando anduvimos de guerrilleros padeciendo hambres, malpasadas, muertes de familiares, amigos y compañeros.

—Sabemos que a la gente le gusta que la dominen, que le hagan sentir la fuerza del que manda; nomás hay que soltarle un poco la rienda para que no respingue.

—Es lo que hacen los caudillos nacionales. Los objetivos fundamentales de la lucha los van concediendo poco a poco, como dice el Presidente en reuniones de unos cuantos, «son muchos los hambreados y los recursos no alcanzan para todos».

—Además, los hacendados están de acuerdo en ceder algo de sus tierras, nada más no quieren quedarse pobres. Con esta posición de apoyo al régimen esperan quedarse con lo mejorcito que tienen, los mejores campos para la agricultura y preferentemente los lugares donde hay agua y, por otro lado, los terrenos que saben que no sirven los donan para que se repartan entre los jodidos.

—Yo creo que al que nada tiene, algo le ha de tocar, aunque sea peñascales que los hagan sentirse dueños de parte de la tierra.

—El gobierno ayudará con algunas herramientas de trabajo y créditos para el cultivo, pero como bien dices «son muchos los diablos y poca el agua bendita».

—Ni Dios Padre lograría acabar con la desigualdad del mundo. Yo he platicado con el señor Presidente y me ha convencido de que es imposible acabar con la pobreza del pueblo mexicano. En verdad, él dice que unos somos más iguales que otros y eso es por naturaleza.

—Eso que ni qué, compadre, es bueno que la gente se haga ilusiones siquiera para que se apacigüe, sino ¿te imaginas el hervidero que ocasionarían las envidias y las inconformidades?

—Hasta los curas tienen su cometido, ellos ganan creyentes y nosotros tranquilidad. ¿No crees?

—Claro, ahí está la clave de la política. No sufrir por lo que no tiene remedio y ahí nos la llevamos. Que sufran los pendejos, no nosotros.

—Ha sido el criterio de los salvadores de la patria, dicen los que saben, que desde Antonio López de Santana hasta don Porfirio.

—Nada tarugos, compadre, ellos han sido los maestros que nos han enseñado el camino...

—Y con este gobierno como que se han aclarado más las cosas, con tantos hacendados ausentes de sus propiedades desde antes de la bola y otros que se fueron por miedo al peligro de los cocolazos, ya tenemos bastantes propiedades para repartirlas a los principales generales y altos oficiales, para que cada uno tenga su finca o ranchito, se conformen y vivan tranquilos.

—Vivir y dejar vivir. Es nuestro momento de la buena vida.

—Es como maicearlos para que estén satisfechos. Como dice el refrán que todos conocemos: «Barriga llena, corazón contento».

—Sigue siendo verdadero que a los gallones se les tiene miedo y respeto.

—Lo bueno es que ahora nosotros somos los mandones.

12

CON JUAN BARRAGÁN prevalecieron en el campo las condiciones de la dictadura. Saturnino había sido de los alzados; sin embargo, el cambio en su posición social era evidente. Apoyó en el período de Obregón la llegada a la gubernatura de don Rafael Nieto y empezó a influir para que se reivindicara la desatención a los problemas de antaño. Pugnó porque se construyeran más escuelas y se constituyeran ejidos.

Estos primeros tres años del caudillo sonorense fueron de tranquilidad y progreso sobre todo para las clases medias, los obreros y pequeños propietarios; pero cuando se iniciaron las campañas de 1923, tanto la nacional como la estatal, por doquier llamaban a la turbulencia. En ese clima político, el general de Palomas recibió la visita de Aurelio Manrique, quien luego de saludarlo y agradecer que lo hubiera recibido dijo:

—Vengo a verlo, general Cedillo, para enterarlo de que el grupo liberal de San Luis me ha brindado su apoyo a fin de presentar mi candidatura en la próxima contienda electoral para Gobernador, en la cual van a participar Samuel Santos apoyado por la región Huasteca y Jorge Prieto Laurens que es Presidente del Partido Cooperativista Nacional.

Saturnino contestó:

—Agradezco la atención de su visita, señor Aurelio Manrique, usted tendrá mi apoyo con dos condiciones: la primera es que infor-

me de sus intenciones al Ministro de Gobernación, Calles, para que regrese con su venia, y la segunda que se comprometiera a extender la Reforma Agraria en todo el estado.

—Me parecen necesarias sus condiciones y estoy de acuerdo en acatarlas, a lo cual dedicaré mis mejores esfuerzos. Para mí serán como una orden, no sólo sugerencias.

—No deje de comentarme el resultado de la primera, señor Manrique y estamos en lo dicho.

—Gracias, general, y ¡hasta pronto!

El Secretario de Gobernación quedó complacido cuando recibió la visita de Manrique y lo alentó a seguir adelante en su campaña, aconsejándole que no dejara de buscar la asesoría del general Cedi-
llo, a quien consideraba su amigo.

Cuando se efectuaron las elecciones locales, la votación fue una completa farsa, los grupos rivales se valieron de golpeadores y gatilleros para imponer su voluntad en cada casilla; en forma arbitraria robaron las urnas y cambiaron las actas de votación, cada grupo afirmaba ser el ganador de la contienda.

El Gobernador no aceptó el resultado y declaró nulas las elecciones: solicitó al Congreso que el conflicto fuera turnado a la Secretaría de Gobernación para su solución definitiva. El Presidente de la República trató de apoyar el triunfo de Jorge Prieto Laurens, mediante la búsqueda de un acuerdo a través de un intermediario confidencial, en que pedía al líder del Partido Cooperativista el abierto apoyo para el general Calles en la contienda nacional, pero éste ya se había comprometido a favor de Adolfo de la Huerta. Entonces el presidente optó porque Gobernación turnara el asunto al Senado de la República y con maniobras de diferente tipo logró que se reconociera a Aurelio Manrique como Gobernador del estado de San Luis Potosí. Esto sucedió en los primeros días de diciembre, cuando

también Saturnino sostiene una entrevista con el general Obregón, en vísperas del levantamiento Delahuertista, en la cual le hace saber el presidente lo candente de la situación:

—General Cedillo, lo mandé llamar porque ahora más que antes necesito de sus servicios como militar. Es un secreto a voces que De la Huerta conspira con algunos generales en contra de nuestra posición revolucionaria y de los altos intereses de la patria y quiero saber hasta dónde cuento con usted.

—Señor Presidente, desde que tuve la oportunidad de platicar con su persona cuando asumió el Poder Ejecutivo de la Nación, yo le prometí obediencia y lealtad. Estoy completamente a sus órdenes para lo que guste y mande.

—Me agrada que así sea. No esperaba de usted otra respuesta general Cedillo, en estos momentos de decisiones drásticas, contra los enemigos de la Revolución, entre los que veo a varios que en otros tiempos lucharon a mi lado, valoro a los verdaderos amigos por su generosidad y patriotismo.

—Desde que se me concedió la amnistía y reconociendo su valor como militar y político, reitero en forma incondicional mi posición para servir a la patria.

—¿Ha pensado en quien podría ser mi sucesor en la Presidencia? ¿Quién es su candidato?

—El que usted decida, señor, ese será mi candidato.

—Esa es una respuesta muy cuidadosa y muy prudente, admiro su franqueza y lealtad. Le sugiero que vaya a ver al Secretario de Gobernación y se ponga a sus órdenes sobre estos asuntos, lo antes posible. ¡Que tenga un buen día!

—Con su permiso, ¡adiós, señor presidente!

Saturnino entendió la jugada del jefe del Poder Ejecutivo. Del Palacio Nacional se trasladó a Bucareli, sede de la Secretaría de Go-

bernación. Cuando entró al vestíbulo, no tuvo necesidad de hacer antesala, en cuanto se presentó con el Secretario Particular, éste lo pasó al despacho del Ministro, quien al verlo acercarse a su escritorio se puso de pie para saludarlo.

—Buenos días, señor general Cedillo, tome asiento si fuera tan amable, me da gusto tenerlo por aquí y estoy a sus órdenes.

—Buenos días, señor Ministro —contestó Saturnino—, vengo de hablar con el Presidente, con quien tuve el honor de conversar sobre los problemas de este momento difícil para su administración, y por sugerencia de él, después de manifestarle mi lealtad incondicional a su gobierno, vengo ahora para hacer extensiva esta posición a usted. Tenga la plena seguridad que desde ahora mismo estoy a sus órdenes. Disponga de mí como militar y persona que siempre velará por los más altos intereses de la patria.

El general Calles agradeció su postura y sus palabras y completó:

—Supongo que el señor Presidente ya le confió que el ministro de Hacienda don Adolfo de la Huerta y sus seguidores tienen planeado seguir el camino del movimiento de Agua Prieta, de hace cuatro años, y en su deseo de aglutinar una inmensa cantidad de adeptos han pensado ceder en muchas posiciones el poder a civiles que no comparten nuestra ideología revolucionaria, sencillamente porque son oportunistas. Nunca tomaron las armas en la mano para contribuir al cambio que sepultó la dictadura y están al acecho, detrás de malos militares que por ambición personal se olvidan de sus ideales y de que fuimos sus compañeros de armas. ¿Qué piensa usted de esto general Cedillo?

—Creo que es deslealtad y traición, primero para los que regamos con nuestra sangre los campos de batalla por la Revolución, y en segundo lugar al presidente que ha sabido conducir al país con

un espíritu de patriotismo por la ruta de la tranquilidad social y el progreso. Pienso convencido que el poder militar debe estar por encima del poder civil.

—En sus palabras está lo que considero mi credo como militar y revolucionario. Acepto su posición y adelanto que no va a ser fácil sobre llevar los tiempos que se avecinan: con gente decidida y sincera como usted vamos a superar lo que se venga. Estaremos en contacto y le doy carta blanca para que vaya preparando a sus agraristas, por lo que se pudiera ofrecer.

Después de un fuerte apretón de manos como despedida, se retiró Saturnino Cedillo del despacho del general Calles. Iba rebosante de alegría por lo realizado en esa fecha porque le abría un nuevo amanecer para sus planes futuros. Después de cerrar el pacto con las máximas autoridades del país y definir su postura sobre la base de la lealtad, regresó a San Luis capital y después a Palomas a descansar, intuía que vendrían tiempos de mucho ajetreo militar y de lucha política.

13

EL DÍA CINCO DE DICIEMBRE DE 1923, varios generales que habían simpatizado siempre con Obregón, no estuvieron de acuerdo en apoyar la inclinación de él a favor de su ministro de Gobernación y se manifestaron por el general Adolfo de la Huerta en su levantamiento con el *Plan de Veracruz*, entre ellos Guadalupe Sánchez que desconoció al gobierno federal, igual hicieron Manuel M. Diéguez, Salvador Alvarado, Fortunato Maycotte y Enrique Estrada, entre otros.

Los levantados en armas se concentraron en los estados de Veracruz, Jalisco y Oaxaca. Como Obregón estaba en desventaja numérica dentro del ejército, ordenó armar a los agraristas que habían sido beneficiados con el reparto de tierras. Cedillo rápidamente moviliza a sus campesinos soldados y aprovecha que el jefe de la zona militar marcha a Celaya con órdenes del Presidente para detener el avance de Enrique Estrada que viene desde Jalisco. En la entidad potosina, Aurelio Manrique asume el cargo de gobernador el diez de diciembre de 1923 y Cedillo se presenta con 300 de sus soldados agraristas en la capital del estado, donde espera el arribo del Ministro de Gobernación que llega el 16 con la intención de reclutar voluntarios. Por instrucciones suyas, Cedillo agiliza su campaña de alistamiento y para fin de año cuenta con mil quinientos agraristas montados, armados y municionados, con la promesa de dotarlos de tierras por sus servicios. A mediados de enero de 1924 recibe pertrechos de Estados Unidos. El general Calles establece en San

Luis Potosí su base de Operaciones Militares. Cuando considera que están preparados, decide tomar la ofensiva. Dividió sus fuerzas en tres regimientos de caballería: uno al mando de Graciano Sánchez que envía al Bajío a pelear bajo las órdenes de Obregón; otro al mando de José María Dávila que se va con Calles al Norte; y Cedillo se lleva el que está al mando de su compadre Ildefonso Turrubiar-tes y un cuerpo de infantería al mando de Wenceslao Rodríguez, a quienes lleva al Oriente del estado para combatir a los rebeldes de las Huastecas potosina e hidalguense. El gobernador dispone de mil trescientos hombres para cubrir la ausencia de Saturnino Cedillo. Cuando éste regresó triunfador después de tres meses de lucha, de común acuerdo con el gobernador, dispersa a sus hombres y les conceden parcelas en el reparto de tierras y algunos mejoraron con ascensos oficiales. En plática con Aurelio Manrique le confió:

—Una vez restablecido el orden constitucional y fortalecido el poder del presidente, le solicité que la mayoría de los soldados agraristas que estuvieron bajo las órdenes directas de Ildefonso Turrubiar-tes, permanecieran como soldados de la guarnición y, a muchos otros, se les permitiera conservar las armas después de la desmovilización. Aceptó mi petición y tanto él como Calles están muy agradecidos por el apoyo recibido por su gobierno y por todos nosotros los agraristas del estado.

—Este gobierno también está en deuda con usted, general Cedillo, y le confirmo que haremos todo lo posible por ayudar a que mejoren las condiciones de trabajo de los obreros del estado, así como de los campesinos a quienes facilitaremos el adquirir tierras y apoyaremos para que tengan herramientas de trabajo. Queremos ser un modelo de gobierno socialista.

—Nada más con mucho cuidado, y recuerde bien, siempre hay que consultar con las autoridades del Centro, para no equivocarnos.

Esta última recomendación, en la que hizo énfasis, tenía jiribilla para que no fuera a salirse del huacal. Como si no lo hubiese entendido, Aurelio Manrique aumentó la escala de su modelo revolucionario, que nunca fue compartido ni estuvo en la mente de los triunfadores de la guerra civil implantarlo, porque hubiese ido en contra de los intereses capitalistas de ellos mismos y de nuestros vecinos del Norte. Aun así, se lo advirtieron al general Calles unos días antes de asumir el poder, en una visita a San Luis Potosí, en el discurso de bienvenida que más bien parecía amenaza de revuelta y que, con exceso de prudencia, no hizo notar lo desafortunado del suceso.

Don Plutarco Elías Calles asumió la Presidencia en diciembre de 1924. Como buen reformista, empezó a dirigir la economía con una línea totalmente capitalista a favor de la burguesía, convenciendo a éstos en su voluntad de mejorar los salarios para la clase obrera; y después de instalar como secretario de Industria al líder de los trabajadores y de la CROM, Luis N. Morones, la mano del presidente quería fortalecer a la iniciativa privada y en ese tenor prefería que el reparto de tierras facilitara la pertenencia individual en forma de parcelas, en vez de promover ejidos. Con este fin estableció dos Bancos de Crédito Agrícola que a la larga fueron un fracaso.

Partidario, al igual que su antecesor, en que el poder político debía estar en manos militares, con una idea nula de democracia, desmanteló los gobiernos de los estados a favor de incondicionales suyos.

Para cumplir con los fines de don Plutarco, Cedillo empezó a obstaculizar las políticas de Aurelio Manrique como jefe de Gobierno y de su aliado en el Congreso Local Graciano Sánchez, valiéndose de manifestaciones de poder, astucia y sobornos. Llegó a tener el control del Congreso hasta lograr su objetivo a fines de 1925. En ese plan, Plutarco Elías Calles defenestró a Aurelio Manrique valiéndose del poder militar y político con que había favorecido al general Saturnino

Cedillo, quien era más útil al pragmatismo presidencial. Se nombró como sustituto a un amigo de Cedillo, al diputado Abel Cano. De nada sirvieron quejas y lamentos ante el ministro de Gobernación:

—Señor ministro, lo que acabamos de vivir en San Luis ha sido una canallada. Un atropello, un atentado contra la legalidad, está de manifiesto con el desplazamiento tácito de mi amigo Graciano Sánchez y de mis cercanos colaboradores.

—Lo he escuchado con toda atención —replicó el funcionario—, pero desgraciadamente, el gobierno federal no puede intervenir en los asuntos de los estados. Es cuestión de soberanía. En su caso no puedo hacer nada, dijo contundente el secretario de Gobernación.

Ante la tajante respuesta, Aurelio Manrique captó que la conspiración en su contra había sido urdida desde la cima del poder, para él todo estaba perdido.

Al participar como actor fundamental en este acontecimiento y ver la manera en cómo el Ejecutivo Federal aplicaba el poder sobre las formas legales o el idealismo de los revolucionarios civiles, Cedillo aprendió la escuela del pragmatismo. Con el apoyo de una base agrarista y el favor Central, nadie en San Luis Potosí le disputaría su liderazgo militar y político.

Todos en el estado, tomaron nota de que Saturnino Cedillo, que organizaba congresos con representantes campesinos de todo el país, se había convertido en el líder nacional del agrarismo y con el apoyo que brindó a los políticos sonorenses en la revuelta Delahuertista, había logrado ganarse la buena voluntad y la confianza de Calles.

Ahora se disputaban las familias de alta alcurnia de la antigua élite porfirista el honor de su presencia en sus fiestas particulares. Siempre en busca del amparo del poder, y como antaño, ahora con los triunfadores de la Revolución, querían participar de ese poder para proteger sus intereses y propiedades y de ser posible aumentarlos.

14

LA FAMILIA VERSALLES DOUFORT establecida en Ciudad del Maíz fue una de las muchas que buscaban y gozaban de su aprecio. El jefe de familia era un próspero comerciante que había iniciado su fortuna con un almacén de telas, sobre todo de importación. La señora Sofía Doufort, esposa de don Arturo Versalles, le insistía a su hija Sara, que aprovechara la ocasión y se dejara cortejar por el señor general Cedillo, quien cada vez que tenía oportunidad de verla no disimulaba la atracción que despertaban en él, su hermoso rostro que albergaba unos ojos color aceituna y una delicada sonrisa, aparte de un esbelto cuerpo que se cimbraba ondulante cuando caminaba con aire señorial a sus veinte años.

—Mira, hija, tu padre y yo hemos platicado sobre la conveniencia de un matrimonio con el general Cedillo, porque eso nos facilitaría mejorar nuestro estatus, ayudaría en los negocios de tu padre y de tu hermano Miguel.

—Pero mamá, es un hombre muy rústico, aun cuando es amable y caravanero conmigo, no es mi tipo. No sé si te habrás fijado que en algunas ocasiones que me han pedido que toque el piano para él, no pone atención a la música, nada más se me queda viendo como poseído y empieza a bostezar de aburrimiento, no aprecia el arte.

—Hija mía, en este momento es un hombre importante y querámoslo o no, ya es el hombre más influyente de San Luis Potosí, además es apuesto. Sí, estoy de acuerdo contigo en que es rudo por

su origen ranchero, pero tiene cualidades. Es alto, de facciones delicadas, de cuerpo imponente, carácter sociable, mesurado al hablar y a la vez con voz de mando.

— Mamá, es muy moreno, parece indio cerril.

—No lo es, como la mayoría de este país es mestizo, no lo compares con nuestra alcurnia francesa. Además, aquí güeros, con las características y ventajas que él tiene, no vas a encontrar. Hay muy pocos descendientes de los soldados que vinieron con el Emperador Maximiliano y los de la colonia de italianos que son muy creídos.

—El trata de ser amable y risueño conmigo, pero es muy campesino en sus pláticas. Se la pasa hablando de cultivos, de ganado y de su vida de revolucionario. No tiene nuestra cultura, le falta ser refinado.

—Ese será tu trabajo, educarlo poco a poco. ¿Qué don Porfirio, no era un indio salvaje, cuando llegó a la Presidencia? Y, sin embargo, con la influencia de nuestra cultura llegó a ser un caballero refinado.

—¿Crees que él podría comprender mi gusto por el piano?

—¡Ay, hija, en qué cosas te fijas! Mira el lado positivo de mis razones. Este hombre va para arriba en la política del país, nada más hay que ver cómo lo aprecia el presidente de la República, que tampoco es un dechado de virtudes: es el que manda.

Este tipo de conversaciones entre Sara y sus padres, terminaron por convencerla; además de las acciones seductoras de un enamorado general Cedillo que se rendía a los pies de una encantadora mujer que era la señorita Versailles Doufort.

Saturnino facilitó las cosas. Visitaba con frecuencia la casa de los Versailles Doufort y al darse cuenta de la amabilidad exagerada y el comedimiento con que los padres de su novia lo recibían, aparte de la condescendencia de la propia Sara y de su hermano Miguel,

fijaron fecha para la boda que se llevaría a cabo lo antes posible, según el argumento que presentó a sus futuros suegros, por sus compromisos contraídos con el Presidente Calles, dejándoles ver entre líneas su postura cercana para con él y la necesidad de prepararse para los tiempos difíciles del porvenir inmediato.

La boda se celebró en la Catedral de la Capital Potosina, y el banquete en los jardines de la Quinta Vista Hermosa, escenario de lo más elegante de la ciudad. Un palacio con arquitectura neoclásica y salones de lujo, con piso de mármol donde se reflejaban con todo su esplendor unos candiles mandados traer por sus constructores a Francia, que le daban un aire de ensueño. Asistió como invitado de honor el señor Gobernador, quien se veía agradecido y condescendiente en extremo con el contrayente y su lindísima esposa, pues le debía a los buenos y eficientes oficios del general Cedillo, el triunfo en la contienda reciente por la gubernatura. La élite de la sociedad potosina se dio cita en aquel palacete del poniente de la ciudad, para hacerle sentir al general Cedillo cómo era aceptado por la alta sociedad, entre quienes se encontraban algunos exporfiristas de renombre. Después del banquete partieron a su luna de miel a la Bahía de Melaque, Barra de Navidad y al puerto de Manzanillo. Para ubicarse posteriormente en la casona de Palomas. A pesar de que aquella era una mansión reconstruida con todas las comodidades de la época, Sara no se sentía cómoda ni realizada con el matrimonio; sus extravagancias de niña consentida y su tendencia sofisticada a las maneras de su educación, no ayudaban a que pudiera adaptarse fácilmente a las costumbres toscas de su inculto marido, con todo y que él se esmeraba por complacerla y tenerla como reina con abundante servidumbre y una excelente cocinera huasteca, pero sin ninguna vida social, un constante encierro y frecuente abandono producto de las activi-

dades políticas y militares de Saturnino. Después de tres meses de discusiones y riñas, ella optó por la separación y la ruptura definitiva, regresándose a la casa de sus padres. El general no intentó siquiera buscarla para darse otra oportunidad en una posible reconciliación, porque ella lo rechazaba de una manera rotunda y porque en ese tiempo recibió instrucciones de la Secretaría de Guerra de trasladarse inmediatamente a la región Huasteca a sofocar a un grupo que hizo el intento de levantarse en armas por disentir de la política de Calles y que amenazaba con extenderse, pues se sentían revolucionarios postergados y con méritos, por haber participado a favor de Madero y de Carranza en años anteriores; la rapidez con que actuó le dio la oportunidad de capturar a dos de sus líderes a los que sin trámite alguno mandó fusilar.

Mientras esto sucedía en la parte oriental de la entidad potosina, el Gobernador Abel Cano, sucesor de Aurelio Manrique, trataba de dar un cambio de línea en su administración, favorable a los empleados de gobierno y con medidas a favor de la armonía social, para ganar popularidad.

En el horizonte político del país emergían nubarrones al tomar el Presidente Calles la decisión de reglamentar las leyes de la *Constitución* de 1917, y aplicarlas a la Iglesia Católica, a la que veía como la institución que era el principal obstáculo para que se desarrollara un estado moderno, en donde el gobierno fuera el único responsable de la educación, el reparto agrario y los servicios sociales. Los sectores que soterradamente —desde que se decretó la Suprema Ley— se oponían a su vigencia, hicieron causa común, y presentaron una actitud de rebeldía a las políticas oficiales de don Plutarco, quien comenzó a tomar medidas drásticas que trajeron como consecuencia que la alta jerarquía eclesiástica preparara la *Guerra de los Cristeros*, ya que al suspender los servicios religiosos y crear la Liga Nacional

para la Defensa de la Libertad Religiosa, clero y seglares instigaron la rebelión armada que brota en diciembre de 1926. La influencia de los impulsores entre los más fanáticos e ignorantes prendió en el Bajío, principalmente en Jalisco y Guanajuato, y se extendía poco a poco a otros estados, por lo que el Presidente a través de su Secretario de Guerra organizó una ofensiva en gran escala.

15

EN SAN LUIS POTOSÍ, el general Cedillo mantenía un control a favor de la tranquilidad por medio de sus soldados agraristas, cuando los cristeros de Guanajuato reclutaron al general Rodolfo Gallegos que había luchado con las fuerzas revolucionarias, a quien Obregón había comisionado en ese estado al nombrarlo comandante. Se rebeló en octubre de 1926, haciendo labor de proselitismo en Querétaro, de donde pensaba seguir a San Luis, lo que obliga al general Joaquín Amaro, secretario de Guerra, ordenarle al general Cedillo que con dos mil de sus soldados agraristas con movilidad y tácticas de guerra irregular, detuviera su avance; tras localizarlo, en forma sorpresiva lo derrota, toma prisionero y fusila el 4 de mayo de 1927. Con la muerte de su líder, la acción de los cristeros en esos dos estados se debilitó. Posteriormente a este acontecimiento el general Cedillo se trasladó a la ciudad de México para arreglar con el presidente Calles su candidatura para gobernador del estado.

Fue candidato único, lo cual ponía en evidencia que todos los sectores de San Luis Potosí, aceptaban y reconocían su habilidad política y valor militar. Asumió la gubernatura el 27 de septiembre de 1927.

Cuando se presentó un mes después el levantamiento de los generales Arnulfo Gómez y Francisco Serrano, aún siendo gobernador participaba en la Guerra Cristera, ya que sus hombres de confianza, los generales Francisco Carrera Torres e Ildefonso Turrubiartes

estaban al frente de sus soldados agraristas; Cedillo hizo fusilar a algunos opositores presentándolos como sospechosos de apoyar a los conspiradores sublevados.

Cuando en su segunda campaña para presidente que había iniciado en mayo, el Caudillo de Sonora visita San Luis Potosí, queda impresionado de la tranquilidad y control que el general de Palomas había logrado instaurar en el estado. Esta tranquilidad es perturbada, cuando a principios de 1928, vuelve a surgir el belicismo cristero en Guanajuato que tiende a penetrar en San Luis, alborotando a pequeños grupos. Con rapidez inaudita, el general Ildefonso Turrubiarres derrota a los cabecillas, a quienes hace prisioneros y junto a una docena de revoltosos los pasa por las armas, volviendo a dar a la entidad su atmósfera de paz.

De nuevo, el país se convulsiona políticamente con el asesinato de Obregón, el 17 de julio de 1928, que trae como consecuencia el complot fallido de los generales Francisco Serrano y Arnulfo Gómez, quienes son asesinados por órdenes de Calles, en Huitzilac el primero, y poco después en Coatepec, Veracruz, el segundo; esto ocurría a principios de octubre.

Para fines de ese mismo mes, el alzamiento cristero en Jalisco logró unificar el mando en un exoficial porfirista de carrera, quien obtiene algunos triunfos en los últimos meses del año; contando con verdaderos tigres de la guerra como lo fueron los sacerdotes Reyes Vega, Pedroza, Sedano, Ochoa, Torres y Angulo, entre ellos unos con fama de sanguinarios y crueles.

Al llegar a su fin el período presidencial de don Plutarco, nombra como presidente provisional a su secretario de Gobernación Emilio Portes Gil, mientras llega a celebrarse la Convención del Partido Nacional Revolucionario en Querétaro, de donde surgirá el candidato para las elecciones constitucionales.

A principios de 1929, Portes Gil mandó llamar al general Cedillo y le dijo:

—Un grupo de generales que habían sido cercanos a Obregón, entre otros Manzo, Cruz, Topete y Aguirre, tal vez con el temor de que se pretendiera en la Convención imponer como candidato a la Presidencia a Aarón Sáenz, amigo cercano de don Plutarco, decidieron apoyar en la revuelta al general Escobar, provocando un levantamiento en el Norte. Por tal motivo le quiero pedir que se traslade con fuerzas suficientes para que refuerce al general Almazán en Torreón.

—Se acatarán sus órdenes como usted lo dispone señor presidente y dada la gravedad del caso vamos a enfrentarlos inmediatamente, no vaya a ser que se quieran juntar con los cristeros y pongan en peligro el avance de la Revolución.

—Veo que usted captó perfectamente el peligro de la situación de esta asonada, le deseo buena fortuna en la encomienda.

La rapidez con que actuaron las fuerzas leales al gobierno federal consiguió que en pocas semanas después de varios combates la revuelta se desintegrara; en abril de 1929 la mayoría de los jefes sediciosos estaban en el exilio.

Al poco tiempo de su regreso, sabiendo de la efectividad de Cedillo en la lucha guerrillera de sus agraristas, nuevamente el presidente Portes Gil lo mandó llamar y le dijo:

—Señor general Cedillo, conociendo su buena disposición para servir a los altos intereses de la Revolución y su eficiencia en la lucha contra los enemigos de la Constitución y de la patria, el gobierno federal ha pensado que usted debe participar en la campaña del Bajío, en los estados de Jalisco y Guanajuato donde se focaliza la fuerza cristera. ¿Qué piensa usted de esto?

—Como lo he manifestado anteriormente, señor presidente, disponga de mí en la forma que considere necesario.

—Bueno, señor general, ¿de qué fuerza bajo su mando estamos hablando en este momento?

—De ocho mil soldados agraristas bien montados y armados, que bajo mi nuevo grado, conforman la División del Centro.

—Muy bien, señor general Cedillo, veo que usted no se ha dormido en sus laureles, desde que exterminó al general Gallegos y a sus cristeros en la campaña de la Sierra Gorda, donde se vio su actuación. Es urgente y necesario que parta inmediatamente a reforzar la ofensiva que han emprendido en el estado de Jalisco, los generales Lázaro Cárdenas del Río y Manuel Ávila Camacho. Esto se lo comunicaremos a ellos para su mejor coordinación.

Saturnino Cedillo, ya ascendido como general de División llegó a Lagos de Moreno, Jalisco, a principios de abril, y estableció su cuartel militar en Atotonilco. De inmediato inició operaciones y el diecinueve del mes estaba frente a la Plaza de Tepatlán para enfrentarse a las fuerzas del padre Reyes Vega, exvicario del Valle de Guadalupe. Fue grande su sorpresa al enterarse que su enemigo tenía mayor número de efectivos y logró el dominio en la primera batalla, aunque entre las bajas se contó al propio padre Reyes Vega, lo cual produce un tremendo desconcierto entre los cristeros que no logran sacar ventaja de su triunfo. Cedillo modifica su táctica de guerra y tuvo un rápido éxito militar, a la vez que por medios pacíficos logra fracturar las filas cristeras liberando a los prisioneros y haciéndoles saber lo doloroso que era ver que campesinos pobres y mal vestidos lucharan contra mexicanos del mismo origen como lo eran sus agraristas.

Sabía por el presidente que ya había reuniones conciliatorias con el alto clero, pero tenía órdenes de presionar militarmente hasta derrotar a los alzados.

La muerte del padre Reyes obliga a los rebeldes a reunirse y nombran en su lugar al cristero Alfonso Carrillo Galindo. En esa re-

unión está presente el general Enrique Gorostieta, jefe máximo de los cristeros, en esos momentos de duelo, angustia y reorganización, se escuchó el galope de la caballería federal que atacaba por sorpresa, provocando que todos huyeran precipitadamente: se crea una terrible confusión que traería como consecuencia una contundente derrota para los cristeros. El general Gorostieta cae muerto por las fuerzas de Cedillo el 6 de junio de 1929. Y victorioso regresa a San Luis Potosí con seis mil hombres, dejando al resto de sus soldados agraristas al mando del general Francisco Carrera Torres.

El 25 de junio, el presidente Portes Gil llegó a un acuerdo con el arzobispo de Morelia Magdaleno Ruiz, delegado Apostólico en México, para poner fin a las hostilidades. Cinco días después, el general Cedillo reunió a sus principales jefes militares y a destacados soldados agraristas en una ceremonia donde estuvieron presentes el presidente Portes Gil y el general Amaro, secretario de Guerra, ante quienes en su discurso de desmovilización dijo:

—Compañeros de lucha, es para mí un honor solicitarles en nombre de nuestras máximas autoridades, el que una vez terminada la *Guerra Cristera* y con gratitud por haber servido a los altos intereses de la Revolución y de la patria, se retiren a sus hogares a disfrutar la paz que gracias a su valor y entrega se ha logrado. Sólo quiero pedir a nuestro excelso gobierno dos cosas: primero, que se nos permita conservar las armas y se nos mantenga como reserva militar, una vez desmovilizados. Y segundo, que pueda yo entregar las tierras, en Títulos de Propiedad, prometidas por sus servicios en la contienda.

El señor presidente, al hacer uso de la palabra, señaló:

—Hoy, en esta ceremonia, la patria agradecida les brinda a todos ustedes una calurosa felicitación por su patriotismo y la entrega desinteresada de su espíritu en la lucha armada. Cuenten con las peticiones que en su nombre nos ha presentado el prócer potosino

general de División Saturnino Cedillo; serán atendidas de inmediato, una vez que se pongan de acuerdo con el jefe del Departamento Agrario.

Dirigiéndose al general Cedillo, se despidió:

—Señor general, quiero en lo personal hacer pública la postura de mi gobierno de gratitud a su lealtad como militar y reconocimiento como gobernador del Estado. Cuente con todo mi apoyo.

Dicho esto se dio por terminada la ceremonia. Muchos de los soldados agraristas fueron asimilados al ejército federal subordinados al general Francisco Carrera Torres, jefe de operaciones militares en el estado.

16

DE 1929 A 1934, DURANTE PERÍODOS PRESIDENCIALES DE DOS AÑOS, Plutarco Elías Calles controló los asuntos del gobierno federal a través de tres presidentes: Emilio Portes Gil (1928 – 1930), Pascual Ortiz Rubio (1930 – 1932) y Abelardo Rodríguez (1932 – 1934), surgidos del Partido Nacional Revolucionario. Propició que en todos los estados de la República aparecieran bajo su protección hombres fuertes a los que se les llamó caciques, como Tomás Garrido Canabal, en Tabasco; Adalberto Tejeda, en Veracruz; Emilio Portes Gil, en Tamaulipas; Maximino Ávila Camacho, en Puebla; Saturnino Cedillo, en San Luis Potosí; entre otros. Quienes a su vez permitieron y gobernaron con apoyo de otros caciques menores, regionales o municipales, que hacían bajar todas las decisiones e instrucciones del hombre fuerte como cacique nacional de facto, a través del Partido Nacional Revolucionario (PNR) con sus políticos profesionales, gobernadores y jefes militares. No se movía la hoja de un árbol sin la voluntad del nuevo Gran Tlatoani.

La base del poder en San Luis Potosí, además del apoyo presidencial, eran los agraristas, a quienes se favoreció con el reparto de tierras; los miembros de las Ligas campesinas y parte de la maquinaria del PNR que logró atraer a obreros y líderes de sindicatos que con el tiempo se convirtieron en el poderoso sector de la CTM.

Cedillo, desde 1926 hasta 1929 y sobre todo cuando toma posesión como gobernador, colocó en todos los puestos importantes de

la administración a sus incondicionales y amigos, algunos de ellos veteranos compañeros de armas desde que se inició como guerrillero en 1912, como fueron los dos gobernadores que lo sucedieron. Ostentó su poder, a tal grado, que aún con la desaprobación del presidente Ortiz Rubio, quien no aceptaba que un campesino analfabeta como Ildefonso Turrubiartes pudiera ser gobernador, consiguió encumbrarlo con la aprobación del jefe Máximo. El general Cedillo no se preocupó de llevar como colaboradores a los ciudadanos más preparados, sentía desprecio por los civiles que no se expusieron ni participaron en la lucha revolucionaria, prejuicio que lo llevó a implantar como características de su régimen, y de los posteriores, a personas rurales, totalmente subordinadas a él, con la improvisación como sistema; y como señor feudal, llevando las riendas de la política y gobierno desde su casona en Palomas, comunidad perteneciente al municipio de Ciudad del Maíz, y proyectando hasta el Palacio de Gobierno en la ciudad capital un ambiente propio de su origen ranchero que reflejaba la mentalidad rústica de quienes ejercían el poder en el estado: mentalidad conformista y conservadora.

En una ocasión que platicaba con su amigo Portes Gil sobre cómo había logrado sacar adelante la candidatura de Ildefonso Turrubiartes, comentó:

—Cuando estuve frente al presidente Ortiz Rubio y le expliqué las razones que tenía para favorecer en la candidatura al general Turrubiartes, me contestó: «Pero, ¿usted se da cuenta de su desaguisado al hacerme semejante propuesta?». Le repliqué: «Mire, señor Presidente, todos sabemos cómo se llega al poder en este país y no es por estudios ni por capacidad administrativa, porque para eso están los asesores. Se llega por oportunidad».

—Este nación tiene que cambiar, debe ser un país de leyes, con los hombres mejor preparados para la función pública.

—Mi candidato es y será Ildefonso Turrubiartes porque es mi amigo desde antes de que comenzara la Revolución. Y como compañero ha luchado a mi lado desde 1912 hasta la fecha, últimamente en contra de Adolfo de la Huerta, Escobar y los cristeros. Si yo perdí en la bola a mis hermanos, él también perdió familiares. ¿Qué más mérito que la amistad y la lealtad?

—Estudiaremos su caso en el PNR, que será el que valore el peso de mis argumentos.

—Como usted lo juzgue necesario.

—No hay nada más que hablar, puede retirarse.

Saturnino Cedillo salió muy mortificado de la oficina del Presidente y se dirigió a la Secretaría de Guerra, donde fungía como titular el Jefe Máximo. Sin hacer antesala lo hicieron pasar a la oficina del general Calles, quien lo recibió con una sonrisa:

—¡Qué milagro, general Cedillo, qué gusto me da verlo! ¿Se le ofrece algo?

—A mí también me da gusto verlo y saludarlo, pero vengo a causarle molestias con un problema.

—No será tal, estoy para servirle. Dígame, en qué consiste el motivo de la visita.

—Tuve un altercado con el presidente Ortiz sobre la nominación del candidato a la gubernatura de mi estado, dándole mis argumentos con los méritos que tiene el general Ildefonso Turrubiartes, según mi humilde entender, contra los que él esgrime, sin tomar en cuenta la amistad y la lealtad que para mí son fundamentales. Después de una breve discusión, me despidió con la evasiva de que sería el Consejo Político del PNR donde se tomaría la decisión.

—Usted no se preocupe, general Cedillo. No es la primera contrariedad que me platican del señor Presidente, ya verá mis buenos oficios el día de mañana. A los amigos no se les da la espalda nunca,

en eso estoy totalmente de acuerdo con usted. No se mortifique, regrese a su estado y a través del presidente del Partido, yo le haré llegar la respuesta pasado mañana.

—Gracias, señor secretario, sabía que en usted iba a encontrar comprensión y apoyo como siempre. ¡Muchas gracias!

Se pusieron de pie y con un fuerte apretón de manos lo despidió el jefe Máximo:

—¡Que tenga un buen día, general Cedillo!

—¡Igualmente, mi general!

Para el general Saturnino Cedillo, la elección de su amigo Ildelfonso Turrubiartes representaba una victoria de la gente del campo que se había jugado la vida en la Revolución, como no lo hicieron las gentes urbanas que habían preferido permanecer en sus casas rehuyendo el peligro, de ahí su predilección por los hombres rústicos como él que ponían de manifiesto quiénes debían llevar las riendas del gobierno en esta nueva época de paz y de reconstrucción nacional, tomando como base el reparto de tierras, bandera campesina y zapatista de la lucha armada; pero de acuerdo con las posturas de Obregón y Calles de concentrar el poder en manos de los militares.

Uno de sus colaboradores, Gonzalo N. Santos, tuvo las cualidades de audacia, astucia y la total falta de escrúpulos, desde su intervención en la época de Carranza. Participó en la *Guerra Cristera* bajo el mando de Cedillo, posteriormente fue electo al Congreso Federal en 1929, y aprovechando su amistad personal con Obregón y su sucesor, trabajó en forma incansable en esos años para consolidar el PNR, profundizando su influencia en la región Huasteca, de donde era originario. Desde joven le gustó la política y fue muy hábil en los negocios: logró hacer riqueza a la sombra de su hermano que fue jefe de Aduanas en el Puerto de Tampico. De olfato natural en el trato, desarrolló en las relaciones humanas su mano izquierda para

persuadir y, la derecha para defenderse y golpear a quien se metiera como obstáculo a sus intereses. No había poder humano dentro de la política que no se sometiera a su fama de pistolero sanguinario y hombre bronco de pocas pulgas, dado a hacerse justicia por su propia mano en algunas ocasiones y en otras valiéndose de sus pistoleros de confianza, entre los que había aproximadamente diez armados de ametralladoras. Eso sí, las acciones estaban avaladas por los jefes del Partido, sobre todo en las elecciones. Este señor Gonzalo N. Santos sólo llegó a cuarto año de primaria y también llegó a ser gobernador del Estado.

Cedillo no fue hábil en los negocios ni en las raterías como lo fueron la mayoría de los generales carrancistas, durante el régimen de don Venustiano. Sólo hizo sociedad con su amigo Francisco Carrera Torres, en negocios de poca monta, y su manera de agenciarse dinero fue la extorsión directa con funcionarios de los gobiernos estatal y uno que otro municipal. Cuando viajó a Europa en junio de 1930 le exigió al Tesorero del estado un considerable porcentaje de los ingresos recaudados —incluso con adelanto de impuestos—, lo que trajo como consecuencia un desequilibrio en las finanzas, al grado de no poder pagarles a burócratas su sueldo, así como a los maestros que tuvieron que ir a la huelga en 1931, para exigir la remuneración por sus servicios. La respuesta para los huelguistas fue la cárcel en la capital del estado, en la de Guadalcázar y en Palomas. La mayoría de las personas privadas de libertad eran mujeres. Esta represión se hizo en contubernio con el nuevo gobernador Ildelfonso Turrubiartes, que había tomado posesión el 26 de septiembre. La Confederación Nacional de Organizaciones Magisteriales divulgó el problema en la prensa nacional, el 22 de noviembre. El secuestro causó conmoción en la Ciudad de México y mediante un manifiesto, la CNOM pidió la intervención del presidente Ortiz Ru-

bio; mientras tanto, en San Luis Potosí, varios cientos de obreros, estudiantes y otros maestros hicieron un mítin de protesta donde con encendidos discursos atacaban a Saturnino Cedillo acusándolo de ser el autor del secuestro que puso en una situación difícil al gobernador Ildefonso Turrubiartes, tal desaguisado obligó a que el Secretario de Guerra por medio del jefe de Operaciones Militares en el Estado, pusiera en libertad a los detenidos; y al gobernador, la Federación le mandó dinero para resolver el problema del pago de sueldos y cubrir otros adeudos de la administración. Estos conflictos y más exhibieron la ineptitud y deficiencia de la política del régimen caciquil y la tendencia a estar con los patrones, en contra de los trabajadores, como sucedió en el caso de la fábrica Atlas, años más tarde.

El mismo general Cedillo, que no era un ideólogo agrario, cada vez más aceptaba los criterios del gobierno federal para dar por terminado el reparto de la tierra, lo limitó para impulsar el cultivo en parcelas individuales y poco a poco aceptaba la tendencia de la agricultura privada. Por otra parte, desde la discusión por la gubernatura, el presidente no tomaba en su consideración al caudillo agrarista potosino. En los primeros meses de su gobierno, Ortiz Rubio intentó disminuir la influencia de Calles, apoyándose en su secretario de Guerra, el general Joaquín Amaro. Trató de eliminar en el Congreso Nacional a los seguidores del jefe Máximo, empezando desde su líder, el potosino Gonzalo N. Santos y otros más con fama de corruptos. Y de alguna manera indirecta, con el pretexto de que necesitaba un descanso, convencieron al general Cedillo de que hiciera un viaje a Europa durante los meses de junio, julio y agosto de 1930: por medio de una licencia emprendió el viaje, auxiliado económicamente con aportaciones del señor presidente, de su secretario de Guerra y del Gobierno del Estado, tiempo que

ellos quisieron aprovechar para hacer cambios a su conveniencia, depurar el Ejército y socavar la unidad en el feudo de Cedillo. Él llegó al Viejo Continente y pasó la mayor parte del tiempo en España; también visitó otros países: Francia y Alemania. En Madrid conoció a una bella mujer llamada Carolin Kuhn Enderle, con quien armonizó emocionalmente al grado de invitarla a México, presentándola a todos sus conocidos como su mujer y a la cual le tuvo una devoción especial. Su güerita Carola, como todos sus amigos la conocían, fue la única a quien le profesó una fidelidad que nadie le había conocido antes. Desde su regreso al país, la trajo a vivir a Palomas y posteriormente la instaló en una Quinta llamada El Encanto, ubicada en la calle de Cuauhtémoc, cerca del Hospital Militar, abundante de plantas y flores, con una variedad de jardín botánico, con vegetación de todas las regiones del Estado. En el patio central, rodeando una hermosa fuente de cantera, enormes jardineras lucían una variedad de bugambilias que florecían todo el año en diversos colores, las cuales se admiraban al salir de las habitaciones.

Al entregarle las llaves de la Quinta, en forma simbólica, le dijo:

—Yo prefiero vivir en Palomas, porque estoy encariñado de mi tierra natal; pero esta mansión la adquirí para ti, para que puedas disfrutar de una vegetación diferente a la de tu país y con el propósito de que vivas en un vergel digno de tu belleza.

—Me haces muy feliz con tus atenciones, pero es tu carácter, la forma de tratarme tan dulce y seductora, lo que más me agrada; aparte, tu manera tosca de militar, me fascina. Mi país está actualmente militarizado y, por lo tanto, estuve educada desde niña a la disciplina como una formación de vida.

—Si congeniamos, como yo espero, tú compartirás mi vida sentimental a veces en la ciudad capital de mi estado, por necesidades de mi gobierno, y otras en Palomas, donde tendrás todas las como-

didades de una reina, aun cuando el paisaje no sea como el de la Huasteca, que ya verás es como un paraíso escondido, pero prefiero el lugar de mis recuerdos de niño y de juventud.

—Para mí eres el hombre perfecto. Diferente a los hombres de mi país y a otros que conocí en España.

Saturnino se sentía como un pavorreal con el amor rendido de Carola, como la llamaba normalmente, porque era una mujer sin prejuicios para él. A pesar del racismo que dominaba en su país de origen, ella se había convertido en cosmopolita; ella era rubia, alta, de ojos verdes, de sonrisa franca y bondadosa, y con un cuerpo donde sobresalían unas hermosas y torneadas piernas que sabía lucir con cierta coquetería, cuando caminaba cimbrando sus amplias caderas; era delgada y fuerte. Ella sentía preferencia por el contraste de su piel con la de Saturnino, que muy morena, para Carola era ardiente y encantadora.

Nunca se imaginó, cuando conoció a Saturnino en un cabaret de España, siendo ella corista en un espectáculo musical, que fuera a enamorarse de un político mexicano en viaje de turista, que incluso era persona importante en su país. Ella hablaba, además del español, francés y alemán; y le sirvió de intérprete y acompañante cuando visitó los países de Francia y Alemania. Disfrutó de una bella y amable compañera, y ella de un fogoso amante que parecía insaciable. Tal vez esa fue la razón por la que permaneció como su compañera cerca de ocho años.

17

A SU REGRESO DE EUROPA, Saturnino percibió que las desavenencias entre el jefe Máximo y el presidente Ortiz no cesaban, sino que con el tiempo aumentaban y, como tres meses antes de que terminara su período de gobierno, Ortiz Rubio volvió a tomar medidas para socavar el influyentismo del cacique mayor, quien ahora sí, con colmillo de zorro, se valió de Gonzalo N. Santos en el Congreso y obligó al presidente de la República a realizar cambios, con lo que volvió a probar que el dueño del poder y mandante único del país, era él. Primero impuso a cuatro generales en su gabinete reestructurado, entre ellos estaba Saturnino Cedillo, y al poco tiempo los hizo renunciar, debilitando totalmente a Pascual Ortiz con este hecho, no dejándole más salida que la renuncia.

Saturnino regresó a Palomas después de su breve paso por la Secretaría de Agricultura y se dedicó en fortalecer su poder, colocando a sus incondicionales en los principales puestos del PNR en San Luis Potosí y asegurándose que sus candidatos en las elecciones fueran personas de su total confianza. Con estas medidas que le alababan y con los rumores de que él era un valor en las decisiones de la política nacional, sus cercanos amigos lo hicieron caer en la trampa de la soberbia. En pláticas con los de más confianza se jactaba que en su feudo «hacía lo que le daba la gana», sobre todo en el tiempo de más debilidad de Ortiz Rubio; pero también después con el nuevo presidente Abelardo Rodríguez, cacique de Baja California,

desde la época de Obregón, quien fue más tolerante de las acciones de Saturnino en contradecir algunas líneas de la política oficial. Los dos años de presidencia del General Rodríguez, serían para Saturnino como si viviera en jauja.

Para enfrentar a la juventud rebelde del PNR, restituyó el derecho a solicitar tierras. Estableció el salario mínimo. Abolió la Confederación Nacional Agraria y creó en su lugar el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización con burocracia en cada Estado. En 1934, publicó un Código Agrario que permitía por primera vez que peones acasillados pudieran solicitar tierras.

Cuando se vino el tiempo para seleccionar al candidato del PNR para las próximas elecciones de 1934, dentro del Partido buscaron una persona entre los generales más importantes de la época y aceptados por don Plutarco; aunque era un secreto a voces que el preferido por el jefe Máximo era Manuel Pérez Treviño; los generales escogidos para el cónclave fueron: Emilio Portes Gil, Andreu Almazán, Lázaro Cárdenas, Adalberto Tejeda y Saturnino Cedillo; siendo este último el único renuente para aceptar la candidatura. Coincidieron todos en Lázaro Cárdenas, quien en forma inmediata puso como condición para aceptar el compromiso, ser apoyado por todos en caso de un diferendo con el Jefe Máximo. La seguridad de este pacto fue la respuesta, a nombre de los demás, de Saturnino, pues desde 1932 él se inclinaba por el general Cárdenas. Cuando estaba próxima la fecha en que se abría la candidatura, el general Cedillo platicó con don Plutarco:

—Señor general Calles, vengo con una difícil encomienda; de parte de los generales que más han apoyado a su régimen y a las acciones del PNR, como institución rectora de los destinos nacionales.

—Y dígame, general Cedillo, ¿cuál es esa difícil encomienda?, indagó el jefe Máximo.

—Señor, tal vez abusando de la confianza y amistad que me ha dispensado desde hace muchos años y que ellos conocen, me pidieron que viniera a exponerle sus puntos de vista, ya que suponen que el general Pérez Treviño es su candidato.

—Y ¿cuál es el problema?, suponiendo que así fuera.

—La razón principal es que consideran que esta persona amenazaría la estabilidad del régimen, además de que quieren ser tomados en cuenta en la decisión del PNR.

—¿En quién han pensado como candidato?

—Pues, con la venia de usted, a quien siempre he consultado para mis decisiones, piensan que pudiera ser el general Cárdenas.

—¿El presidente Rodríguez tiene conocimiento de esta petición?

—Claro que sí, señor general, él está enterado de todo.

—Y él ¿qué piensa?

—Está de acuerdo, inclusive cree que sería saludable que se sometieran los dos precandidatos a una auscultación con las bases del Partido; se refería a sus dirigentes, por supuesto.

—No es mala idea, que se les dé de beber un poco de democracia, y el que resulte con más aceptación podría ser el viable. Me parece bien.

—¿Aceptaría usted al general Cárdenas?

—¡Ah qué mi general Cedillo!, conozco a Lázaro desde que operó en las campañas de Sonora, cuando se inició en la Revolución, tengo buena opinión de él, si a eso se refiere su pregunta; pero usted sabe, este asunto es cosa de analizar con calma. Dígales a sus compañeros de armas que, en principio, estoy de acuerdo. Dejaremos que sea el PNR donde se acuerde proceder con lo conveniente.

El primero de mayo, los partidarios de Lázaro Cárdenas lanzaron su candidatura, en un Congreso Agrario celebrado en San Luis Potosí y organizado directamente por Cedillo.

En el PNR nada se movió, hasta que los dos hijos del jefe Máximo lo apoyaron; entonces como si la directriz viniera de don Plutarco (que todavía no decía su última palabra), se vino la cargada de generales y políticos del Partido para apoyar a Cárdenas y fue tan estruendosa la acción, que la actitud de Pérez Treviño fue retirar su precandidatura que apenas empezaba a tomarse en cuenta.

A don Plutarco también le sorprendió esta avalancha de simpatizantes a favor de Lázaro Cárdenas, por lo que no tuvo más alternativa que aceptar las decisiones del Comité Ejecutivo Nacional del PNR.

El general Cárdenas inició su campaña, pero algunas ideas de sus discursos empezaron a incomodar a don Plutarco, logrando tranquilizarse al creer que sólo eran promesas de campaña y que lo podría controlar como a sus predecesores. Cedillo mismo, pensaba que él seguiría con manos libres en su feudo como durante Calles y el Maximato. Que seguiría igual su situación de fuerza y poder, considerándose pilar del régimen, por el apoyo abierto y decidido a favor del futuro Presidente.

Nunca imaginó que con Cárdenas empezaba un nuevo régimen de instituciones que socavarían el poder de caciques y caudillos. Que la nueva época iba a dar beligerancia a políticos profesionales y burócratas agrarios, que desplazarían a los militares. El problema para Saturnino Cedillo sería en adelante su falta de capacidad para la aceptación y adaptación al nuevo sistema.

18

DURANTE EL GOBIERNO DEL GENERAL CÁRDENAS se nombraron a personas cercanas al Jefe Máximo, incluyendo a su hijo Rodolfo, y a varios elementos que tenían compromisos estrechos con él para aplicar sus directrices; entre ellos, fortaleció el trabajo de masas de Vicente Lombardo Toledano como líder obrero, quien dirigiría más tarde la poderosa Confederación de Trabajadores de México (CTM).

Complementó esta acción con un reparto de inmensas extensiones de tierra como nunca antes, buscando ganarse el apoyo de los campesinos que fundarían más adelante la Confederación Nacional Campesina (CNC), fortaleciendo dos sectores claves del PNR bajo su control personal.

Como estas nuevas líneas políticas le causaron cierto escozor al general Calles, le mandó con el expresidente Abelardo una directriz, donde señalaba su desacuerdo con el trato tolerante hacia los obreros. El presidente buscó en forma inmediata a los generales Almazán y Cedillo para saber si se sostenían en el pacto, si llegara a la confrontación con el jefe Máximo; como le reiteraron su apoyo, hizo llegar la respuesta por el mismo conducto en el sentido de que atendería su señalamiento. Como los siguientes cuatro meses don Plutarco estuvo en los Estados Unidos tratándose una enfermedad, Cárdenas aprovechó su ausencia para fortalecerse en todos los sectores del Partido, inclusive acercando a los tres últimos expresiden-

tes, resentidos por la forma como les había boicoteado su gestión y la manera como los había reventado del poder.

Cuando el señor Elías Calles criticó abiertamente las políticas del presidente Cárdenas por medio de la prensa y la radio, la clase política y los ciudadanos de la calle creyeron que seguiría el camino de sus antecesores. La sorpresa de todos fue la respuesta que dio Cárdenas, organizando manifestaciones multitudinarias de obreros y campesinos que le brindaban un apoyo absoluto a su gestión de gobierno. Siguiendo una actitud radical, quitó al presidente del PNR y en su lugar nombró a Emilio Portes Gil y solicitó la renuncia de los funcionarios del Gabinete que simpatizaban con don Plutarco, expulsando a quien no se manifestara abiertamente con disciplina institucional a favor del presidente en funciones. Poco después, en septiembre, hubo una balacera en la Cámara, lo que trajo como consecuencia la expulsión de un gran número de diputados callistas; esto dio pie para que el Congreso anunciara su disolución. Aceptando su desplazamiento del poder, el general Calles se retiró a Sonora.

El apoyo que en esos momentos difíciles para Cárdenas, le brindó el general Cedillo, considerado uno de los generales más importantes de la época, fue definitivo en el fortalecimiento del Presidente y su régimen, compensándolo con el puesto de Secretario de Agricultura.

El titular del Poder Ejecutivo procedió en seguida a destituir a todos los gobernadores que no le fueran adictos. De la misma manera procedió con los funcionarios que no se sometieran a los nuevos dictados de su política. Se valió de todos los procedimientos para eliminar a sus opositores con mano de hierro, por cualquier medio, incluyendo el exilio, sin consideración para nadie.

El siguiente paso, después de la purga contra todo político identificado con quien fuera el jefe Máximo de la Revolución, empezó

por medio de la prensa y de las representaciones estatales de obreros y campesinos a minar el poder de los caciques locales hasta hacerlos reventar políticamente a favor de la institucionalidad. Así fueron cayendo Rafael Villarreal, Saturnino Osornio en Querétaro, Tomás Garrido Canabal en Tabasco, y estas medidas presagiaban que Cedillo correría la misma suerte, porque el Presidente en funciones no aceptaba a ningún hombre fuerte que le hiciera la menor sombra al Presidencialismo absoluto que pretendía instaurar.

En diciembre de 1935, Calles regresó a la Ciudad de México a defenderse de la prensa: el que volviera a buscar reflectores y querer hacerse notar en la vida nacional, dio justificación para que el Presidente siguiera depurando su administración. Pasó a retiro a varios generales, consiguiendo que el ejército se subordinara al poder del PNR. En febrero con el apoyo presidencial, Lombardo Toledano funda la Confederación de Trabajadores de México (CTM). El Senado expulsó a cinco de sus miembros por ser opositores al nuevo régimen, y en abril de 1936, Lázaro Cárdenas manda al exilio a don Plutarco, al país del norte. Cinco meses después, releva a Portes Gil de la Presidencia del PNR. Para fin de año no había más poder con autoridad que la Presidencia, y sólo quedaban dos generales importantes que no le daban tranquilidad a Cárdenas: Cedillo y Almazán, éste último expresó públicamente su lealtad al Presidente y no aceptó cuando le ofreció una Secretaría en el Gabinete, ofreciéndole el compromiso de no inmiscuirse en política. Y respecto al primero, estaba en sus planes socavar su poder de cacique de una manera sutil e inteligente, con miras a eliminarlo políticamente antes de las elecciones de 1940.

Cuando fue nombrado secretario de Agricultura, con Lázaro Cárdenas como presidente, Saturnino estaba en el pináculo de su carrera militar y de su vida. Como todos los miembros del Gabinete, se

instaló en la Capital de la República en una hermosa y confortable mansión: su Quinta Isabel, con coche Packard último modelo color negro y chofer a la puerta, para su servicio personal. Con manga ancha para manejar a su arbitrio un considerable presupuesto digno de tan importante Secretaría. Su vida se había transformado totalmente a las exigencias del cargo. Acompañado de Carola, vivió a todo lujo con ella, que era extremadamente feliz de compartir las ventajas del poder, como ella misma se lo señaló:

—Sabes, mi rey, ahora si vivo como reina y aprecio mucho el que me hayas escogido como compañera de tu vida.

—Esto y más te mereces. Para mí eres la mujer perfecta que siempre desee tener y que me llena de satisfacción por la decisión que tuviste de venir a México desde tierras tan lejanas a compartir tu vida con la mía.

—Porque tú eres mi pasión, mi roble; eres un hombre importante y un guerrero fuerte y de carácter. Por eso te quiero y te admiro.

Saturnino, que desde su vida de guerrillero hasta su reivindicación revolucionaria con el general Obregón había sido un hombre admirador de los jeques árabes por sus famosos harenes, y como muchos de los caciques mexicanos un mujeriego enfermizo, ahora vivía un verdadero cambio de su vida sexual y sentimental.

Cedillo se dejó llevar por el halago de ser secretario de Agricultura y abandonó su estado y la política local, en aras de cumplir con la responsabilidad de los problemas agrarios de todo el país, sin maliciar que en su ausencia se desmantelaba su base de poder en San Luis Potosí, por medio del Departamento de Acción Agraria y Colonización y de las organizaciones obreras que nunca atendió para resolver su problemática. El cambio de su posición liberal a conservador se hizo evidente, cuando sus enemigos de antaño lo buscaban en espera de su apoyo y capacidad conciliatoria; así como

en su momento los cristeros, ahora los terratenientes e industriales. Cuando las políticas del gobierno federal fueron anticlericales, Cedillo fue tolerante y conciliador hasta el grado de ser defensor de la Iglesia. Sin embargo, en marzo de 1936, el presidente declaró que las campañas antirreligiosas no iban a ser prioridad en su gobierno. Cuando Cárdenas promovía la educación socialista, Cedillo no permitió que ésta se implantara en San Luis Potosí. Las diferencias más agudas se darían en la política agraria. Cárdenas quería a la vez fraccionar los latifundios y el establecimiento del ejido como una unidad de producción agrícola. Cedillo se había convertido a la idea de Obregón y Calles de considerar al ejido como pequeña propiedad (idea que reivindica posteriormente y aplica por medio de un decreto de reforma al Artículo 27 de la *Constitución Política* el presidente Carlos Salinas de Gortari publicado el seis de enero de 1992, en su gestión de 1988-1994). Durante su gobierno, Cárdenas repartió dieciocho millones de hectáreas en forma de ejidos con ocho cientos mil beneficiados. Los grandes terratenientes se oponían a todo esto, porque eran desplazados por la burocracia agraria, que los superaba en arrogancia, despotismo y abusos al amparo del poder y se sentían impotentes al ver que los beneficiados se convertían en incondicionales del gobierno.

Las ideas centrales de Cárdenas eran: el reparto agrario como justicia social, dar más fuerza al Estado en vez de darla a los caciques, su fe en que aumentaría la producción nacional sobre todo por los apoyos económicos a su favor, por lo cual lograría mejor respuesta de los ejidatarios que el sector privado, a la política económica del gobierno.

Cedillo se oponía a la creación de ejidos colectivos porque defendía las parcelas individuales, percibía que la burocracia agraria en el campo iba a menguar su poder y llegó a decir que este nuevo sistema

de posesión de la tierra era peor que el anterior a la Revolución. De todo esto no era ajeno el presidente y como medida futurista desde un año antes había ordenado al PNR formar Ligas Campesinas con la finalidad de integrar más adelante la Confederación Nacional Campesina (CNC) para crear un Estado corporativo. De ahí que la línea de trabajo del Partido llevaba implícito el objetivo de acabar con caciques regionales, para establecer una línea directa de comunicación con los beneficiarios de la Reforma Agraria a través de la CNC como intermediaria entre los grupos agraristas y el gobierno federal. Un nuevo sistema de paternalismo, pero de la institución, no de un caudillo. Todo problema agrario se solucionaría por la burocracia organizada y centralizada sin dar margen de participación a personajes con relieve individual.

En 1936 y 1937, los opositores al cacicazgo de Cedillo dentro y fuera del gobierno se expresaban de manera más abierta y provocadora. Lo consecuente de Cárdenas en esto, dejaba en claro que los usaba como ariete para minar el poder del caudillo agrarista potosino. El fue consciente del juego en el que se envolvía, pero en vez de ceder el control político de la entidad al gobierno central, mostrando disciplina y apoyo a Cárdenas como lo hizo Andreu Almazán, se resistió y se dejó convencer por incondicionales y amigos de que tenía posibilidad de llegar a la Presidencia de la República en las elecciones de 1940, o por lo menos jugar un papel decisivo en ella.

19

UNO DE LOS PRIMEROS PROBLEMAS DE CEDILLO, quien controlaba a los trabajadores del Estado por medio de la (FROC) y su líder Manuel Anaya, hombre de su confianza y con buenas relaciones con el Centro Patronal del Estado, se vio perturbado cuando Lombardo Toledano buscó a obreros de empresas nacionales para afiliarlos a la CTM y hacer que participaran en apoyo de los trabajadores de la Fábrica Atlas, que solicitaban aumento de salario en noviembre de 1934 (su salario era de 65 centavos por día como promedio, muy por debajo del salario industrial); como el dueño, Jerónimo Elizondo, era amigo y se decía compadre de Cedillo y se negaba a conceder el aumento que le solicitaban, argumentando que no tenía dinero, en el diferendo el Tribunal de Conciliación y Arbitraje se declaró incompetente. El caso se turnó al Jefe de la Secretaría del Trabajo, quien dictaminó que la empresa debía pagar lo mismo que se pagaba en la industria a nivel nacional. En agosto de 1935 solicitaron, ante la negativa de don Jerónimo en acatar la resolución, un inspector para que hiciera una investigación. En este inter algunos grupos de la ciudad formaron un Frente Único de Trabajadores de San Luis Potosí, para defenderse de este tipo de arbitrariedades y brindaron su apoyo a los trabajadores de la fábrica Atlas; los directivos de la empresa obstaculizaron el trabajo del inspector y reprimieron a los obreros, lo que los obligó a ponerse en huelga y en enero de 1936 iniciaron una marcha de protesta hacia la Ciudad de

México. El Frente Único los apoyó, llamando a una huelga general en la ciudad capital, Cárdenas se ofreció como árbitro del conflicto, pidiéndoles a los obreros de la Unión que no hicieran la huelga en la ciudad. Después de dos meses dio su veredicto: el dueño debería cumplir con las medidas dictadas por la Secretaría del Trabajo, pagando además el 30% del salario en el tiempo que había durado la huelga. El empresario se declaró en bancarrota: en noviembre el gobierno federal tomó las instalaciones por incumplimiento del patrón y en enero de 1938 quedó constituida una Cooperativa. La prensa culpó al cacique por la forma de proteger a los empresarios y estar en contra de los intereses de los trabajadores.

A fin de año en 1936, los trabajadores de la ASARCO en la entidad potosina, iniciaron una huelga al no tener respuesta a su petición de aumento salarial; la compañía cerró sus actividades en la capital del estado, en Matehuala y Cerro de San Pedro; los líderes de la CTM aprovecharon este conflicto para acusar al general Cedillo de complicidad a favor de la empresa y hostilidad permanente con el sector obrero, tuvieron el apoyo de la CTM en lo externo y en lo interno la actitud del general Mújica, secretario de Comunicaciones, quien hostilizaba frecuentemente la actitud y la mentalidad fascista de Cedillo, presionándolo para que renunciara al Gabinete. Cedillo se defendió por medio de la prensa con declaraciones que sembraban más duda que certeza; sus enemigos le echaron en cara su corta memoria, al pretender olvidarse de la huelga, represión y encarcelamiento de los maestros en 1931, cuando era Gobernador Ildelfonso Turrubiartes y él provocó la causa del desfalco en las arcas del estado.

Sus incondicionales y amigos en San Luis Potosí le organizaron un banquete y un homenaje como hijo predilecto de la entidad a principios de 1937, con invitados civiles y militares para hacer os-

tentación de unidad y fuerza en su entorno. Como respuesta del régimen a esta ceremonia, el Comité Nacional de la CTM apoyaba en forma independiente a la estructura estatal del PNR en las elecciones al Congreso Federal de ese mismo año y el propio Comité Nacional del PNR, vetaba como nunca antes lo hiciera, a candidatos que proponía Cedillo. El candidato más relevante de esta oposición era el resentido Aurelio Manrique, que volvía a ser figura en la lucha por acabar con el poder del general de Palomas; atacaba sin miramientos la corrupción en la entidad potosina, su presencia nuevamente en el Estado provocó una reacción de violenta beligerancia por parte de las autoridades, sobre todo después de un mítin incendiario donde expuso contra los funcionarios del régimen de Cedillo una lista documentada de las corruptelas y el fraude para las finanzas del estado en la construcción de la presa de Mexquitic donde Saturnino fue socio y cómplice del general Francisco Carrera Torres, jefe de Operaciones Militares en el Estado. Dicha presa costó al Gobierno seis cientos mil pesos y fue adquirida por una Cooperativa Agraria controlada por Carrera Torres, quien sólo pagó por ella siete mil pesos, disponiendo del agua para regar su Hacienda El Peñasco. Estos hechos fueron divulgados con profusión en la prensa nacional; funcionarios de la CNC, en un mítin en la Ciudad de México, se hicieron eco y exhibieron todo lo condenable para manchar su imagen. La estrategia de acabarlo políticamente estaba en marcha de manera rotunda, sin que Cárdenas moviera un dedo para menguar la ofensiva. Los candidatos de la oposición, mientras tanto, sufrían el acoso y la amenaza de los seguidores de Cedillo.

La gota que derramó el vaso de la política en contra de Cedillo y con el apoyo tácito de Cárdenas, fue la elección de Diputados Federales, cuando en el lugar de uno de los vetados a Saturnino por el Comité Nacional del PNR, éste incluyó a Francisco Arellano Belloc,

un abierto opositor al general de Palomas y a su régimen; el Comité Ejecutivo local se inconformó y recibió por respuesta del Comité Nacional que, con votos o sin votos, sería electo. Cedillo se mortificó tanto que envió un telegrama de protesta a Cárdenas; el señor Presidente no se dio por enterado y en el Comité Nacional del PNR no tuvieron ningún efecto. Francisco Arellano fue electo en julio, junto con los demás diputados del régimen local. Aquí se dejó ver, sin ambages, la postura de abierta confrontación.

Los procesos electorales en todos los estados iban acompañados de fraudes, asesinatos, robos de urnas y alteración de los resultados; sin embargo, a la política y situación en San Luis Potosí se les tenía bajo minuciosa observación y por consigna eran amplificadas. Aun cuando había fuertes diferencias por las políticas de Cárdenas en educación y agricultura y las de Cedillo, que no coincidían, soportó una lucha descarnada de parte de sus enemigos que lo asediaban constantemente con críticas y una campaña permanente en su contra en los periódicos de mayor circulación nacional.

Lo que lo llevó al rompimiento definitivo fue el problema de una huelga de inconformidad contra el director de la Escuela de Chapingo por parte de los estudiantes, quienes solicitaban en sus demandas el cambio de director; para presionar, un fuerte grupo organizó un mítin de protesta y aunque aparentemente apoyaban al secretario de Agricultura, llevaba jiribilla el asunto. Cuando se les dio respuesta en la que satisfactoriamente se les cumplían sus demandas, no aceptaron al nuevo director. Se veía que el objetivo era el escándalo y la presión en contra de Cedillo, éste pensó en utilizar mano dura contra los estudiantes y como en esos momentos el Presidente estaba en Yucatán, hasta ahí le telegrafió pidiéndole apoyo para poder superar ésta situación. Como respuesta telegráfica, Cárdenas contestó que aceptaba su renuncia. Como ésta no era

su solicitud, Cedillo quedó asombrado por la respuesta y al considerarse despedido de una manera injusta y ruin, se retiró a Palomas, acompañado en esos momentos de amargura sólo por la fiel Carola, con quien compartía su vida.

En esos minutos aciagos, se presentó para él la desilusión en la política de alto nivel, por el mundo de intrigas, ambiciones y deslealtades desmedidas por el poder; y que no comprendía cómo fue despedido de la manera más frívola y cruel por el Presidente.

Cuando venía de regreso a su provincia tan sana y tan limpia, todavía ajena a los desmanes de la ambición sin límites, comentó con Carola:

—Este país es muy contradictorio, tal parece que persiste en vivir en el caos.

—¿Por qué piensas así? A ti no te ha ido nada mal. Has sido un hombre afortunado.

—¡Qué afortunado ni qué ojo de hacha!, todo ha costado partirme el alma desde que era niño, después en el trabajo del campo y tallador de ixtle, luego en la Revolución.

—Sí, mi rey, pero otros como tú no lograron nada, sino la muerte o la frustración.

—Tienes razón, en eso tienes razón, lo que sucede es que el mundo de la política no tiene lógica, es como la noria que al girar su rueda, los cangilones a veces van llenos de agua y en otros momentos quedan vacíos.

—Así es el poder, de la política o del dinero, mi rey; a veces en una cima y al tiempo en la otra sima. Son las leyes de la naturaleza humana, ya no te mortifiques.

—¿Cómo no voy a mortificarme?, si yo apoyé totalmente a Lázaro para que llegara a la Presidencia y ahora me manda a la chingada sin ninguna explicación. Esto no se vale.

—No sufras por ello que nada ganas, ya cambiarán las cosas, también en las reglas de la política, como en el amor y la vida, hay que saber esperar.

—Puede que tengas razón, todavía estoy afectado por la pasión y el coraje.

Saturnino sintió un gran alivio en las palabras de su adorada Carola, que aun en las horas amargas de la desgracia parecía estar dispuesta a compartir con él su existencia; venía dispuesta a seguirlo y a vivir en Palomas.

Cuando recuperó la calma, se resignó a dejar en sus obstinados enemigos dentro y fuera del Gabinete una sonrisa de triunfo, sobre todo del general Mújica y de Lombardo Toledano, quienes no fueron ajenos al problema de Chapingo.

20

DE REGRESO A SUS DOMINIOS y con total consciencia del juego en que lo había envuelto el Presidente para destruirlo políticamente, empezó a buscar aliados para resistir en su tambaleante posición, pues no sabía ni siquiera pudo imaginar que Cárdenas vendría con todo para quitarle el poder y controlar San Luis Potosí, como ya lo había hecho con aquellos que se oponían a sus designios y que, después de Calles y de todos los gobernadores y caciques, le tocaba el turno de la desgracia.

Todos sus enemigos en la Ciudad de México, como sus amigos de San Luis, lo convencieron de que la actitud del presidente en contra de él era porque la oposición conservadora al gobierno y políticas de Cárdenas, simpatizaban con la idea de que Cedillo podía ser un buen candidato a la Presidencia para la elección aún muy lejana de 1940. Eso lo motivó a que desde fines de 1937, buscara apoyos de toda índole para organizar su campaña y también, por si fuera necesario, un levantamiento armado; pues sopesaba que en todos los sectores había inconformidad por las políticas pro socialistas del régimen y la beligerancia a las ideas del Partido Comunista. Entre estos sectores se encontraban los pequeños industriales, clases medias, los hacendados y la Iglesia, en donde podrían estar los mejores aliados, así como entre exfuncionarios y políticos resentidos.

Pero el Gobierno Central no se dormía en sus laureles, con la manipulación de las elecciones tenía el control político de todos los ni-

veles, lo que creaba una atmósfera de impotencia en los opositores: algo que alentó a éstos fue el manifiesto de fundación de la Confederación de la Clase Media con sus objetivos y posibles soluciones que señalaban todas las fallas y yerros que a su juicio y en contra del pueblo habían acarreado las políticas públicas del cardenismo.

Cedillo también se comunicó con los generales Almazán, Magaña, Youpicio y otros que estaban bajo presión semejante de la sufrida por Saturnino, aunque todos coincidían en estar en contra de la vía armada, indicándole seguir por la de las elecciones de 1940.

A principios de 1937, la Secretaría de la Defensa indemnizó al caudillo agrarista por la adquisición de aviones y equipo al trasladar la Escuela de Aviación de Cedillo que había fundado en 1928 en San Luis Potosí; dejándolo con una pequeña flota en forma particular, que compró con el dinero que el gobierno le había pagado.

También la Secretaría de la Defensa, cambió a oficiales acantonados en San Luis Potosí, a lugares distantes y llevó al Regimiento 38° de Caballería cien por ciento leal al presidente.

Saturnino comentó a sus allegados:

—Ya oigo pasos en la azotea o estoy en lo cierto de que este hijo de la chingada de Cárdenas está desmantelando la unidad militar del estado que tanto trabajo me costó formar.

—Pues ante la evidencia, creo que estás en lo cierto —expresaba el general Francisco Carrera Torres, quien por diez años había sido comandante Militar de Operaciones en el Estado.

Ahora viene con todo para acabarnos, sería bueno que consideraras la posibilidad de hablar y entenderte con él... Recordarle cuánto lo apoyaste para que llegara a la Presidencia. Porque desgraciadamente veo que la Secretaría de la Defensa, que no se manda sola, está actuando dentro de la ley; supuestamente por necesidades del servicio y los cambios, hay que aceptarlo, llevan la finalidad de debilitarte.

Terció en los comentarios el general Ildefonso Turrubiartes:

—Estoy de acuerdo con Francisco, compadre, debes recordarle al cabrón de Lázaro todo lo que hiciste por él para que llegara a la Silla. Y luego, el apoyo cuando se enfrentó con Calles, no se vale tanta ingratitud; lo menos que debes exigirle es respeto a tu dignidad y al compañerismo que sostuvimos en contiendas militares pasadas. Tú no eres cualquier pendejo, debe tratarte con más consideración.

—Pues eso es lo que veo más conveniente. Mi temor es que no crea que mis intenciones sean dedicarme al cultivo de la tierra, como siempre lo he deseado; mientras tanto, vemos cómo se presentan las cosas para la sucesión.

Marcelino Zúñiga intervino:

—Yo considero que de todas maneras hay que prepararse para lo peor, con estos cabrones del gobierno federal no se puede tener confianza, acuérdate del refrán: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Ante las posiciones encontradas de los más cercanos amigos, optó por darle tiempo al tiempo, en espera de que el presidente diera señales de buscar un avenimiento por medio de una plática. Era consciente de que las nuevas tropas impedirían rápidamente una revuelta regional y no le quedaba otra alternativa que actuar a la defensiva y en un caso extremo la guerra de guerrillas, en espera del apoyo de otros estados.

Por otra parte, el gobierno procedía con cautela en el aspecto militar, pero en lo político intentaba desacreditar al caudillo agrario en su reputación, sus enemigos no descansaban; ahora con puestos directivos en la CNC buscaron la cobertura de los periódicos para continuar con su labor de zapa atacándolo con medias verdades para obligarlo a dar respuestas y aclaraciones que lo único que lograban era un continuo desgaste. Exhibían la amistad que Cedillo llevaba

con algunos hacendados y decían que de revolucionario se había convertido en protector de terratenientes, para que el gobierno no les afectara sus propiedades. Ponían como ejemplo la Hacienda de Illescas. Saturnino quiso desmentir esta calumnia repartiendo parte de su posesión de Palomas con la creación de un ejido, pero la intención del régimen era no darle cuartel y seguirlo golpeando, para lo cual se valió del Departamento Agrario que incluyó al propio jefe Gabino Vázquez en una visita personal, que realizó acompañado por el senador Gonzalo N. Santos y un grupo de agrónomos para negociar con el Gobierno Estatal una reestructuración de la tenencia de la tierra en la entidad. Esto facilitó que se repartieran nuevas tierras que incluía dotar a los beneficiados con servicios médicos y creación de escuelas rurales. Cuando a fines de 1937 se dijo que repartió medio millón de hectáreas y había beneficiado a diez mil personas que serían tomadas en consideración para créditos, estos campesinos ahora debían su lealtad y gratitud al Departamento Agrario y no al caudillo.

Indudablemente esto afectaba la relación de dependencia que tenían con el cacique; lo cual provocó una reacción entre los partidarios de Cedillo que socavados por la acción, empezaron a dudar de la lealtad de algunos y emprendieron amenazas y agresiones contra los sospechosos de cambiar de bando, pues a estas alturas se veía muy clara la confrontación entre las autoridades locales y las federales.

Los opositores a Saturnino no se daban tregua. A principios de octubre, Francisco Arellano Belloc y otros dos compañeros, crearon un Comité de Acción Revolucionaria y se presentaron en Ciudad Valles con la supuesta intención de preparar un Congreso Agrario, aun cuando su verdadera intención era participar en un mítin de carácter electoral organizado por afiliados de la CTM para presentar a sus candidatos a la contienda municipal. Como el mítin se convirtió

en un acto de protesta contra Cedillo y el presidente Municipal en funciones, éste acompañado de los más connotados cedillistas, entre los que se veía a Marcelino Zúñiga, Presidente del PNR en la entidad y varios diputados locales, trataron de sabotear el acto y como las palabras subieron de tono, llegaron a las armas, lo que degeneró en una zacamela con muertos y heridos que obligaron al Ejército a intervenir arrojando a varios de los participantes en la balacera.

Los enemigos de Cedillo lo hicieron responsable del incidente y de la muerte de uno de los organizadores del CPAR. Los funcionarios locales, a su vez, culparon a Francisco Arellano de haber provocado el conflicto, para buscar que las autoridades federales desconocieran a las del estado.

La investigación que se hizo de los hechos no llegó a ninguna parte. Al poco tiempo se sustituyó a Marcelino Zúñiga como presidente del PNR estatal por Tomás Tapia que siendo diputado local era jefe de la Confederación Campesina Mexicana, pero había deflecionado de la facción cedillista al darse cuenta que el caudillo iba en declive. Esta Confederación Campesina Mexicana, antecedente y base de la CNC, estaba en manos de Graciano Sánchez y León García, quienes con algunos seguidores activos explicaron a los campesinos sin tierra antes de la visita de Gabino Vázquez, que Cedillo con su idea de que el reparto debía concederles a los ejidatarios parcelas individuales con título de propiedad y no colectivistas, siendo ésta una postura totalmente contraria a la que llevaba a la práctica el Presidente de la República en su política agraria. Como Tomás Tapia apoyaba la política de Cárdenas, los seguidores de Saturnino lo tenían por traidor y a los pocos días lo asesinaron.

Esto provocó un estruendo nacional en la prensa y algunos que ya disentían con Cedillo, como Gonzalo N. Santos, solicitaron a Cárdenas una investigación por medio de un documento suscrito

por varios miembros del Congreso que buscaban deslindarse de la corriente de Saturnino, pues ya veían venir el fin del régimen caciquil. El funeral fue en Villa de Reyes, donde el político había intervenido en el reparto de tierras, por lo que hubo cerca de mil campesinos que a gritos pedían justicia, directamente al gobernador Mateo Hernández Netro, ahí presente con la mayoría del Congreso Local. Este gobernador había sido peón de hacienda durante su juventud.

21

EN LA CIUDAD DE MÉXICO, la plana mayor de la CTM buscó audiencia con el presidente Cárdenas para hacerle sentir su malestar por la situación de San Luis Potosí y a partir de ahí intensificaron su campaña contra el máximo caudillo agrarista.

A fines del año de 1937, la falta de lluvias ocasionó una terrible sequía que hizo sufrir demasiado a la población, porque las presas no daban agua suficiente; esta situación se prestó para que los enemigos de Cedillo publicitaran el fraude de copropiedad que tenían Cedillo y Carrera Torres de una presa. La CTM amenazó con llamar a una huelga general para exhibir la incapacidad de las autoridades para prever el abasto. El gobierno Local pidió ayuda al Gobierno Federal, el cual envió equipo para perforar pozos y, como esto tardó, el penúltimo día de noviembre la CTM convocó a huelga en el estado. Al día siguiente, el Presidente Cárdenas publicitó la ayuda inmediata de trescientos mil pesos para resolver el problema. El día primero de diciembre, la CTM concentró en la Plaza principal una manifestación y mantuvieron su campaña en la prensa a través de la cual los afiliados solicitaron al Senado el desconocimiento del Gobierno de Mateo Hernández Netro. Por fortuna, llovió esos días y esto trajo la solución práctica del problema.

Todo diciembre, la CTM estuvo organizando candidaturas para las elecciones municipales que serían a fin de mes. Aun cuando no lograron escalar el poder, dieron pie a que el Gobierno Central a

través de la Comisión Permanente del Congreso criticara la actuación de Mateo Hernández Netro, quien se defendió por medio de un desplegado en El Universal en el cual culpó de todo a la CTM y defendía su honorable, diligente y progresista papel de gobierno. Saturnino Cedillo sintió como nunca el asedio presidencial.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó Francisco Carrera Torres, en una reunión informal durante la fiesta de cumpleaños de un rico hacendado de cierta confianza.

Y el general Cedillo, en un momento de franqueza, contestó:

—Como nos están pegando por todos lados, ni modo de correr. Habrá que enfrentar la adversidad.

—¿Cómo?

—Pues, como me obligan a reaccionar, no hay otra que prepararnos militarmente para la defensa; tal parece que me quieren arrinconado, para que me rinda y pida clemencia, y eso no va conmigo. Todavía tengo los huevos bien puestos, si me obligan a la lucha, pues habrá que levantarnos en armas.

—Eso sería un suicidio, no contaríamos con apoyo de nadie, como ya te lo manifestaron generales y gobernadores amigos tuyos que no están de acuerdo con la vía militar.

—¿Qué otra cosa se puede hacer, si al amigo Mateo Hernández lo traen pendejo con tanto ataque en la prensa y a mí no me sueltan los cabrones de la CTM con sus intrigas?

—Creo que debemos buscar apoyos en otros estados, este régimen federal ha sido autoritario y ha sembrado muchos resentimientos, yo creo que hay otros caminos de preparación antes que las armas, propuso Ildefonso Turrubiartes.

—Entonces hay que redoblar esfuerzos en ese sentido. Aunque sigo pensando que debemos prepararnos también militarmente para los chingadazos, no nos vayan a tomar desprevenidos.

—Ya ven, tal parece que nos quieren obligar a la rebelión, estos hijos de la chingada, señaló Marcelino Zúñiga.

—Aun cuando así fuera, debemos ser conscientes de la gran fuerza militar del gobierno, superioridad en efectivos, en cantidad y calidad de armamento, y además, todos los recursos económicos y políticos a su favor, inclusive la legalidad; discúlpenme, pero insisto en la vía política. Debemos aguantar hasta las elecciones de 1940, replicaba Francisco Carrera Torres.

—Bueno, hay que seguir pensando cómo debemos actuar, pero no hay que dormirnos. Por hoy aquí le paramos a la plática, yo les aviso cuándo seguimos esta conversación. ¡Nos veremos pronto!

Saturnino Cedillo mandó a gente de su confianza a comprar armas y parque en pequeño volumen; para facilitar el contrabando y lo almacenó en Palomas. Por otra parte, entró en conversaciones con el Centro Patronal de San Luis y, por medio de éste, empezó a crear un clima de rebeldía contra el régimen nacional en Centros Patronales de otros estados. Como sabía que era casi imposible soportar la situación hasta el año de las elecciones presidenciales, porque veía un marcado interés del gobierno federal de no dejarlo llegar a que participara en esas elecciones, redobló sus esfuerzos de comunicación con militares de alta jerarquía y gobernadores con quienes compartía confianza y amistad, y que sabía no eran adictos a Cárdenas, pero los principales no querían un levantamiento armado, preferían la lucha política de las elecciones federales y en esta vía aseguraban apoyarlo, de ahí que le insistieran a que aguantara hasta entonces; y sólo si esto fallara, estarían dispuestos a rebelarse.

Aseguró comunicación constante con grupos de cristeros de Guanajuato que ahora lo consideraban su guía, pero se daba cuenta de que el gobierno federal lo iba cercando con militares de absoluta

confianza y lealtad al presidente, quien lo tenía totalmente vigilado tanto en lo físico como en toda comunicación que salía de la estación de radio que había instalado en la finca de Palomas.

En los primeros meses del año fatal de 1938, el más grande problema que enfrentaba era la falta de dinero que sabía era fundamental para la colosal empresa que preparaba. Las arcas del estado vivían época de vacas flacas, los grupos de derecha y terratenientes resentidos contra la Reforma Agraria no lo apoyaron como él esperaba y las ayudas financieras no llegaban; por el contrario, se dio cuenta que la lealtad y los favores había que pagarlos. La compra de pertrechos de guerra era raquítica, la fabricación de bombas se dificultaba y los soldados agraristas que lo apoyaban tenían necesidades y requerimientos para dedicarse en forma profesional a la guerra, pues el tenía decidido el levantamiento en la primavera de ese año.

Como los cálculos que hizo para lograr un buen desempeño en la acción de las armas era de varios millones de pesos, buscó préstamos cuantiosos con empresas y compañías petroleras de Estados Unidos, pero no logró conseguirlos. La aventura parecía imposible.

22

MIENTRAS TANTO, CÁRDENAS REAFIRMABA SU PODER con la burocracia y en los Estados al realizar los trabajos de restructuración y cambio de nombre al PNR que sería en un futuro inmediato Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Todo caminaba hacia un Estado corporativo, bajo el control absoluto del presidente. Poco antes de que terminara la reorganización del nuevo Partido y después de varios meses de negociaciones fallidas porque las compañías petroleras se negaban a respetar las leyes mexicanas y a conceder a los trabajadores el aumento salarial solicitado, así como mejoras en sus prestaciones y condiciones laborales, tomó la decisión más trascendente de su gobierno, la expropiación de las empresas del petróleo que anunció al país el 18 de marzo de 1938. La medida levantó un tsunami de nacionalismo y de apoyo a su régimen. Surgió un deseo de unidad ante un posible frente de hostilidad exterior por afectar a los principales países capitalistas. Esto daba fuerza al gobierno como para endilgarle el título de traidor a cualquiera que no se sumara al patriotismo colectivo; hasta los generales y gobernadores disidentes del régimen y simpatizantes de la conspiración de Cedillo, aprovecharon la ocasión para hacerle pública su lealtad y hasta personalmente su apoyo a las políticas y decisiones del señor presidente, con lo cual tácitamente le volvieron la espalda como simpatizantes. Hasta dos de ellos se ofrecieron para ir a hablar con él y disuadirlo, con lo que estuvo de acuerdo Cárdenas. Los generales intermediarios

eran gobernadores de Michoacán y Zacatecas, quienes dejaron claro que no participarían en una acción armada, le hicieron ver lo inconveniente del momento y aconsejaron que renunciara a sus planes.

A pesar del cambio de circunstancias y de las señales que le mandaban con sus acciones los aparentes amigos, Cedillo no tuvo la capacidad de valorarlas y continuó con sus preparativos y obsesiones.

El presidente fue totalmente consciente de la ventaja política que le proporcionaba la expropiación y decidió no dejar pasar más tiempo para eliminar a Saturnino Cedillo como enemigo potencial y estorbo para sus planes de 1940. No quitando el dedo del renglón en este asunto, el día veinticinco de ese mismo mes mandó llamar a Palacio Nacional a su ministro de la Defensa y le dijo:

—Manuel, ha llegado el momento de tomar decisiones definitivas sobre San Luis Potosí, es necesario que hoy mismo des órdenes de cambio de Zona al general Francisco Carrera Torres a la Zona militar de Oaxaca y que ocupe el lugar que deja, el general Genovevo Rivas Guillén, quien conoce al general Cedillo desde la Guerra Cristera cuando fue su subordinado y puede ser bien aceptado por el Divisionario Potosino.

Contestó el secretario de la Defensa:

—Supongo que también es necesario que los efectivos de la Zona sean removidos, con objeto que el nuevo jefe Militar en el Estado cuente con tropa de su absoluta confianza. ¿No es así?

—En efecto, así debe ser —continuó el presidente—; a la semana siguiente, le harás llegar al general Cedillo una orden de trasladarse en forma inmediata, por necesidades del servicio, para hacerse cargo de la Zona Militar del estado de Michoacán, con Cuartel General en Morelia, donde es gobernador el general Gildardo Magaña, con quien lleva una buena amistad.

—Y si se resiste al cambio, ¿qué me sugieres que debo hacer?

—Soltarle un poco la rienda. Darle un poco de tiempo para que piense bien las cosas y en caso de no acatar las disposiciones superiores, que se proceda con el rigor de las leyes del Ejército, pues el clima político nacional e internacional no es para contemplaciones.

El ofrecimiento que se hacía al caudillo agrarista era una forma honorable para que continuara en el Ejército, pero fuera de San Luis, con la intención obvia de quebrar la conspiración que se sabía estaba preparando desde su salida del Gabinete Presidencial. Era obligarlo a que abandonara sus pretensiones políticas de futuro y la revuelta que preparaba.

El presidente, con esta medida, lo ponía en la encrucijada de la obediencia o la rebeldía. Como era de esperarse, Cedillo le comunicó al Secretario de Defensa que no le era posible atender la orden de traslado porque no estaba en condiciones de salud en ese momento, recibiendo como respuesta un lapso de mes y medio para atenderse y aceptando que por ese tiempo a sugerencia del interesado su subalterno y ayudante personal el Coronel Josué Escobedo, recibiría como encargado temporal la Jefatura de Zona de Morelia. Al verse arrinconado por las circunstancias, Saturnino reunió a sus más cercanos colaboradores y amigos de siempre: Ildefonso Turrubiartes, Mateo Hernández Netro, Vicente Segura, Marcelino Zúñiga, Arturo Leija, Enrique Alatorre y Eugenio Jiménez, por supuesto ya no estuvo presente Francisco Carrera Torres.

—Amigos y compañeros de lucha, los mandé llamar porque la situación en que me encuentro es muy delicada y necesito saber lo que piensan sobre el estado de cosas existente; por un lado, Cárdenas ofrece posicionarme en la Zona Militar de Michoacán, lo que representa mi desarraigo de San Luis Potosí y todo lo que esto significa; y por el otro, si me niego a obedecer las órdenes, se consi-

derará desacato y rebelión consecuentemente contra su autoridad; quiero sus opiniones.

El primero en tomar la palabra fue el gobernador del estado Mateo Hernández Netro, quien buscando evitar un conflicto con el gobierno central dijo:

—Soy de la opinión de que deben obedecerse las órdenes de la superioridad y por lo pronto trasladarte a Michoacán, para dar tiempo a que se enfríen los ánimos y ver como reacciona el Presidente con respecto al estado y modera su hostilidad.

Josué Escobedo que iba a ser el enviado en su lugar temporalmente, consideraba que las circunstancias prevalecientes en el país, no indicaban que un levantamiento pudiese tener el apoyo popular, expresó su opinión:

—Lo mejor sería el traslado a Michoacán, donde se tendría la protección del gobernador Magaña y se le dejaría en paz a nuestro líder por el tiempo faltante para las elecciones de la grande.

Enrique Alatorre, Arturo Leija y Eugenio Jiménez, secundaron la propuesta del Gobernador Hernández Netro. Marcelino Zúñiga no estaba de acuerdo con lo expresado y opinó:

—Creo que esto envuelve una trampa y que una vez fuera de San Luis eres más vulnerable y ni manera de tener defensa; además, ya nos hemos estado preparando y hasta fijamos la fecha del cinco de mayo, para diez días antes de que se venza el plazo que te dan para cumplir la orden.

Vicente Segura señaló:

—Yo soy partidario de la revuelta, porque como están las cosas, el futuro político es incierto y todo llegaría a su fin, si Saturnino abandona el estado.

Ildefonso Turrubiartes que había permanecido callado y era el más cercano de todos en su amistad expresó:

—Mira, antes que todo, compadre, quiero que sepas que como siempre yo estaré a lo que tú dispongas y que aceptaré incondicionalmente lo que decidas; sin embargo, se deben tomar en cuenta otros factores que no se han mencionado: primero, el dinero hace falta para sostener una guerra y anda escaso; segundo, ¿con cuánta gente contamos, si el Departamento Agrario ha ido diezmado nuestras milicias?; tercero, los generales y gobernadores que antes simpatizaban contigo, se han rajado y no se cuenta con ellos; cuarto, los cristeros de Guanajuato, sabemos que obedecen a la Jerarquía de la Iglesia y no se mueven por su cuenta, aparte están jodidos de recursos de todo tipo; quinto, con la mentada expropiación petrolera, Cárdenas se ganó el apoyo popular de todo el país y eso nos resta fuerzas. Pero, como te dije al principio, en las buenas y en las malas, siempre me las he jugado contigo y estoy a lo que mandes.

El divisionario potosino escuchaba con atención las diversas opiniones de los que hicieron uso de la palabra y al final habló:

—Antes de la reunión creía que la postura de Cárdenas abría dos posibilidades, pero ahora veo que son cuatro. Las que él me presenta son obedecer o rebelarme, pero tengo la opción de renunciar al Ejército y permanecer en Palomas con la esperanza de que me deje en paz. Otra es buscar una entrevista y pedirle que me deje en San Luis y yo acataría sus órdenes, siempre que respete mi estatus local. Voy a tratar de seguir éste último camino que considero el que más me conviene.

Los amigos interesados de Saturnino Cedillo no iban a conformarse con esta decisión porque presentían que el presidente quería todo el poder en el país y no iba a respetar una isla que no estuviera bajo su control absoluto y que, además, esto lo conseguiría con sólo sacar a Saturnino del estado, pues sin él no había estructura política que se sostuviera. Era la debilidad del régimen de un solo hombre

que decidía y resolvía por todos, que era la base de mando de todos los caciques. Así que insistían en llevarlo a la revuelta.

Los asesores de Cárdenas por su lado, analizaban y sopesaban la situación especial de San Luis Potosí, donde estaba el único rebelde del momento. Por supuesto, Mújica y Lombardo Toledano no iban a descansar hasta no ver acabado totalmente al general Potosino. Ellos querían borrarlo del mapa de participación política para la elección del cuarenta. Insistían en sembrar en los medios la idea de que conspiraba contra el gobierno.

Como Cedillo no quería separarse de su tierra natal, intentó el entendimiento con Cárdenas por medio de intermediarios, pero al no conseguir lo que buscaba, se desesperó y al mismo tiempo que aceleraba los preparativos de la revuelta, con fabricación de bombas (sin consistencia científica y tecnológica para ello) informó a sus excomandantes de luchas anteriores que posiblemente necesitaría de sus servicios nuevamente y que se prepararan.

Sus intermediarios insistían en la vía del entendimiento, pero lo único que lograron fue que cambiara la fecha de la revuelta del cinco al quince de mayo que vencía el permiso que se le había otorgado para el cumplimiento de la orden de traslado.

23

SATURNINO SE DECIDIÓ POR EL RETIRO DEL EJÉRCITO, con la intención de ganar tiempo, buscando de esta manera permanecer en la entidad y a la vez seguir por la vía de estendimiento que sus representantes llevaban en la Ciudad de México.

El ocho de mayo de 1938 mandó un telegrama al secretario de la Defensa, solicitando su retiro por razones de salud. Aseguró que se retiraría de la política y se dedicaría a la agricultura. Al mismo tiempo, mandó a Eugenio Jiménez, senador de la República por San Luis, como portador de una carta al presidente donde le comunicaba lo mismo que señalaba en el telegrama al secretario Ávila Camacho.

Como había enviado a Enrique Alatorre antes a visitar al gobernador y general Magaña, el cinco de mayo para pedirle su apoyo a la vía de negociación, éste después de advertirle nuevamente que ni él ni general alguno aprobarían la revuelta, porque sabían que fracasaría dadas las circunstancias expuestas anteriormente, le aseguró su disposición para mediar con Cárdenas y proponerle que se le ofreciera encabezar la Zona Militar de San Luis. Enrique Alatorre viajó a Palomas a comentarle lo acordado, Saturnino lo regresó con la encomienda de llevarle un memorándum a Magaña para que lo leyera antes de hablar con el Presidente, en que afirmaba:

- 1) Que no se precipitaría y que sólo se preparaba para defenderse en caso necesario;

- 2) Autorizaba que si arreglaba con el señor Presidente que lo dejara en la Zona Militar de San Luis, a fin de que pudiera atender su enfermedad, las cosas quedarían en paz y con el compromiso de respaldar a su gobierno y si hubiera desconfianza podía poner al general de Brigada Ildefonso Turrubiartes, y
- 3) Pedía que le señalara también que lo único que estaba haciendo era defenderse de los ataques que sus enemigos habían urdido en contra de él, inclusive intentos de asesinarlo. Que él lo único que pedía era justicia, que recordara que él fue valeroso al defenderlo y apoyarlo cuando fue candidato al Poder Ejecutivo y que si él hace caso a sus enemigos que quieren destruirlo se defenderá y protegerá a su grupo, prefiriendo morir que rendirse.

Magaña llevó el mensaje al presidente el día diez de mayo, pero esto contradecía el telegrama que había entregado Eugenio Jiménez un día antes. Como los enviados confundieron con sus mensajes al presidente, se despertó más la sospecha en contra de Saturnino, aunado a que a Marcelino Zúñiga, la policía federal le encontró documentos relacionados con el levantamiento, el gobierno central reaccionó con cautela.

No se sabe por qué, pero el representante de San Luis Potosí en el Congreso Federal, en forma falsa le dijo al general Cedillo que el presidente aceptaba su retiro y nombraría a Ildefonso Turrubiartes, comandante de la Zona de San Luis.

Con esta noticia, Saturnino procedió a posponer sus planes de alzarse y despidió de Palomas a cerca de dos mil agraristas que estaban a punto de iniciar la revuelta, quedándose sólo con una guarnición de cincuenta hombres. Mandó a sus excomandantes noticia de que se suspendía todo hasta nuevo aviso.

Esto confundió a sus seguidores y dos de ellos en la huasteca atacaron al Ejército. Al enterarse de la situación, el general Rivas Guillén mandó un memorándum a Saturnino, aconsejándole que se presentara en la Ciudad de México, ofreciéndose como rehén para que no temiera por su seguridad personal. El general Cedillo no aceptó. No quería separarse de San Luis, creyó que con sus representantes en la capital, podrían arreglarse las cosas.

También, como lo había hecho con su abundante familia, lo quiso hacer con su adorada güerita.

—Carola, ya te habrás dado cuenta de las circunstancias que ha provocado el gobierno de Cárdenas mediante un constante acoso y no me ha dejado otro camino que defenderme. Junto con el régimen que gobierna el estado, hemos decidido levantarnos en armas. Desde hace tiempo, hemos estado preparándonos para esta contingencia, pero no puedo permitir que permanezcas conmigo, exponiendo tu vida en una aventura que no estará nunca bajo mi control. Ha llegado el momento en que, con un sincero dolor en mi corazón, te debo pedir que regreses a tu país.

—Sé que estás decidido a la revuelta y que las cosas no han ido bien para ti, pero sigo dispuesta a quedarme contigo hasta el final.

—No sería conveniente. Tú presenciaste cuando mandé a mi familia hace tiempo a vivir a los Estados Unidos, por temor a represalias contra ellos. También para ti quiero protección.

—¿Y qué esperas de mí? Yo no iría por nada al país del norte.

—Te voy a dar dinero en pesos oro, para que puedas regresar a Europa. Llévate tus joyas y lo que consideres de valor, porque yo me voy a ir a la sierra y por ningún motivo quiero que tú te quedes a ser carne de los buitres, no permitiría tu sufrimiento ni tu sacrificio, porque estaría tu vida de por medio.

—Yo haré lo que tú dispongas, siempre serás mi rey, y nada más te digo que haber compartido estos años mi existencia contigo, ha sido lo mejor que he tenido en mi vida: cuídate mucho y que Dios te colme de bendiciones.

Al día siguiente, Carolin Kuhn salió por tren a la Ciudad de México con la intención de transbordar hacia Veracruz y embarcarse para Europa.

Cárdenas decidió resolver la situación personalmente porque había recibido en esos días información de que un grupo de cuatro generales, no relacionados con el caso San Luis, estaban conspirando contra su gobierno, entre ellos el gobernador de Puebla, hermano de su secretario de Defensa. No estaban planeando una asonada, pero se les relacionaba con un manifiesto donde expresaban inconformidad por políticas del gobierno. La amenaza potencial no era como para cerrar los ojos. Eso obligaba al presidente a dar vuelta totalmente a la página en el caso de San Luis Potosí. Había que resolverlo inmediatamente, para que sirviera de escarmiento a cualquier otro intento de sedición.

Así, el 17 de mayo de 1938 por la noche, se trasladó en tren a San Luis Potosí, acompañado por cuatro ministros de su Gabinete y tres personas más, de los cuales cuidó el mismo Saturnino que llegaran bien y fuesen recibidos por el gobernador Mateo Hernández Netro.

El caudillo agrarista pensó que iba a limar asperezas. Al llegar Cárdenas, se trasladó a Palacio de Gobierno y desde uno de sus balcones pronunció un discurso ante los ciudadanos reunidos en la Plaza de Armas, les explicó cual era la situación nacional como resultado de la expropiación del Petróleo e hizo incapié en los rumores de una revuelta que se planeaba en San Luis Potosí, en un momento en que se requería de la unidad nacional y señaló que todo apuntaba a Saturnino Cedillo como el hombre que estaba en

rebeldía, por lo cual desde ahí hizo un llamado a que entregara las armas al gobierno y se retirara a la vida privada.

Era el momento en que Saturnino, quien escuchó por radio el discurso en Palomas, buscara conciliarse y llegara a un acuerdo con el Presidente, pero hizo lo contrario. Llamó a sus comandantes, exhortándolos a que iniciaran la rebelión; respondieron alrededor de mil quinientos hombres que se fueron al monte siguiendo a su jefe.

Por su parte, el secretario de Defensa concentró quince mil soldados en el estado. Conminando a los rebeldes a que depusieran las armas voluntariamente para evitar que corriera la sangre. La única ofensiva que ordenó fue mandar a Palomas una columna que, al llegar, encontró su propiedad vacía. En ese lugar y en los circunvecinos se lanzó desde una avioneta un volante, donde se exhibía la actitud absurda de Saturnino, ante un gobierno benefactor de los campesinos.

Grupos de funcionarios de la Secretaría de Educación y del Departamento Agrario acompañados de maestros rurales, hicieron labor de convencimiento a favor del gobierno visitando pueblos y ciudades, protegidos por soldados, esto impidió en mucho la comunicación entre los rebeldes, quienes en bastantes casos confundidos prefirieron la paz a la guerra, buscando rendirse.

Saturnino, por su lado, dio instrucciones a su gente de evitar acciones de guerra. Debían permanecer a la defensiva por si fuera necesario un entendimiento y para evitar muertes inútiles. Con esta situación titubeante, muchos optaron por retirarse a su casa o depone las armas. Algunos que se decidieron por la lucha, se enfrentaron a partidas militares en mayo y junio, cayendo en combate muchas de las personas cercanas al caudillo agrarista; pero la mayoría de jefes, con sus agraristas seguidores, en diverso número, se fueron rindiendo.

Varios de los colaboradores de Saturnino ni siquiera estuvieron de acuerdo con la revuelta y se apresuraron a expresar su lealtad públicamente a favor de Cárdenas, entre ellos Josué Escobedo, Eugenio Jiménez, Ildefonso Turrubiartes, Leandro Pitas y Gonzalo N. Santos, que hasta se ofreció a participar en la cacería del caudillo agrarista. Toda posibilidad de un entendimiento se dispó cuando el 21 de mayo, estando presente Cárdenas en una comida oficial, se enteró que una avioneta había tirado volantes, en donde se expresaba la resolución del Congreso Local de desconocer al Gobierno Central y un Decreto del Gobernador mismo en iguales términos, dando paso formal a la rebelión, poniendo al general Cedillo como «Jefe del Ejército Constitucionalista de México». El Decreto estaba firmado por el propio Mateo Hernández Netro.

Un oficial le llevó personalmente a Cárdenas uno de los volantes, además se le informó que otra avioneta había arrojado bombas en lugares cercanos al hotel donde había pernoctado el secretario de Defensa, sin dar en el blanco ni causar daño alguno.

El presidente llamó al gobernador y lo exculpó de los hechos, diciéndole que él hacía responsable de lo sucedido al general Cedillo; sin embargo, ante la situación embarazosa del momento, el gobernador renunció a su cargo y no se le volvió a ver, fue a reunirse con su familia, mientras la administración quedó en manos del presidente del Supremo Tribunal de Justicia, de momento, porque el Senado por solicitud del presidente Lázaro Cárdenas del Río, declaró desaparecidos los Poderes del Estado, entonces el Congreso Nacional por facultades de ley designó como gobernador provisional al general Genovevo Rivas Guillén. Cárdenas personalmente presenció el cambio de presidentes municipales en los ayuntamientos más importantes de San Luis Potosí.

Al recorrer el estado con fuerte presencia militar, el presidente habló de reconciliación, al mismo tiempo se desmantelaba todo el

régimen de Saturnino Cedillo. Mateo Hernández Netro y Vicente Segura, se establecieron en colonias agrícolas y otros de sus amigos cercanos se retiraron a sus propiedades en el campo, donde nunca fueron perseguidos ni hostilizados.

Todos los amigos que supuestamente simpatizaban con Saturnino en otros estados, en forma inmediata reafirmaron su lealtad al presidente de la República.

Saturnino Cedillo, el 19 de mayo salió de Palomas y se fue a una cueva cercana a un lugar llamado El Custodio donde tenía provisiones y equipo, a los cuatro días llegó el ejército federal y huyó a San Juan del Meco con cuarenta hombres. La noche del 26 de mayo llevó a cabo una reunión con carácter de Consejo de Guerra, donde se convenció que su resistencia era inútil, decidió andar errante en las montañas sin permanecer en lugar fijo, mandó a sus casas a la mayoría de los que lo acompañaban, quedando con él sólo quince compañeros decididos a morir junto con él viviendo como guerrilleros.

En los primeros días de julio, hizo público un manifiesto, donde recriminaba a los generales del exterior del estado, por no acudir en su ayuda al mismo tiempo que se defendía con aclaraciones de todos los cargos en su contra que le señalaba la propaganda oficial y donde justificaba su actitud.

Después del manifiesto, un periodista de un Diario de circulación nacional, buscó una entrevista con él y al lograrla, dio sus razones para el levantamiento, inclusive los documentos oficiales del Congreso y del gobernador donde lo nombraban jefe del nuevo ejército rebelde. Negó todo compromiso con las compañías petroleras y con ningún país extranjero, dos de los infundios de la propaganda oficial para deteriorar su imagen, y se dejó tomar una fotografía que se publicó con la entrevista.

Saturnino Cedillo tenía esperanzas de poder resistir en esa condición de guerrillero hasta 1940 y poder esperar o actuar a favor de un cambio en contra del candidato oficial.

El presidente Lázaro Cárdenas se daba cuenta de las intenciones y deseos del divisionario potosino, porque cuantas veces le ofreció el exilio, rechazaba la oferta. Así que tomó la decisión de seguirlo hasta acabar con él.

A principios de enero de 1939 fue localizado al seguir a dos hombres que se sabía le llevaban provisiones y noticias, cerca de un lugar llamado La Ventana; esto fue la noche del diez de enero. Al amanecer del día siguiente fueron sorprendidos por el ejército federal. En el encuentro murieron tres de sus acompañantes. Saturnino fue herido y asesinado con el tiro de gracia. Su cuerpo fue llevado a Ciudad del Maíz y de ahí a Palomas, donde fue enterrado. Contó con el afecto y el respeto de la mayoría de campesinos del estado. Miles asistieron a su funeral.

EPÍLOGO HISTÓRICO

Aún después de muerto, el régimen de Lázaro Cárdenas y los gobiernos locales de los Generales Rivas Guillén y Pérez Gallardo, gobernadores de San Luis Potosí, establecieron la consigna de acabar con toda huella que dejó a su paso la existencia de Saturnino Cedillo (1890-1939), el único caudillo revolucionario potosino que se convirtió en figura nacional, al mismo tiempo que general de División; inculto como lo fueron todos los caudillos de la Revolución ajenos al porfirismo y siendo el máximo líder agrarista del estado, fue condenado, por sus detractores, desde el poder, a ser enterrado en el sepulcro del olvido y bajo una lápida de silencio.

BIBLIOGRAFÍA

DUDLEY ANKERSON, Charles. *El caudillo agrarista*. México: INEHRM, 1994.

FALCÓN, Romana. *Revolución y caciquismo 1910-1938*. México: El Colegio de México, 1984.

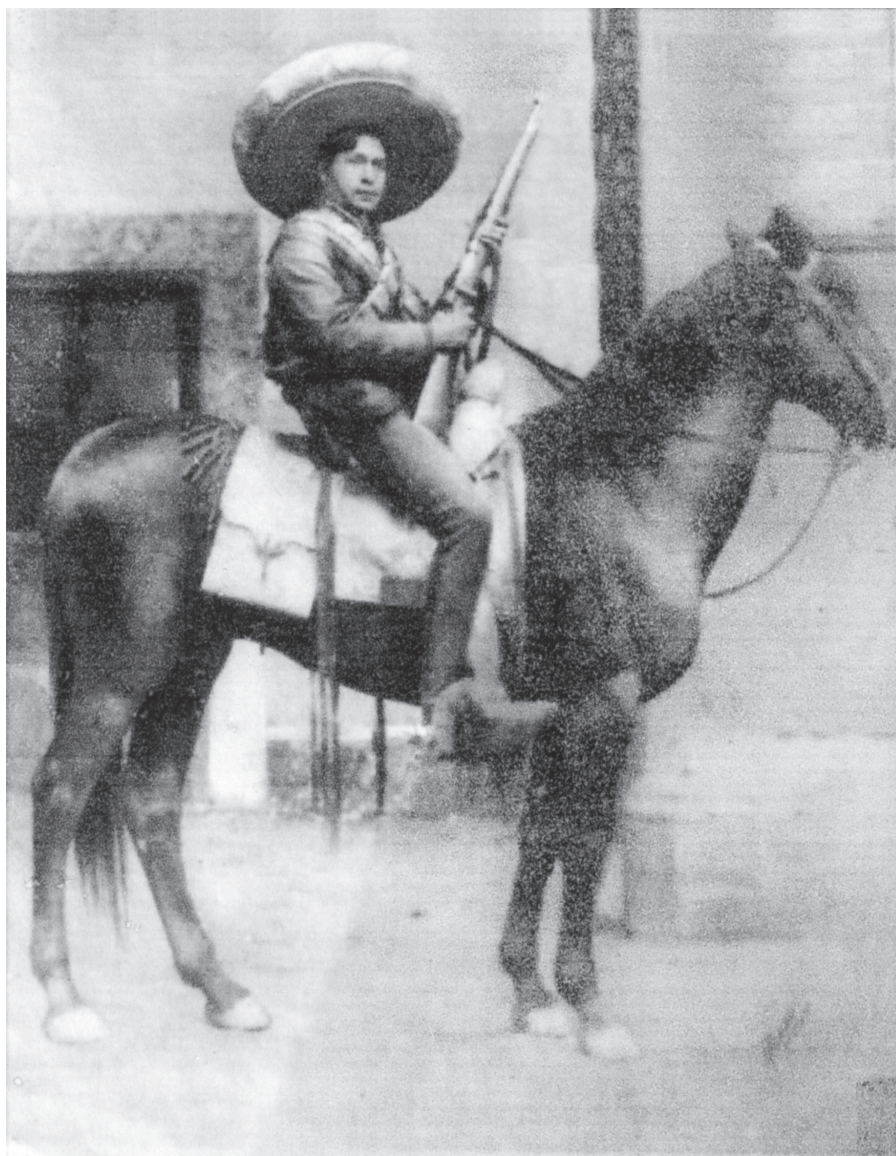
KRAUZE, Enrique. *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940)*. México: Tusquets, 2006.

ROJAS, Beatriz. *La pequeña guerra. Los Carrera Torres y los Cedillo*. Guadalajara: Colegio de Michoacán, 1983.

SANTOS, Gonzalo N. *Memorias. Una vida azarosa, novelesca y tormentosa*. México: Grijalbo, 1984.

«Saturnino Cedillo a 70 años de su muerte.» Enero de 2009. Núm. 4 monográfico de la revista *La Corriente. Historia, ideas y culturas*. San Luis Potosí, 2009: 1-24.

Saturnino, el caudillo olvidado.



General Saturnino Cedillo Martínez como guerrillero



General Saturnino Cedillo Martínez

Saturnino, el caudillo olvidado.



General Saturnino Cedillo Martínez, como Secretario de Agricultura



General Magdaleno Cedillo Martínez

Saturnino, el caudillo olvidado.



Coronel Cleofas Cedillo Martínez



1ra. fila con camisa blanca General Magdaleno Cedillo Martínez.
Atras con una marca Coronel Cleofas Cedillo Martónz



Coronel Cleofas Cedillo Martínez, cuando murió en la Campaña de Ebanó y lo exhibieron en el Palacio de Gobierno en San Luis Potosí. El de abrigo es el Gral. Saturnino Cedillo. La primera del lado derecho es la Sra. Pantaleona Martínez de Cedillo madre de los Generales.



Sra. Higinia Cedillo Martínez



Sra. Engracia Cedillo y Sra. Higinia Cedillo

Por acuerdo del señor rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí
Lic. Mario García Valdez
el libro Saturnino, el caudillo olvidado
se terminó de imprimir en el mes de enero de 2012
en los Talleres Gráficos de la UASLP
el tiraje consta de 1000 ejemplares



Saturnino, el caudillo olvidado

La novela histórica *Saturnino, el caudillo olvidado*, escrita por Rubén Álvarez Acevedo, profesor jubilado de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, se distingue por la calidad literaria de su prosa ágil, pues, mediante el examen crítico de nuestra historia, recrea a través de una imaginación fecunda la biografía del caudillo agrarista Saturnino Cedillo que tuvo una fuerte influencia en los ámbitos estatal y nacional. Propone una reflexión irónica sobre los intrínquilis del poder y la corrupción del sistema político mexicano. Debido al enorme éxito, ahora se presenta la segunda edición de esta obra publicada por los Talleres Gráficos de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ**